Mireia Gallego Verdejo
La hermandad pagana

LA HERMANDAD PAGANA

Mireia Gallego Verdejo

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares sin autorización escrita de los titulares del copyright.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, sólo puede ser realizada con la autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la Ley.

©2023 Mireia Gallego Verdejo

©2023 La Hermandad Pagana

Diseño de cubierta: Mireia Gallego Verdejo

Imágenes de portada e interior: Pixabay

Maquetación: Mireia Gallego Verdejo

Índice

Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XXII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Epílogo

Prólogo

Este ha sido un paseo extraño por una idea que llevaba desarrollando en mi mente desde hace treinta años, cuando era apenas una adolescente. Supongo que cada libro lleva su tiempo y precisa de una experiencia de vida previa.

Aunque la idea inicial era parecida, “La Hermandad pagana” ha transcurrido a su ritmo y de la forma que ha necesitado, que por cierto es algo que me acostumbra a pasar a menudo en todas mis novelas, desvelándose el carácter y el camino de cada personaje de forma autónoma, casi como si ellos mismos lo relataran ajenos a mí.

He salido de la zona de confort que es para mí la novela histórica y los relatos mitológicos, así que ésta que tienes entre tus manos es diferente a todas las anteriores, aun así espero que la disfrutes y la imagines en libertad, con la intimidad que se establece entre ambos y con ese silencio cómplice que ya nos unirá por siempre.

Como siempre, quiero agradecer a mi hija Júlia y a Quim, los grandes amores de mi vida, la generosidad en cederme su tiempo para poder crear e imaginar mil y una historias. Son mi fuente de inspiración y el aliento que preciso a cada instante para seguir. A mi familia y especialmente a mi padre que siempre es el primero en leer mis escritos y en animarme para próximos proyectos. A los amigos que siempre me apoyan incondicionalmente y a mis compañeros de divulgación y excelentes autores, que por unos meses se convierten en lectores cero aportando sus valoraciones con enorme respeto; Maribel, Ángel y Mercedes gracias por estar siempre al otro lado. Por último a Francesc Sánchez, al que llevo siempre en mi recuerdo.

Éste ha sido un libro complicado de escribir, espero no ofender a nadie pues esa no es mi pretensión, hay cuestiones que atañen a lo más profundo de uno mismo en las que he intentado ser extremadamente cautelosa y respetuosa. Confío que eso quede claro en cada párrafo. Al final de la novela hallarás un epílogo con algunas breves aclaraciones y un resumen de quién soy y cómo contactarme, para mí es importante poder conocer vuestras impresiones e interactuar con vosotros.

Gracias por regalarme tu tiempo que es lo más valioso que puedes

ofrecerme.

Capítulo I

Estaba sentada en el gélido suelo del baño mirando a la nada, jadeante tras haberme pasado los últimos veinte minutos vomitando lo poco que quedaba en el estómago de la cena anterior. Me incorporé con la intención de volver a la cama.

Acerqué el móvil mirando el botón de llamada de emergencia.

—Bueno, y si ahora me da algo, ¿qué hago?, ¿llamo a una ambulancia? Eso, si soy capaz de balbucear algo. —pensé mientras Marte, mi enorme gato negro, subía a la cama entre ronroneos.

Palmeé sobre las sábanas para que se acercara. El animal se puso boca arriba para que le acariciara aunque eso en ocasiones me llevara a recibir algún que otro arañazo. Adoraba a mi compañero de vida, de hecho creo que era lo único que sabía que jamás me defraudaría. Siempre supe que no lo había escogido sino que un giro del destino lo había puesto en mi camino, ese azar caprichoso que jamás llegas a entender por más que lo intentes. Era un cachorro cuando lo encontré junto al Pórtico de Octavia. En cuanto giré la Via Catalana, el animal que permanecía sentado en los duros adoquines, se levantó para venir directo a mis pies contorneándose sin parar entre mis tobillos. La calle estaba inundada de turistas a pesar del intenso frío de Febrero, pero él, como si no pudiera contemplar a nadie más a su alrededor, seguía cada uno de mis pasos alejándose del que había sido su hogar. Pregunté en los bares de la zona pero se encogieron de hombros y yo, encariñada con el pequeño totalmente despeluchado, me lo llevé a mi casa para ofrecerle un refugio a cambio de su compañía, sin duda lo que él me aportaba era mucho más que lo que yo jamás podría darle.

Vivir en una ciudad que no es la tuya no es fácil, mucho menos cuando llevas tras de ti una mochila tan pesada que apenas te deja caminar. Había sobrepasado de largo la treintena fuera de mi país, alejada de todo lo que había sido mi vida antes con la única esperanza de poder olvidar unos años horribles. Ser hija única de unos padres mayores lo único que hace es hacerte sufrir antes de lo esperado, así que con escasos veinticinco años había perdido a ambos progenitores sumiéndome en una sensación de vacío que en su momento no supe llenar. Ambos, romanos de origen, habían decidido vivir en Tarragona adquiriendo una finca rústica junto a la playa y ante la imposibilidad

de poder gestar hijos de manera natural, me adoptaron cuando apenas contaba con cinco meses.

Poco sabía de mis orígenes, a diferencia de lo que muchos pudieran pensar no me importaba en absoluto cuáles habían sido las motivaciones por las que mi madre biológica fue capaz de dejarme atrás y continuar con su vida como si nada hubiera pasado pero de alguna forma inexplicable, los hijos quedamos estigmatizados con un recuerdo inexistente e invisible, con la falta de una información vital que te lleva a buscar desesperadamente a un sustituto de los afectos que no tuviste. Como si no fuera bastante con ser abandonado, la carencia de estima maternal se te graba en el ADN como si fuera parte de ti.

No puedo decir que fuera una infancia infeliz pero sí incompleta. Mis padres habían ejercido de tutores, de enfermeros, de educadores pero habían regateado en sus afectos, algo que era perceptible en cualquier momento de mi vida, desde los cumpleaños hasta las graduaciones y como si les debiera pagar en gratitud por sus cuidados yo me esforzaba cada día en ser mejor que los demás, en ser sobresaliente, en aprender con una sed voraz que parecía no saciarse jamás. La biblioteca de aquella casa se convirtió en un refugio que me iba alejando paulatinamente de los que una vez fueron amigos, diluyendo la pena entre letras y prosa, entre poemas e ilustraciones, entre millones de historias épicas.

Mis padres habían traído consigo de la villa familiar una colección de cientos de volúmenes de la historia de Roma, aunque en un principio no mostré interés por ellos ya en la adolescencia empecé a devorarlos con pasión, acrecentándose en mí un interés desbocado por todo lo que tenía que ver con lo clásico. Mientras mis amigas de infancia recorrían las discotecas de la ciudad o retozaban en la playa con un nuevo amor pasajero, yo seguía sin haber descubierto nada de lo que significaba enamorarse, ajena a lo que se sentía en el pueril contacto de los labios que arden por el primer deseo.

Al acabar el bachillerato mis padres me obligaron a matricularme en publicidad y de nuevo en un intento de no defraudar sucumbí a sus deseos privándome de los propios. Las noches las dedicaba a mis amantes literarios, Tito Livio, Plutarco, Plinio, Ovidio…de día, asistía a la Universidad Rovira i Virgili, viendo pasar el tiempo. Fue allí donde conocí a Ramón, un joven que venía de las Terres de l'Ebre. Sus padres habían hecho fortuna a través de la venta de los campos de cultivo reconvertidos en los años ochenta en terrenos edificables. Poco a poco me aferré a él como si fuera mi única oportunidad de descubrir lo que en tantas ocasiones había leído,

obligándome a enamorarme de todo cuanto tocaba, decía o respiraba. Ramón estudiaba ingeniería. Mientras él se perdía entre los campos de regadío, fábricas y silos, yo me evadía leyendo frente al anfiteatro de Tarragona acompañada por el azul de ese mar tan especial. Era mi espacio y mi calma, el lugar de quienes no puede hallar ningún ladrillo que puedan considerar su hogar.

Adaptarse a su mundo fue el sacrificio del mío, convertí a sus amigos en mi propia familia, sonriendo cuando se requería, agasajando cuando se precisaba, preocupándome de problemas que para mí eran absurdos. Laura, una preciosa joven que había compartido la infancia de Ramón entre campos de arroz, era su debilidad y la antítesis de lo que yo representaba, extrovertida, alta, delgada, rubia, de esa clase de mujeres que en cuanto aparecen por la puerta parecen tener un imán que hace que la multitud se percate de su presencia y ella, que conocía bien sus muchos encantos, potenciaba en extremo las bondades que los Dioses le habían proferido. Ramón parecía ser el único que no sucumbía a ese poder y en cuanto cumplimos los veinticuatro me propuso matrimonio ante la incrédula mirada de mis padres que se mostraron totalmente contrarios. Aun así, acepté.

Nunca sabré si lo hice porque debía o porque realmente lo deseaba. El caso es que el primer año que compartí a su lado me sentí más sola que nunca, me fui percatando poco a poco que él me había escogido porque yo no representaba un problema ni una oposición a sus propósitos, a sus salidas y escarceos. Casi sin darme cuenta fui quedándome sin voz para opinar, anulada completamente. La “única italiana sin carácter” me llamaba.

El fallecimiento de mis padres en un accidente en las Costas del Garraf, me convirtió en la única heredera de un patrimonio que era mucho mayor del que yo imaginaba, las propiedades que tenían en Tarragona eran sólo una mínima parte del grueso de la herencia. Quizás era joven pero no tan estúpida como para informar a Ramón de las cantidades de las cuentas corrientes en Roma que pasaban a mi control. Me obligó a quedarme en casa esperándole con la intención que sólo respirara si él así lo decidía. Mientras yo iba consumiéndome lentamente, él crecía en la dirección contraria, montó su propia empresa de ingeniería y empezó a ganarse una reputación dentro del sector.

Ramón quería un heredero. Ansiaba que la casa de mis padres, convertida ahora en nuestro hogar, se llenara de pequeños a los que yo debería consagrar mi vida tal y como se espera de una buena madre y una buena esposa. Jamás llegaron y en cuanto comprobó que

no le servía ni para eso empezaron las humillaciones privadas y públicas, los gritos y las enfermedades físicas producidas por un alma rota en miles de pedazos.

Pasaron doce años que parecieron decenas de vidas y un día de Abril, llegando de la visita del médico, me encontré a Ramón y a Laura metidos en la caseta del jardín rindiéndose a una pasión que jamás vivió a mi lado. Entré en la casa y me senté en el banco de la cocina intentando asimilar todo, mi mundo se había desmoronado en un segundo, en un solo instante. Ramón vino apresurado y sudoroso, abrió la nevera para beber agua fresca directamente de la botella antes de increparme por mi comportamiento errático durante todos esos años, como si fuera yo la culpable de lanzarlo a los brazos de otras mujeres. El estómago, encogido por la rabia, me impedía pronunciar reproches e insultos, únicamente alcé la mano para que guardara silencio.

—Vete y no me llames jamás. No quiero volver a verte. Recoge tus cosas y llévate hoy todo lo que es tuyo porque no volveré a abrir las puertas de esta casa para ti. —ni una lágrima brotaba de mis ojos.

—¿Qué vas a hacer tú sola, sin nadie que te mantenga? No eres una mujer completa, no tienes amigos ni familia, Minerva, no tienes nada excepto yo y mi mundo.

—Pues, en ese caso confeccionaré el mío partiendo de cero pero sin ti —le miré sin pestañear un instante. —Recibirás multiplicado lo que has hecho conmigo, Ramón. Y un día te verás solo, lamentándote de tu suerte, habiendo padecido un infierno.

Recuerdo perfectamente que cuando pronunciaba esas últimas palabras tenía la sensación que no era yo la que las decía. Había miedo en mí pero no por lo que me deparaba mi nueva vida sino porque sabía que eso que le había sentenciado se iba a cumplir. Y ocurrió. Ramón desarrolló un cáncer de hígado que le fue consumiendo poco a poco, dilapidando su fortuna en tratamientos que no surtían efecto. Vendió la masía de sus padres para acabar viviendo en una planta baja en l'Aldea. Ante la imposibilidad de atender sus negocios se deshizo de la compañía y en apenas veinte meses murió solo y abandonado por aquellos que había considerado sus amigos durante años. De poco le sirvieron las plegarias en la parroquia y los cuidados que una asociación religiosa le dedicó durante sus últimos días.

Empaqueté libros y ropa, pues no tenía recuerdos que llevarme, y me fui a vivir a Roma, supongo que refugiándome de alguna forma en mis orígenes aunque fuera únicamente una ensoñación. Cuando naces en

un país pero emigras a otro acabas sintiéndote extranjera en ambos.

Había vendido la finca de Tarragona y con el dinero que había recogido inicié las reformas de la casa de la Via di Villa Pepoli. No era una de las más grandes, pero tenía unas maravillosas vistas a las Termas de Caracalla. Mis padres la habían alquilado durante mucho tiempo a la embajada de Bélgica como residencia del cónsul en la ciudad, pero hacia unos años que había quedado deshabitada.

Entré a través de la verja con esa sensación de que este sí era mi hogar, de que por primera vez en mi vida cogía las riendas del destino para conducirlo a mi forma. Las migrañas fueron desapareciendo paulatinamente y poco a poco fui lamiendo las heridas de un pasado con sabor amargo.

Mi trigésimo séptimo cumpleaños lo pasé en soledad pero sabía que eso no era lo que yo deseaba ni tampoco lo que convenía. Busqué trabajo hasta que me aceptaron en una agencia de marketing y publicidad que operaba principalmente con países del centro y del sur de América. Me encargaba de la corrección de textos y de varias cuentas de clientes que me facilitaron poder abrirme sin que nada me lo impidiera a conocer a gente nueva y a descubrir que era capaz de sonreír, de hacer bromas, de decir tacos y de compartir espressos o *Bacis di dama* con mis compañeros. Una de ellos era Floriana, asistente del director creativo. Separada con dos hijos adolescentes se refugiaba en nuestras conversaciones y cenas para explicarme todos los prolegómenos de una relación tóxica. A diferencia de mí, Flo, buscaba en todas las plataformas móviles de contactos, cubrir los vacíos de soledad cuando sus hijos volvían con su padre, iniciando relaciones que duraban horas, semanas y en escasas ocasiones meses.

—Minerva, ya va siendo hora de que empieces a buscar distracción. —decía mientras iba deslizando la pantalla del móvil con el dedo índice. —¿Qué te parece éste? Fíjate, es muy atractivo. Cuarenta años, empresario y deportista, le gusta el paddle.

—Ni de broma, Flo. —dije mientras sorbía el café.

—Mujer, date un homenaje. No digo que te cases, digo que te tomes un café con él. Venga, míralo y dime que no está bueno. —le sonreí.

—Flo, ese te pega más a ti que a mí. No sabes lo bien que vivo sin preocuparme de hacer cena para dos, de planchar o de aguantar reproches. No me apetece nada.

—Minerva, eres una mujer con dinero, preparada, independiente…

—Simpática, con don de gentes…—dije sarcásticamente.

—Es cierto que no eres la alegría personificada pero tienes algo muy especial. Eres así como una fiera peligrosa que quieres acariciar sabiendo que va a devorarte, lo único que no la has liberado todavía.

—Todo muy tranquilizante, sí. —reí.

—Olvida todo lo que dejaste en España y empieza a vivir. ¡A saber lo que pasará mañana!

Mientras acabábamos de consumir y dejábamos la propina en la bandeja plateada, vi una mujer vestida de negro oculta en un portal del edificio de enfrente. Me miraba fijamente como si pudiera escudriñar cada uno de mis pensamientos.

—¿Qué estás mirando? —dijo Flo mientras cogía el bolso.

—A esa mujer de delante que parece que me esté mirando. —respondí.

Flo dirigió sus ojos al otro lado de la calle y ésta se colocó la capucha alejándose por la Piazza della Rotonda apresuradamente.

—La gente cada vez está peor. Será una pirada.

—Me dejas muy tranquila. —dije irónicamente.

—Venga, volvamos a la agencia o Fabio va a matarme como vuelva a llegar diez minutos tarde.

Capítulo II

Habían vuelto los malditos vómitos. Hacía unos meses que los había dejado atrás. A la mañana siguiente, aún ojerosa fui a la agencia.

—¡Dios, estás horrible! ¿Qué te ha pasado? —dijo Flo.

—Una mala noche, han vuelto los vómitos y las pesadillas. —respondí mientras sorbía una infusión de manzanilla.

—Deberías ir al médico y luego meterte en cama a descansar. Si quieres me ocupo de recibir a los de la *Superintendenza Capitolina*.

—¡Oh, Dios! Lo había olvidado. Pues con la pinta que llevo casi sería mejor que los atendieras tú. De todas formas me quedaré hasta que se vayan por si necesitan alguna aclaración de la campaña.

—No te preocupes, hablo con Fabio. Puede parecer un tirano pero es lo más bueno del mundo. Ladra mucho pero bajito. —dijo apoyándose en el marco de la puerta mientras me guiñaba uno de sus ojos de color aceituna.

No tardó en llegar el grupo de visita, escuché la conversación y cómo se dirigían a la sala de juntas que había en el palacete donde trabajábamos. Una de las asistentes llevaba un perfume con intenso aroma dulce que dejaba un rastro perdurable en el pasillo. Llevaban unos treinta minutos cuando Fabio, saliendo de la puerta de cristal, me llamó para que me aproximara.

—Minerva, ¿puedes venir un instante? Necesito que nos ayudes en una cuestión, será un minuto. —asentí mientras intentaba recomponerme.

Entré con la carpeta del cliente en mis manos y cerré la puerta tras de mí. Hice un barrido con la mirada a quienes serían los interlocutores. Una joven de escasos treinta años, elegantemente vestida ocupaba uno de los asientos. Era preciosa, llevaba el pelo recogido en un moño bajo y un traje blanco con un aplique dorado en el frontal, resaltaba el color tostado de su piel perfecta. Me miraba sin pestañear, junto a ella un hombre de unos sesenta años iba deslizando el dedo por la pantalla del móvil totalmente ausente. Noté cómo alguien me observaba recorriéndome un escalofrío por la espalda. En un instante los dolores abdominales que me habían torturado toda la noche desaparecieron.

Quedé petrificada al instante, totalmente inmóvil, un hombre pasados los cuarenta con la mano posada en su cara y la mirada de una fuerza que desgarraba por dentro, me examinaba como si fuera una escultura de mármol. Sonrió dejando ver una hilera de dientes blancos y alineados que se encuadraban en unos surcos encantadores en la comisura de los labios.

—Ella es Minerva, del equipo de grandes cuentas. La he mandado llamar porque es quien ha revisado la viabilidad de la campaña y los medios para publicitarla. ¿Podrías aclararnos cuáles son bajo tu criterio los que mejores resultados nos darían? —Fabio me miraba esperando a que iniciara una explicación que me estaba costando la vida.

—Bien, he estado analizando cuáles son los puntos fuertes y débiles de la publicidad que hasta ahora ha hecho la Superintendenza y me he dado cuenta que se han centrado en grupos mayoritariamente masculinos que oscilan entre los treinta y cuarenta años con estudios universitarios. Parece únicamente destinada a personas que ya conocen los yacimientos arqueológicos romanos o que muestran un interés manifiesto en ellos pero en cambio se obvian otros públicos emergentes y menos preparados como los jóvenes que lejos de informarse por medios físicos optan por redes sociales y por la localización de la información en formato digital. Pero no pueden buscar si desconocen qué es lo que van a ver. Creo que se deberían hacer programas escolares con actividades adaptadas, una campaña temática dirigida a los gustos de jóvenes entre catorce y veinte años y una tercera acción más internacional a través de cadenas temáticas. Otra de las acciones es buscar delegados entre divulgadores e historiadores internacionales con amplia presencia digital, una especie de portavoces autorizados por la Superintendeza, que se encargarían de la difusión y distribución de las noticias a través de sus redes. No sé si tienen alguna pregunta. —aquel hombre cruzó sus manos reposando su espalda en el asiento.

—Dígame, Sra. Minerva… —dijo esperando a que le diera más información.

—Minerva de Mancini. —respondí intentando mantener la compostura. Guardó un silencio incómodo como si estuviera pensando.

—¿Dice que quizás deberíamos actualizarnos? ¿Cree que no hacemos programas con escuelas y centros educativos ya? —jugaba con cada palabra que yo había pronunciado mientras la joven mujer de su lado sonreía.

—Yo no he dicho tal cosa, señor…

—Maximiliano Cesarini.

—Me he debido de explicar mal, lo que intentaba argumentar es que en ocasiones el mundo romano parece inaccesible o reducido a unas cuantas….

—La he entendido, Sra. Mancini. Fabio nos ha explicado la campaña con detenimiento. Gracias. —asintió con la cabeza mientras yo le miraba fríamente.

—Si no desean nada más, les dejo que acaben de ultimar los detalles.

Salí de la sala sofocada. Notaba como la sangre se agolpaba en mis mejillas sonrojándolas de inmediato. Me dirigí a la pequeña cocina para intentar relajar la respiración, aún dolida por el ridículo que ese hombre me había hecho pasar ante todos. Introduje el agua caliente en la taza y enrosqué el hilo de la bolsa de té en el asa de cerámica.

—Shhh…Minerva. —Flo estaba asomada. —Han aceptado las propuestas, me ha dicho Fabio que te lo diga. Todas. Así que ya puedes relajarte. Lo has hecho bien. —sonrió mientras se alejaba en dirección al despacho central ubicado en lo que había sido la sala de estar del palacete.

Cogí la taza y fui a mi escritorio para abrir el portátil y reanudar el trabajo que había dejado a medias. Suspiré y empecé a responder los mails de esa misma mañana. Sorbí el té aún caliente.

—¿Sra. Mancini? —la voz de ese hombre me devolvió de mi ensoñación. —Disculpe que la moleste, sólo quería facilitarle mi número de teléfono. Fabio y yo mismo hemos decidido que deberíamos reunirnos esta semana para que le pueda mostrar qué queremos proyectar y potenciar. Tenga, le dejo mi tarjeta sobre su mesa. Le agradecería que me hiciera una llamada perdida o me mande un mensaje para guardar sus datos.

—Claro, ahora se lo mando. Gracias. —Maximiliano sonrió encantadoramente mientras la mujer le daba un toque en el hombro para avisarle de que debían marchar ya.

Desapareció mientras ella le devolvía una amplia sonrisa. Estaba convencida de que eran pareja y si no lo eran, ella estaba totalmente cautivada por él, de eso no me cabía la menor duda. Di la vuelta a la tarjeta y lo añadí como contacto. Apareció una foto de perfil de una composición de tres arcos triunfales en blanco y negro; el de Severo, Constantino y Tito con un cuarto recuadro con el logotipo. Le envié un mensaje escueto con mis datos, todo muy aséptico tal y como yo era.

Aquella tarde la pasé en casa, envuelta en una manta de cuadros rojos en el patio trasero. Adoraba disfrutar de esos momentos de tranquilidad contemplando el álamo que crecía en el jardín. Sorbía un café cuando entró un mensaje en el móvil.

— “Buenas tardes, Sra Mancini, he tomado buena nota de sus datos. Necesitaría que nos viéramos para hablar un poco más sobre los temas que se han tratado esta mañana. ”

—“Ok, proponga una hora, una fecha, un lugar y allí estaré”

—“¿Le parece mañana a las 10h? Si pudiera venir a la entrada del Ara Pacis se lo agradecería, por agilizar temas de trabajo, una vez allí iremos a tomar café y le pasaré una documentación para que me pueda dar su punto de vista”.

—De acuerdo, hasta mañana.

Aquella noche descansé aliviada. Avisé a Flo de la reunión para que no me esperara para desayunar. Salí de casa con la intención de ir andando, era una de las cosas que más me gustaba de esa ciudad, recorrer cada callejuela y perderme hasta descubrir cada rincón. Durante los cuarenta y cinco minutos de caminata me entretuve a contemplar el bullicio de las calles que empezaban a llenarse con turistas que intentaban evitar las colas de las atracciones turísticas. Subí los escalones de mármol travertino hasta alcanzar la puerta de cristal que daba paso a la entrada principal. Maximiliano estaba dentro charlando animadamente con el recepcionista, cogió un dossier y se despidió encantadoramente. Pensaba que vendría con la mujer del día anterior pero en esta ocasión iba solo, perfectamente vestido, perfectamente peinado, perfectamente afeitado, elegancia al más puro estilo italiano.

—Sra. Mancini —extendió la mano para saludarme.

—Minerva, si no le importa. —sonreí protocolariamente.

—También puede tutearme. —agradecí el gesto. —Había pensado en sentarnos en una de las terrazas de la Via Tomacelli si te parece.

—Sí, claro, donde prefieras, por mí está bien.

Bajamos la hilera de escalones. Maximiliano iba saludando a los trabajadores que se iba encontrando cerca de las instalaciones del Mausoleo de Augusto debido a las tareas de restauración que se habían llevado a cabo hacía unos meses. Iba demasiado acelerado para mí. Nos sentamos en el exterior de una cafetería con un mostrador repleto de bollos rellenos de crema y chocolate.

—Bien, Minerva. Primero agradecerte el trabajo que has hecho. Sé que no ha debido ser fácil. Estamos intentando potenciar algunos de los yacimientos menos conocidos por el gran público para que cuando vengan a la ciudad no se queden únicamente con los puntos de interés más notables, lo que queremos es que amplíen el campo de visitas a otros espacios y descongestionar los principales. Te he traído un dossier con los yacimientos que queremos empezar a desarrollar. Hay mucha terminología arqueológica, entiendo que no tienes porqué conocerla pero utilízala a grandes rasgos para hacer un proyecto de difusión. Si tienes dudas me lo dices.

—No creo que sea necesario, Maximiliano. —sonreí mientras lo ojeaba. —Lo entiendo bien.

—Puedes llamarme Max. ¿Conoces la historia antigua? —preguntó intrigado.

—Algo sí. Me las apañaré. —sorbí el café.

—No hablas mucho, ¿verdad? —enrojecí ruborizada mientras él esbozaba una sonrisa encantadora.

—Bueno, en realidad sí, pero me cuesta abrirme rápidamente.— respondí.

—Te quería proponer algo, sé que trabajas para la agencia y que es ahí donde tienes todo lo que necesitas pero sería interesante que vinieras a trabajar mano a mano con nosotros durante un tiempo para que veas qué hacemos y cómo lo hacemos. Tenemos un edificio en la Via di San Teodoro, ahí disponemos de documentación gráfica en alta resolución y gestionamos las nuevas actividades que se realizan tanto en las instalaciones del Foro como en los museos de la ciudad.

—Realmente no sé qué decir, esa decisión no me atañe sólo a mí. Debo preguntar a la agencia y entonces podré responderos. Por mi parte no hay problema, de hecho me queda más cerca de casa. —sonreí.

—¿De dónde viene ese acento? —preguntó curioso mientras apuraba el café.

—España.

—Precioso país, he ido en infinidad de ocasiones tengo grandes amigos allí. Y ¿qué te ha traído a Italia?

—Soy nacida aquí pero mis padres me llevaron a Tarragona cuando apenas tenía unos meses. —respondí escuetamente.

—Entiendo. ¿Tienes familia aquí entonces?

—No —dije mostrando cierta incomodidad.

Max, cruzó los brazos sobre la mesa mirándome con cierta intriga. Tenía el pelo canoso y su perfume embriagaba todo lo que le envolvía. Llevaba un reloj clásico que parecía el recuerdo de alguien querido. Su presencia era como un imán del que cuesta deshacerse atrapándote con una sonrisa repleta de surcos. Había dos jóvenes en la mesa contigua que no paraban de observarle e incrementar el tono de su voz para convertirse en visibles a sus ojos. Yo quería desaparecer ya.

—Siento haberte incomodado, no era mi intención. Tiendo a ser curioso con todo, es un defecto profesional. Pero quiero que me cuentes algo de ti, para mí es importante conocer con quién trabajo.

—*Quid pro quo* —respondí.

—¿Cómo dices? —esbozó una amplia sonrisa.

—He dicho *quid pro quo*. Yo te explicaré si tú me cuentas antes, así sabré hasta dónde llega esa confianza que pides.

—Muy bien. Hola, soy Maximiliano Cesarini, 43 años, 1,82 cm, era castaño ahora visto canas como puedes ver…

—Espera, espera…—interrumpí —he dicho que me hables de ti no de lo que soy capaz de ver yo misma.

Echó su cuerpo para atrás apoyándose en el respaldo. Posó las manos sobre sus piernas. Era encantador, no es que lo buscara, brotaba de él de una forma natural y eso era perceptible para cualquiera.

—Bueno. Me gusta y vivo por mi trabajo, es vocacional desde que era un crío. Mi padre me llevaba cada semana a un nuevo museo y me explicaba cada busto y cada piedra que se hallaba en él. Empecé a leer sobre el pasado de mi ciudad y decidí licenciarme en arqueología. Como mi padre tenía contactos me colocó para ejercer de ayudante de algunos amigos suyos sin cobrar nada, sólo por aprender. Luego, pasado el tiempo, trabajé principalmente en yacimientos de Atenas, Delos, Sicilia, Turquía y Siria pero era como no tener hogar, así que cuando me propusieron entrar en la *Superintendenza* hace una década no me lo pensé dos veces. Me quedaba en casa y me olvidaba de las campañas semestrales, ya me había hecho demasiado mayor para bajar pozos. —sonrió —No hay mucho más que explicar, la verdad. Vivo solo en una casa demasiado grande, me encanta comer, no tengo hijos y disfruto mi tiempo yendo a una pequeña villa que tengo en el Valle del Orcia donde me paso las horas leyendo y mirando el atardecer sobre los campos. Te toca. Soy todo oídos.

Suspiré mientras él acercaba su silla a la mesa de nuevo para colocar

una de sus manos en la mejilla.

—Bueno, coincido contigo en la lectura, me encanta desde niña. Estudié en la Universidad, me casé joven con alguien que no parecía apreciarme demasiado y me separé. Vendí todo y vine a Roma. Vivo en una casa grande con Marte, mi gato negro. Trabajo en una agencia e intento recomponer los pedazos para encontrarme de una vez.

—Uy…aquí te has saltado un montón de detalles importantes.

—Creo que para ser la primera vez me he extendido demasiado.

En ese momento Silvana, la mujer que le había acompañado en la reunión de las oficinas, llegaba contorneando sus caderas hasta nuestra mesa. Era preciosa y la realidad es que la complicidad entre ellos era notoria. Recogió su melena oscura tras la oreja para dejar a la vista unos largos pendientes dorados.

—Max, llevo buscándote media hora. Debemos irnos o perderemos el avión.

—¿Te acuerdas de Minerva?

—La mujer de la agencia, sí, sí.

—Le he pedido que venga a trabajar a San Teodoro durante un tiempo. —ella le fulminó con la mirada.

—Fantástico —dijo visiblemente malhumorada. —Ya, Max, debemos irnos.

—Bueno, Minerva dime algo ¿de acuerdo? —asentí mientras se incorporaba del asiento. —Esta vez pago yo, pero queda un café pendiente para darme esos detalles, no te libras.

Se despidió con una sonrisa mientras amablemente acompañaba con la mano la espalda de Silvana para darle paso entre el gentío de la calle.

No supe de él en los siguientes días pero Fabio había aceptado encantado la oferta de que trabajara con ellos provisionalmente. Para mí no era una situación cómoda, sabía que aquello iba a reportarme más problemas que beneficios pero acepté con el convencimiento que era lo que debía hacer, esa sensación extraña que en ocasiones te inunda y te lleva a tomar decisiones que escapan de tu control.

Con la llegada del nuevo mes me incorporé a San Teodoro. Era un edificio clásico de dos plantas con un porche en la parte superior. Era acogedor, cubierto por la hiedra que contrastaba con el color teja de sus paredes y con unas magníficas vistas a la horrea Agrippiana junto

al Vicus Tuscus, el antiguo camino que enlazaba el foro boario con el gran foro. Me quedé unos instantes contemplando los restos silenciosos de las paredes de toba marrón. Entré y pregunté a la recepcionista que me condujo hasta la tercera planta.

Era una sala diáfana con una cristalera posterior, un escritorio de madera rojiza decoraba el centro con dos sillones de diseño de cuero negro. En los laterales dos mesas más modestas estaban ocupadas por un joven que no llegaba a los veinticinco y otra mujer de mediana edad. Levantó la vista de la pantalla.

—¿Eres Minerva?

Asentí mientras se aproximaba para darme la mano.

—Ven conmigo, te acompañaré a tu despacho que está justo en la sala contigua. Bienvenida por cierto.

Me llevó a habitación anexa. Empujó la puerta de madera clara de doble hoja. El despacho era muy acogedor, pequeño, con un escritorio de madera y una ilustración en la pared con la imagen en blanco y negro de una estatua de una de las vestales que decoran el atrio de su edificio en el foro. Al fondo una puerta corredera daba acceso a la terraza del pórtico que se veía desde abajo y que conectaba toda la planta superior.

—Puedes instalarte cuando quieras, la contraseña wifi te la he dejado anotada en la mesa. Supongo que traes portátil, ¿verdad?

—Sí, sí… no necesito nada, gracias.

—Al fondo está el baño y justo en esta puerta hay un office con café, infusiones y un microondas por si quieres traerte algo de comer. Además hay un par de mesitas en la terraza del porche, muy cotizadas por todos. Tú tienes ventaja porque tienes acceso directo. —sonrió con ironía.

—Pues muchas gracias por la información…perdona ¿tu nombre?

—Aurora. Disculpa, ni me había presentado. Soy la que llevo la administración aquí. Si necesitas ayuda dímelo no tengas reparo. Bueno, te dejo y sigo con lo mío.

Durante los siguientes dos meses, entraba a primera hora y salía tarde. No sólo debía poner orden en el proyecto sino que debía clasificar toda la documentación gráfica que atesoraba el archivo de la segunda planta y que se remontaba a cuando se trabajaba con diapositivas en 35 milímetros. Aproveché para conocer a mis compañeros, estableciendo amistad con Enzo, un especialista en gestión de

Patrimonio que me venía a buscar a media mañana para compartir cafés y charlas.

—Mimi, vamos a tomar café. —según él el cambio de nombre era una abreviatura de "Mi Minerva".

Enzo era uno de los hombres más encantadores, racionales y prácticos que había conocido en mi vida. La ventaja que tenía formar parte de su grupo de amistades es que no padecías por sentir algo por él que no fuera más que una simple amistad, tampoco se vería atraído por mí nunca, eso lo tenía claro.

—Espera que guardo el documento que como salten los plomos lo pierdo todo. —dije divertida. —Ya estoy.

—Ayer tuve una cita como no vengas no te explico nada…

—Voy…. —Nos dirigimos al office entre risas jugueteando entre abrazos.

Cuando entramos Max y Silvana estaban ya dentro. Ella sostenía el cuello de la camisa de él, peligrosamente cerca de su cara. Enzo y yo nos quedamos paralizados en la puerta profundamente incómodos.

—Mimi y yo vamos al porche. —dijo Enzo mientras pedía perdón para pasar tras ellos.

Me cogió de la mano y me dio un tirón abriendo de golpe la puerta corredera.

—¿Mimi? —preguntó Max curioso con una media sonrisa.

—Minerva, sí. Le llamo Mimi, es más corto. Ya nos vamos.

Enzo y yo nos sentamos en la mesa metálica negra, apartando una maceta y la vela decorativa. Me miró con los ojos abiertos de par en par. Yo negué con la cabeza. Max salió al porche para coger una silla y sentarse junto a nosotros.

—Vaya, Max, no sabía que Silvana y tú estabais juntos. —dijo susurrando.

—Se ha ido, puedes hablar normal. Y es que no lo estamos. —sorbió el café tras soplarlo.

—Pues nadie lo diría. Esta mujer cualquier día te arranca la camisa. Bueno, yo no me quejo que ayer me la arrancaron a mí a bocados. —arqueé mi ceja mientras Max sonreía encantadoramente.

—A ver Enzo, explica…—dijo divertido.

—Ayer tuve una cita en el Roma Club. Un morenazo de ojos claros,

cuerpo esculpido por Fidias, así como tú Max, un tipazo elegante pero gay. Y me lo llevé a casa. Espectacular no os digo más.

—¿Tú? —dije emocionada —a los demás no te los llevaste, este tiene que ser muy especial.

—Es astrofísico, el pobre hace un mes que está en Roma cursando un máster. Es español, Mimi, así que le he invitado a cenar y le he dicho que vendrás. No me falles. Habla un italiano horrible pero qué quieres que te diga, tampoco le hace falta. Dime que vas a venir.

Mantuve un silencio divertido para hacerle sufrir un poco.

—¿Mimi? —preguntó inquieto mientras yo sonreía.

—Veniros a mi casa, Enzo. Ya os preparo una cena española que seguro que lo agradecerá. Me debes una y de las grandes. —carcajeé.

—Te quiero, Mimi. ¿Qué llevo?

—Nada, déjame a mí, ya me encargo de todo.

—Yo también quiero ir. —dijo Max mientras se me encogía el estómago. —También hablo español.

—Si vienes tú centrará su atención en ti que nos conocemos desde hace años Max. —respondió Enzo.

—Pero yo hasta el día de hoy y que sepa no soy gay, puedes estar tranquilo Enzo.

—Una lástima, ya te digo. —los tres reímos distendidos.

Aquella tarde la pasé comprando en el barrio Patri en una tienda de ibéricos españoles, era pequeña pero sabía que contaba con un trocito de lo mejor de mi país y que la pareja de Enzo agradecería comer algo que le evocara a su casa.

Tras una ducha rápida, puse música en el altavoz Marshall y empecé a cocinar un picoteo que incluía tortilla de patatas, croquetas, embutidos ibéricos, pimientos del padrón, una tabla de quesos españoles y las patatas con alioli y pimentón rojo.

Llegaron los tres juntos, suponía que habían quedado antes para que todo fuera más cómodo. Abrí la puerta con la mejor de mis sonrisas, abrazando a Enzo y saludando a su compañero.

—Mimi, este es Pablo, es de Bado…

—Badajoz. —respondió él.

—¿Eres extremeño? Pues creo que disfrutarás de la cena. —le guiñé

un ojo y le abracé para que se sintiera como en casa.

—¡Qué gusto poder hablar en mi idioma! —dijo aliviado.

Era un hombre muy atractivo, de unos treinta y cinco años, moreno y de unos intensos ojos azules. Les hice señas para que entraran y se pusieran cómodos. Max permanecía fuera, contemplando la villa con una sonrisa en los labios.

—Tu casa es preciosa, Minerva.

—Gracias, ¿quieres pasar o prefieres que te saque la cena aquí fuera? —sonreí mientras él me contemplaba fijamente. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Aquel hombre era un enigma para mí, inaccesible por momentos. Parecía como si te regalara unos instantes intensos para luego desaparecer de tu vida dejándote inmersa en un vacío extraño. Subió los tres peldaños acercándose peligrosamente a mi posición, percibí la contracción de mi cuerpo.

—Bueno, cómo lo hacemos, ¿nos damos la mano?, ¿dos besos o un abrazo?

—Dos besos, si te parece. Ya hemos pasado por el saludo formal de la mano.

Se acercó a mis mejillas dejándome con un intenso olor a su perfume. El corazón se me aceleró al instante. Su mano rodeó mi cintura posándose levemente en la espalda para acercarme a él. Me sentía tremendamente vulnerable a su lado y estaba segura que él sabía que causaba ese efecto en cualquiera que gozara de su contacto. Me retiré rápidamente haciéndole pasar.

La cena fue distendida, llena de risas y anécdotas de los viajes de Enzo y sus problemas con los idiomas. Pablo contemplaba embelesado a su compañero. Estaba convencida que le atraía más de lo que él creía. Me explicó su vida en Badajoz y cómo necesitaba un cambio para huir de su pequeño pueblo más parecido a una jaula que a una aldea. Había estado ocultando su homosexualidad para que sus padres no sufrieran las burlas y críticas de los vecinos. Decidió trasladarse a Barcelona para ir a la universidad con una beca y de ahí dio el salto a Roma en un intento de reencontrarse para ser libre. Me sentía totalmente identificada con él, con la misma necesidad de escapar y empezar de cero. Comimos y bebimos abriéndonos en canal el uno con el otro.

—Bueno, Mimi, deja a mi Pablo en paz, hablemos de esta casa tuya tan espectacular.

—Y no habéis visto lo mejor.

Me levanté de la silla y me acerqué a la cristalera que tenía en el comedor. Había corrido las cortinas expresamente para que la sobremesa fuera en la terraza. Cuando las abrí pudieron contemplar las Termas de Caracalla totalmente iluminadas.

—¡Madre mía, Mimi, pero qué vistas! —Enzo y Pablo se estiraron en dos tumbonas que habían en el jardín y se cogieron de la mano.

Por un momento envidié ese momento de intimidad entre ellos, ese instante en el que sabes reconocer cuando dos personas desean amarse con toda intensidad sin pensar en nada más.

—¿Sabías que yo ya había estado aquí? Era muy diferente pero de niño vine a esta casa con mis padres. —Max se había colocado a mi altura para contemplar las termas.

—Es broma…—respondí mientras él negaba con la cabeza.—La casa era de mis padres pero antes de que ellos la compraran no sé quién la ocupó.

—Era de un matrimonio de la aristocracia romana, algo especiales y un poco excéntricos. Él tenía negocios repartidos en medio mundo, de banca principalmente, estaba muy bien posicionado. La gente les criticaba porque ella era mucho más joven y la tenían por algo díscola. Lo que mis padres me contaron es que ella acabó suicidándose y él marchó a Argentina y vendió todas sus propiedades. En ese momento la comprarían tus padres.

—Oh, gracias Max, me dejas muy tranquila con todas estas historias macabras que tuvieron lugar en mi casa. Esta noche sin duda dormiré mejor, ¿quién quiere una pastilla para conciliar el sueño teniéndote a ti como narrador de historias de terror?. —Max soltó una risotada.

—Bueno Minerva, también he de decir que me lo pasé genial aquí jugando con un perro enorme que tenían La verdad es que la has dejado preciosa. Siempre ha sido una villa maravillosa, ¿qué nombre le has puesto?

Me giré desconcertada.

—No le he puesto nombre. Ni siquiera lo he pensado.

—No te recomiendo en absoluto “Villa Mimi” quedaría muy cursi. —dijo sonriendo mientras se acercaba al buffet donde estaban las fotos y cogía una para verla de cerca —¿Puedo preguntarte algo indiscreto?

—Ya tardabas. —respondí.

—Todas las fotos que tienes son de amigos, paisajes y tuyas en Tarragona pero no veo ninguna familiar. Las fotos que colocas en los lugares preferentes dicen mucho de ti.

—No me gusta hablar de mi pasado. No es cómodo para mí.

—Creo que deberías desprenderte de él, a eso has venido a Roma, ¿no?

Le miré incómoda. Empecé a recoger platos para evitar responder. Me ayudó a ponerlos en la encimera de la cocina.

—Verás, Max, me han hecho mucho daño, quizás más del que soy consciente y ahora me protejo de todo. Aún no estoy preparada para olvidar, primero debo perdonar y sanar las heridas.

Durante un par de horas más disfrutamos de una noche cálida y entre amigos. Enzo y Pablo necesitaban estar a solas, amarse de forma intensa, encontrarse y descubrirse y allí sobrábamos dos. Nos despedimos con un abrazo largo y la promesa de volver a repetirlo.

—Gracias Mimi, te debo no una sino varias. Te quiero, princesa.

Pablo hizo lo mismo.

—Cuídamelo, Pablo, Enzo es muy especial. —dije.

—Lo haré, te lo prometo. Por cierto, debes decirme dónde has comprado el jamón que estos italianos llaman jamón a cualquier cosa. —nos reímos cómplices.

—Esta es vuestra casa, ya sabes el camino.

Max se puso el abrigo y me sonrió desde el segundo escalón de la entrada. Le miré apoyada en el pórtico.

—Bueno, Minerva, gracias por una velada encantadora, una comida deliciosa y una conversación muy reveladora.

—Gracias Max por venir para no dejarme a solas con dos enamorados y por explicarme esa bonita y tierna historia.

Esbozó una preciosa sonrisa.

—Nos vemos mañana —se giró e hizo una pausa. —Si es que aún sigues viva. —Reí mientras escuchaba como subían al coche de Enzo.

Me quedé sola de nuevo. Marte no había aparecido en toda la noche, así que aprovechó para solicitar atenciones y caricias a modo de castigo y de forma insistente.

No podía dejar de evocar ese casto beso en la entrada, una y otra vez,

una y otra vez…

Capítulo III

Max viajaba muy a menudo, sus obligaciones le empujaban a vivir prácticamente en un aeropuerto o encastado en el asiento de un coche conduciendo durante horas. Se reunía con otros colegas o buscaba patrocinadores que quisieran invertir en los yacimientos a cambio de una publicidad que les beneficiara a nivel de imagen. No habíamos compartido más momentos juntos a excepción de unos cuantos saludos esporádicos y siempre se mostraba esquivo. Daba la sensación como si quisiera evitar cualquier comentario sobre aquella cena e incluso como si rehuyera de mi compañía. Quizás se había arrepentido o simplemente fuera una fachada complaciente y educada que escondiera a un hombre frío. Tampoco lo conocía tanto como para tener algún criterio certero.

—¿Qué demonios te pasa, Mimi? Estás muy callada.

—Enzo, tú conoces a Max desde hace tiempo. —asintió con la cabeza. —se muestra muy esquivo conmigo. ¿Crees que le pasa algo?

Enzo suspiró mientras conducía por la vía de los foros imperiales al más puro estilo italiano, saltándose los pasos de cebra y haciendo como que no veía las intermitencias de los semáforos.

—Mimi, espero que no te estés interesando por él. Max es un hombre que ha roto cientos de corazones y creo que me quedo muy corto. Es un encantador de serpientes y lo peor es que lo es sin querer serlo.

Guardé silencio mirando la locura del tráfico romano. Enzo suspiró.

—La familia de Max y la mía se conocen desde hace mucho tiempo. Yo soy más joven pero nos movíamos por los mismos sitios. Sus padres son gente de apellido, con mucho, mucho dinero, de esos que heredan de los tatarabuelos y estos de los suyos. Su madre es muy mayor ya, padece demencia y su padre murió hace unos años. Max no mostró interés por ninguna mujer, se le han acercado miles pero aunque se ha llevado a un montón a la cama, nadie ha conseguido que pierda la cabeza. Es muy frío para los afectos. En cuanto parece que una es la definitiva, la abandona. Y las deja destrozadas, Mimi. Algunas de las que han pasado por la oficina han dejado el trabajo para no coincidir con él. Silvana mantiene ese tira y afloja, quizás es la única que pueda atraparlo en un tiempo pero aunque quiero a ese hombre como a un

hermano, es muy dañino. —hizo un silencio —No me gustaría que hiciera eso contigo también, la mayoría de veces no lo hace conscientemente pero acaba siempre mal. Como amigo es el mejor, como profesional un obsesivo enfermizo pero como pareja es una pesadilla.

No respondí, besé a Enzo en la puerta de mi casa y me despedí de él. Mientras abría la verja noté como alguien miraba desde el final de la calle. Otra vez esa mujer, la misma que había visto con Flo en la cafetería, era fácil identificarla por la capucha negra. El sobresalto hizo que las llaves se cayeran al suelo, las manos me temblaban compulsivamente al cogerlas. Al incorporarme vi como desaparecía corriendo calle abajo.

Entré rápidamente cerrando la puerta y las ventanas de toda la casa. Jadeaba nerviosa con el pánico aferrado a mi pecho.

—¿Quién demonios es esa mujer? Me ha tocado la loca. No puedo tener tan mala suerte. —dije para mí.

Llamé a Flo que vino inmediatamente a mi casa. Desde que había empezado a trabajar en las nuevas instalaciones habíamos wasapeado cada día pero no habíamos gozado de un instante para nosotras.

—¿Por qué no llamas a los carabinieri? —me dijo mientras llenaba una copa con pomelo y Cynar.

—¿Y qué les digo Flo? ¿Que una mujer con capucha está al final de la calle? —negué con la cabeza.

—Me quedo contigo esta noche. Así estarás más tranquila y además no tengo niños.

—Gracias. Lo necesito —la besé tiernamente en la mejilla.

Estar a su lado era no pensar en nada más, Flo y yo habíamos entrado en la agencia en el mismo proceso de selección y ya esperando en recepción entabló una conversación conmigo de forma natural y abierta, tal y como era ella. La adoraba, era como una hermana que siempre está a tu lado cuando más la necesitas sin pedir nada a cambio.

—¿Qué es esa trampilla que hay en la esquina del comedor? —dijo curiosa.

—El antiguo acceso a la buhardilla. —respondí.

—¿Y qué tienes arriba?

—Nada, mis padres la tapiaron, la volví a abrir cuando hice las obras

porque me lo comentaron los obreros pero ya ni me acordaba. Les dije que la mantuvieran pero no he subido nunca.

—¿Subimos? —me dijo Flo con aspecto curioso.

—Pero si no debe haber más que polvo.

—Venga, no seas aguafiestas, Minerva. Pasaremos un rato divertido.

Habíamos bebido más de la cuenta y si he de ser sincera en cierta manera tenía curiosidad. Había estado tantos meses centrándome en mi trabajo que cuando llegaba a casa comía cualquier cosa y me metía en la cama. Cogí la escalera que tenía en la despensa de la cocina y la apoyé sobre la pared. Me costó mucho abrirla porque había quedado algo sellada por las manos de pintura que se habían dado durante las reformas.

—¡Oh dios! —exclamé.

—¿Qué pasa? ¿qué ves? —preguntó Flo impaciente.

—Da miedo, Flo.

—Sube, maldita sea. —me empujaba el trasero mientras ascendía los peldaños aceleradamente.

Accedimos lentamente, al fondo había un galán de noche de madera con un vestido cubierto de polvo y lo que parecía una corona de flores rojas con abalorios dorados. A su lado un escritorio de principios de siglo con un taburete forrado de terciopelo en color burdeos.

—No da miedo, es antiguo, Minerva, sólo eso.

Miré a mi amiga con cara de condescendencia. Apoyados en la pared había unos cuadros con ilustraciones a plumilla de los restos del foro romano y de unas jóvenes danzantes en un bosque. Al otro lado de la estancia había un tocador y junto a éste un baúl cubierto por el polvo grisáceo producto de años en desuso. Me acerqué para abrirlo pero estaba cerrado con un candado grabado con las iniciales “ME”.

La poca luz de las farolas de la calle que se adentraba desde la claraboya del tejado, le daba un aspecto fantasmagórico.

—Venga bajemos, Flo, aquí no hay nada que ver. —mi amiga se resistía a dar un paso para bajar los escalones.

—Podríamos romper el candado con unas tenazas. —negué con la cabeza —¡Oh! de acuerdo, pero prométeme que lo abrirás y me dirás qué has encontrado dentro. ¡Prométemelo!

—Está bien, pero no sé cuándo volveré a subir aquí.

—Venga ya, no tienes otra cosa que hacer este fin de semana.

Dormimos en el sofá, rendidas a conversaciones sobre los hombres que habían pasado por su vida, intentando alejar de mi pensamiento el encuentro con esa mujer.

A la mañana siguiente Flo se fue a primera hora. La escalera seguía apoyada en la pared, me quedé mirándola fijamente todavía intrigada por ese baúl cerrado y por el contenido de su interior, si es que había alguno. Cogí un cubo lleno de agua, jabón y varias bayetas así como unas tenazas que tenía de cuando debíamos romper la verja exterior en las reformas del jardín.

Subí lentamente, abriendo de nuevo la trampilla. La luz del día fue mucho más dulcificante que el resplandor tenebroso de la noche anterior. Todo seguía igual a excepción de las pisadas y las rodillas marcadas en el suelo. Me dispuse a limpiar el polvo que cubría toda la estancia, de él emergían muebles de roble con preciosas hojas y flores talladas en la superficie, plumillas antiguas, papeles con un bonito grabado con iniciales en negro... Cuanto más tiempo le dedicaba más me gustaba estar ahí, me sentía extrañamente reconfortada, con una energía renovada que impedía que desfalleciera por el cansancio.

Retiré una sábana de hilo que cubría un espejo y le di el brillo que había tenido antaño, contemplé mi reflejo y el del vestido que cubría el galán. Había amarilleado por el tiempo pero era precioso, estaba finamente bordado con hilos de plata que simulaban hojas de parra combinadas con espigas de trigo doradas. No tenía mangas, sólo disponía de dos tirantes sujetos por unas agujas ovaladas y doradas con un relieve de cornucopias repletas de frutos que desbordaban. La corona de flores, marchita por el tiempo, tenía unos granos de oro que colgaban de tiras que daban la firmeza necesaria para colocarla sobre la cabeza. Era delicada pero ostentosa, hecha para ser vista desde lejos, en cuanto toqué los abalorios hizo un tintineo que me sacó de mi ensoñación. Las siguientes horas me las dediqué a subir y bajar escalones para dejarlo todo tal y como presumiblemente debía haberlo mantenido su antigua propietaria, no sé si lo hice por respeto o me movía la simple curiosidad pero de alguna forma creía que se lo debía.

Cogí algo de fruta y volví al desván, estaba oscureciendo pero encendí la lámpara de pie que había rescatado de una de las habitaciones. Alcancé las tenazas y fui haciendo fuerza en el enganche pero era imposible romperlo. Giré el candado y contemplé once pequeños cuadrados móviles que podían deslizarse de un lado a otro ya que faltaba el duodécimo. Ocho eran dorados y tres plateados.

—Va a ser imposible abrirlo —pensé.

Sabía que debía existir una combinación pero era complicado averiguar cuál era el camino a seguir. Empecé a deslizar las primeras piezas sin sentido intentando formar ciertos dibujos. Paré y cerré los ojos en un intento de concentrarme, en cuanto los abrí formé rápidamente algo parecido a una letra “E” con las piezas doradas. Escuché el chasquido del candado abriéndose. La emoción me sacudió el estómago.

Abrí el baúl con cuidado, dentro habían varias cajas de diferentes tamaños pero llamó mi atención una de madera con un grabado de espigas doradas. Retiré el polvo de la cubierta y la abrí con cuidado. En su interior, un diario con las cubiertas de cuero rojo portaban las iniciales AAR. Me temblaban las manos y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Abrí la cubierta. En la primera página aparecía un dibujo a plumilla de una preciosa estatua de mujer con una serpiente enroscada a su cuerpo, cubierta con un velo y una espiga de trigo sujeta a su mano.

Las siguientes páginas amarilleadas por el tiempo y con un intenso olor, estaban repletas de frases en latín con algunos párrafos en griego. Manuscritas con una preciosa caligrafía se acompañaban de dibujos de extraños objetos. En ese momento me congratulé de haber estudiado ambos idiomas y de ser capaz de traducirlos sin problema.

Me senté en el suelo apoyada en la pared, dispuesta a pasar el tiempo acompañada de ese pequeño mundo comprimido en miles de palabras para saciar una curiosidad cada vez más incontenible. Marte apareció por el orificio de la buhardilla, olfateando lentamente todo cuanto había a su alrededor. Contempló la túnica sobre el galán y se enroscó a sus pies profiriendo un profundo suspiro. Dirigí mis ojos a la primera página.

Capítulo IV

"Aquí os lego, mis hijas, aquello que me fue mostrado, aquello que pude ver con mis propios ojos en la gruta que se adosaba al templo y que había cambiado de apariencia. El verdín de la humedad y el frío que desprendía la roca adquirió una tonalidad candente. Relucía con millones de destellos que obligaban a entrecerrar mis ojos. Contemplé entonces su contorno, oscilante con la perfección divina. Me arrodillé ante ella y ésta, complacida con mi devoción, acercó su rostro a mi oído para regalarme el conocimiento de su misterio entre el éxtasi de su presencia, encomendándome la tarea de legar a un pequeño grupo de escogidas todo cuanto debíamos saber para que su veneración fuera eterna. Si tienes su doctrina entre tus dedos es a causa de su obra, de la intercesión que ella procura allí donde mora y reina. Ella siempre ve, siempre guía, siempre acompaña.

A diferencia del misterio ordinario celebrado a su culto desde hace siglos, éste nada tiene que ver con lo que me encomendó, pues el destino final de lo que aquí halles es sólo con la finalidad de perpetuar y reinstaurarla más allá del tiempo y volver al hombre a la naturaleza del origen de los tiempos, al aprendizaje de la esencia divina de lo que le rodea. Somos nosotras las custodias del secreto, las perpetuadoras de una estirpe sagrada que se remonta al origen del mundo. El silencio es nuestro dueño, nuestra mente, la gruta oculta que la mantiene viva."

Sonó un pitido de la mensajería del teléfono haciendo que me sobresaltara. Estaba tan absorta con la lectura, tan profundamente alterada por todo cuanto quería leer que estuve tentada en lanzarlo escaleras abajo. Me contuve y miré la pantalla, era Enzo.

—"Querida, voy a buscarte para invitarte a cenar al Apuleius, no acepto un no por respuesta"

No me apetecía lo más mínimo pero tras su insistencia acepté. Bajé del desván y cerré todo con sumo cuidado casi como si debiera protegerlo, me arreglé rápidamente y esperé a mi amigo en el jardín de la entrada.

Uno de mis mayores disfrutes era pasear por las noches romanas, disfrutar de la hermosa decadencia de sus edificios o del resplandor de las luces sobre las aguas del Tíber. Entramos en el Apuleius ocupando una preciosa mesa redonda junto a una imitación de los mosaicos de

la villa de los misterios pompeyana. Toda la decoración evocaba a ese pasado del que se sentían tan orgullosos y no les faltaban los motivos.

—Dime, ¿qué te pasa? Estás extraña esta noche. —me miraba escudriñando cada gesto.

Corté un trozo del pulpo a la brasa y me lo llevé a la boca, mientras sonreía.

—La verdad es que nada, está resultando un fin de semana extraño. —respondí.

—Quería pedirte disculpas —dijo con los brazos cruzados sobre la mesa.

—No entiendo, ¿por qué?

—En el coche ejercí más de protector que de amigo contigo. Hablé de Max como si debiera interferir en tus sentimientos y no debería haberlo hecho. —le sonreí.

—Creo que me subestimas, Enzo. No pasé por un matrimonio tortuoso e infeliz para tirarme a los brazos de un hombre como él. Ahora mismo no está en mi mente volverme loca por nadie.

—Pero te atrae…—me miró interrogante.

—No sé decirte qué me pasa con él. Siento una cierta fascinación y curiosidad pero no tengo muy claro qué es lo que me remueve. No debes preocuparte, Enzo. Tampoco soy su perfil de mujer. —Enzo sonrió dulcemente.

—¿Sabes cuál es la ventaja de ser gay? Que tienes una perspectiva maravillosa de qué es lo que mueve a ambos sexos. Creo, Mimi, que no sabes verte, al menos no como te ven los demás. Eres adorable, de una dulzura que va más allá de lo que crees y eso hace que los hombres sientan que deben protegerte.

—No necesito a nadie que me cuide, Enzo.

—Eso lo sé yo y lo sabes tú, pero los demás no, querida. Y hablando de mi amigo, aquí está…

Enzo sonrió, mientras Max y un hombre ataviado con una túnica religiosa blanca se acercaban a nuestra mesa.

—Vaya, vaya, ¡qué casualidad! —dijo Max esbozando una maravillosa sonrisa.

Dejé los cubiertos sobre el plato y limpié la comisura de mis labios.

—Os presento al Maestro de la orden de Santa Sabina, fray Antonio

Rodríguez. Es español, Minerva, como tú.

Mi amigo hizo una reverencia formal.

—Reverendo Padre, denos su bendición. —Enzo mostraba una profunda religiosidad que me resultaba extraña.

Fray Antonio no miraba a Enzo ni a Max, fijó sus ojos en mí como si tuviera una epifanía. Me resultaba intimidante y me repelía como el agua al aceite recorriéndome un escalofrío por la espalda que me erizaba casi por completo.

—¿Cómo te llamas, hija? —dijo con una voz grave.

—Minerva, padre. —No quería darle más información.

—¿De dónde vienes?

—Tarragona aunque nací en Roma. —dije con brusquedad.

—Bonito nombre, algo pagano para mi gusto pero bonito. —sonrió en un intento de resultar agradable, aunque mi cuerpo seguía reaccionando como si fuera un depredador a punto de engullir a su presa.

—Bueno, os dejamos con vuestra velada. Voy a acompañar a fray Antonio a la basílica. —Max me observaba intrigado mientras el padre y yo manteníamos una mirada extrañamente retadora.

—Que Dios os acompañe. Oraré por vosotros. —dieron media vuelta alejándose por la puerta de entrada. No podía dejar de mirar la estela de su marcha y la negra esclavina que soportaban sus hombros.

—Mimi, por dios, parece que estés viendo a la reencarnación del mal. Es un hombre santo.

—Es sólo un hombre, Enzo. Un hombre con debilidades, miedos y errores. Le debo el mismo respeto que a los demás. Debería irme yo también, estoy cansada.

Llegué a casa profundamente alterada, aunque no sabía el porqué de ese sentimiento de rechazo ante alguien a quien no conocía. Lo único que ansiaba era mi soledad y volver a resguardarme en la lectura de aquel manuscrito que me reconfortaba. Cogí el cuaderno retomándolo donde lo había dejado.

“Ella me ha revelado el tiempo y lo que ocurrirá tras su desaparición. Cómo el devenir de los años borrará su recuerdo ante los nuevos ídolos que surgirán del este y que con palabras de redención diluirán su memoria.”

Pasé las siguientes horas leyendo sobre rituales iniciáticos, como

debían sumergirse sobre las aguas, quiénes debían portar las antorchas o el ordenamiento sacerdotal. Algunas páginas contenían imágenes de unos extraños cestos, vasijas y lo que parecían utensilios o recipientes para ofrendas, así como unas oraciones escritas en griego que se repetían como un mantra.

Cerré la cubierta y me la llevé al pecho.

Capítulo V

Maratón, año 155

Me gustaba mirar a través de la balaustrada los campos amarillentos que se acercan al mar, contemplar las sinuosas colinas que se contornean por los paisajes de Maratón. Residía en la villa más ostentosa, opulenta y hermosa de toda la población, encaramada como un ave a vivir en una jaula aurea de hermosos barrotes a la que sólo se le permite escuchar el trinar de los otros pájaros que moran las copas de los árboles.

Este no era mi hogar, había nacido en la urbe más grande del imperio, la más poderosa. Echaba de menos Roma y su vida palaciega, el contacto con los míos, aquellos banquetes llenos de conversaciones con poetisas, filósofos y personajes ilustres. Aquí me marchitaba lentamente a pesar de mi juventud pero debía fidelidad a mi esposo, un hombre veinticinco años mayor que yo al que me habían unido apenas cumplida la quincena.

Para mis padres era una excelente oportunidad pues Herodes Ático, aunque nacido de las tierras extranjeras del hélade, poseía una fortuna inacabable heredada de su padre y éste a su vez del suyo, de tal forma que sabían que aunque quizás su procedencia no me beneficiara en nada, la reputación de su mecenazgo y su fortuna sería el mayor valor que haría perpetuar su apellido. Yo a cambio le proporcionaba lo que él carecía, la posibilidad de tener una descendencia unida de alguna forma a los Annios y los Atilios, portando la misma sangre que la esposa del emperador Tito Aurelio Fulvo Boyonio Antonino.

Los primeros años que viví en Roma a su lado, me ayudaron a conocerle y aprendí a respetarle. Herodes me colmaba de abrumadores regalos con los que intentaba saciar una carencia de afecto y tiempo, pero jamás se había mostrado demasiado hostil a mi lado a pesar de ese fuerte carácter irascible y colérico, que en más de una ocasión había acabado con una agresión incluso al propio Tito.

Su inmensa fortuna y una vasta educación griega le habían acercado al poder de Roma, pues ¿quién va a llamar extranjero al mecenas que lega edificios públicos y presta a senadores y patricios?

Todos querían gozar de su compañía aunque únicamente fuera por si la escasez llamaba algún día a sus puertas, incluso pasó sus años en la urbe formando en las disciplinas aprendidas durante su juventud a los hijos adoptivos del emperador o incluso corrigiendo los extensos discursos de los oradores por simple placer. Herodes sentía un profundo amor por sus orígenes y echaba de menos la tierra agreste de los campos griegos y el intenso olor que emanaba del Egeo.

Perdí a mi pequeño tras pocos días de ver la luz del día. Claudio, el primer varón, fue llevado al inframundo cuando apenas esbozábamos la primera sonrisa por su nacimiento sumiéndonos en una profunda pena. Herodes me hacía llamar a su alcoba para yacer junto a mí casi cada día. Sabía que jamás reprobaría sus órdenes ni esbozaría queja alguna, sometiéndome a su voluntad para ofrecerle el fruto de mis entrañas.

Quisieron los dioses que proporcionara vida, y tras el aniversario del fallecimiento de mi primogénito, nació la pequeña Apia Elpinice, una hermosa criatura de cabellos oscuros y tez levemente aceitunada que colmó de dicha nuestro hogar y mi tiempo.

Mi dómine, hastiado por la vida en Roma, decidió que nos asentáramos en las tierras que le vieron nacer y llegamos a Maratón a través del puerto de Brundisium, dejando atrás su casa y la que había sido la mía en las afueras en la via Appia.

La villa de Maratón tenía un muro de separación tan grande que resultaba imposible abarcar su extensión con la vista. Mi dómine hizo construir un edificio anexo a las estancias principales con la intención que fuera mi residencia personal, yo sabía que no compartía sus placeres conmigo sino que gozaba con jóvenes muchachos que apenas habían desarrollado su primer vello. Me resultaba infame pues esa práctica que algunos hombres romanos también llevaban a cabo con algo más de discreción, era mucho más proclive en nuestros vecinos helenos, así que no sólo no me importó que me dejara al margen sino que agradecí no tener que contemplar sus caritas inocentes llevados como el ganado a sufrir una muerte agónica.

Pasaba mi tiempo orando y cumpliendo con las tradiciones, paseando por los extensos jardines o asistiendo tal y como me correspondía, a los banquetes que Herodes realizaba habitualmente. La villa se colmaba de manjares especiados y vino escasamente rebajado pero también podía disfrutar de conversaciones extensas y enriquecedoras con aquellos que gozaban del mecenazgo de mi esposo, siendo esos pequeños placeres los únicos que me mantenían relativamente lúcida.

La discreción y la prudencia eran las únicas atribuciones que Herodes amaba en mí y por ello, no cesaba en construir en cada rincón de las polis griegas que visitábamos un recuerdo a mi persona o a la relación de ambos y a nuestras familias, con la intención que esto hiciera aumentar la popularidad entre los suyos y entre aquellos que le habían criticado por no cederles el dinero de la herencia de su padre que bajo testamento había de ser legado a la población. No era una cuestión de culpa o de resarcir el error sino de aplacar su ego y quedar a ojos de sus vecinos como un benefactor a quien alabar.

A pesar de ello, sabía que era tal el amor a su tierra que en cierta forma gozaba embelleciendo sus monumentos o reparando acueductos maltrechos. Ambos éramos asiduamente invitados a cualquier evento que se celebraba en las principales ciudades. Adoraba visitar Atenas y disfrutar de la sagrada celebración de las Panateneas de las que tanto había leído en mi infancia. Herodes hacía unos años que había pagado una suma ingente para que el estadio quedara revestido de mármol, así que disfrutamos de todas las representaciones deportivas y culturales y permitieron que tuviéramos un lugar privilegiado en la procesión a la sagrada Atenea, donde las mujeres vestían a la diosa con su túnica, entre danzas, coros y dulces melodías.

Yo, devota de los dioses, me deleitaba con los sacrificios de animales y con la veneración de una población totalmente entregada a su protectora. Aquel año, encinta de mi segunda hija, quise participar de sus misterios a pesar de mi abultado abdomen y cuando apenas llegué a las escaleras que conducen directamente al templo de la divina victoriosa en la abrupta acrópolis, caí al suelo entre la multitud perdiendo el conocimiento a ojos de los demás.

Las mujeres creyeron que mi estado y el calor sofocante habían hecho mella en mí pero lo cierto es que entré en un profundo éxtasis, en un sueño extraño e inquietante donde una luz se abría paso entre la oscuridad de una cueva. El brillo fue cobrando forma hasta crear el contorno de la mujer más hermosa que jamás había contemplado. Ésta, portaba una antorcha asida a su blanquecina mano derecha. Se acercó a mí y extendió la otra palma brotando sobre ella centenares de espigas que caían desbordadas en la árida roca que soportaba el peso de nuestros pies. Casi al instante emergieron brotes verdes que se abrían paso y crecían exageradamente rápido a mi alrededor. Angustiada me abrí paso entre los tallos que ya adustos producían un crujido seco y se aplanaban por mis pisadas agónicas y aceleradas. No sé cuánto tiempo pasé caminando en ese laberíntico sembrado pero como si de un sueño se tratara aparecí en una pequeña elevación de la costa donde se admiraba un intenso mar azul. La mujer permanecía de

pie observando los miles de destellos que salpicaban la superficie. Su melena del color de la miel se balanceaba por una leve brisa, era tan abrumadoramente hermosa que sentía que debía apartar la mirada de ella, profundamente avergonzada. Su túnica mecida por el viento contorneaba sus senos y acariciaba la piel de vientre y muslos.

De repente giró su rostro fijando sus intensos ojos verdes como las aceitunas jóvenes que salpican los olivos, en los míos. Sus labios se movieron como las olas del océano, emitiendo una melodiosa voz que erizaba la piel.

—Contempla, Apia, como el mar se abre paso entre nuestras áridas y escarpadas tierras, como el sol inunda los campos que los hombres siembran y yo hago florecer cada día.

—¿Quién eres? —dije con voz temblorosa.

La mujer levantó el brazo y señaló la zona que quedaba a su espalda. Al girarme vi un enorme complejo de Templos, donde uno predominaba sobre los demás, con una columnata frontal y un hermoso frontón donde se adivinaban las figuras de los dioses talladas por hábiles artesanos. Junto a éste, templos más pequeños, zonas abiertas y ajardinadas, pórticos y una muralla que delimitaba toda el área. Podía ver a la gente en la lejanía pasear entre sus calles.

—Contempla el efecto del devenir de los nuevos tiempos. —la mujer hizo un movimiento con su mano acelerando las estaciones.

Recuerdo el mareo que suponía contemplar cada día de cada año como si fuera un instante, cómo oscurecía y amanecía en apenas un leve suspiro. Poco a poco, el enorme templo y todo cuanto había en el recinto fue cayendo, perdiendo su color. Veía incendios y a hombres empujar las estatuas de sus pedestales para romperlas en miles de pedazos. Los muros perdían su vigor y los sillares caían en el olvido amontonándose sobre la tierra consumida. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas, totalmente atónita. Hice un gesto para salir corriendo hacia el templo en un intento de parar cuanto veía, pero ella frenó mi avance con su mano mientras me sonreía dulcemente.

—No puedes parar lo que está condenado a morir, Apia.

—No entiendo nada de lo que me estás mostrando, ni sé quién eres aún. ¿Qué quieres de mí?

La túnica de la mujer se llenó de destellos plateados, portaba dos fíbulas en sus hombros con cornucopias y espigas bordadas en oro y plata. Sobre su cabeza apareció de la nada una corona de hermosas flores rojas de las que colgaban unos hermosos adornos. Extendió la mano y sopló su palma, apareciendo una bruma que hizo que todo

volviera tal y como estaba. Se giró hacia mí y señaló mi vientre.

—Lo que quiero se halla en ti, Apia. No es tu pequeña, sino los que vendrán tras ella. Estamos condenados a perecer en un largo olvido, nuestros templos caerán y las efigies que los hombres nos regalan morarán bajo la húmeda tierra. Así será durante siglos, cuando otros dioses sean adorados, cuando profetas de otros lugares traigan su fe reemplazando nuestro culto. Eres una mujer piadosa, Apia, por eso te he escogido a ti para perpetuar mi misterio. Te hayas ante la diosa que rige los cultivos, germina los campos y proporciona grano a los mortales, ese es el santuario que los hombres han consagrado a mí y a mi hija en Eleusis. Ahora es a ti y a la tuya aun no nacida, a las que reclamo lealtad y sacrificio.

Caí arrodillada sobre sus pies desnudos, la perfección de sus formas embriagaba el alma mortal hasta hacerla añicos. Entre sus blancos dedos nacían hermosas flores que se enredaban en los tobillos.

—¡Oh Mi diosa Deméter, luz de koré, oh mi diosa madre Ceres! Pídeme lo que ansíes y cumpliré con tus órdenes. Consagro mi vida a ti, solícita ante tus peticiones. Que aquello que fecundes en mí se rinda a tu culto.

La Diosa me levantó del suelo y acercó sus labios a mis oídos.

—Intercederé para que halles la forma de encontrarme en mi templo y te susurraré entre sueños el misterio para atraerme. Deberás hacer un manuscrito con todo lo que te muestre y relate. Éste, deberá pasar a un grupo de sacerdotes y sacerdotisas que jamás deberán revelar su procedencia ni propósito. Yo mediaré para que tu fin alcance el éxito. Ora por los dioses y hallarás recompensa en el mundo que rige mi hija.

Desperté entre paños fríos, estirada sobre una cama que no era mía. Herodes me miraba con alivio mientras acariciaba suavemente mi rostro.

—Me has asustado, Apia. Por un momento pensaba que os perdía a los dos. —dijo conmovido.

Yo no pensaba en nada más que en la visión que había alterado en un instante toda mi vida.

—Mi dómine, escúchame atentamente. Jamás te he pedido nada y lo único que espero es que un hombre como tú, devoto de los dioses, entienda lo que voy a suplicarle. He tenido una visión, Herodes, la diosa madre me ha hablado. No pienses que estoy alterada por mi estado ni por el desfallecimiento padecido pues son los dioses los que se comunican e interceden. —Herodes abrió los ojos atónito.

—Debes descansar, mi domina.

Le cogí la mano con fuerza y le traje hacia mí.

—Créeme, Herodes, por favor. La niña que porto en mis entrañas está tocada por los dioses y ésta me ha encomendado una misión que debe ser cumplida.

Mi esposo, a pesar de todo empezó a creer cuando dando a luz a mi segunda hija, se percató que estaba marcada por una extraña mancha de nacimiento, oscura como las ramas de los árboles y en forma de hoja que cubría una parte de su torso. El augurio de que la pequeña era diferente caló en él tal y como el agua doblega a las duras rocas, decidiendo que portaría el nombre de Marcia Annia Claudia Alcia Atenais Gavidia Latiaria. Herodes creía que si había tenido visiones durante mi embarazo bajo su templo, los dioses estarían conformes si portaba el nombre de Atenea entre los suyos.

Dediqué todos mis esfuerzos a criar a mis dos pequeñas en el respeto a las costumbres romanas y helenas para que gozaran en cierta manera de su protección, a pesar de que sabía dentro de mí, que lo que los dioses nos tienen destinado escapa de nuestra comprensión y alcance. Asumí todo esto como mi modo de vida y entendí que lo que se me había encomendado no tenía nada que ver conmigo sino que simplemente era un eslabón necesario para un fin mucho mayor.

Mi dómine, temeroso de los dioses, hizo construir en Atenas un templo a la diosa Tyche junto al estadio, nombrándome sacerdotisa de su culto e intercedió, para que también lo fuera, del templo de Deméter en Olimpia. A cambio, Herodes pagó la construcción de un ninfeo dedicado al dios padre Zeus con todas las imágenes de la familia imperial y construyó un acueducto que abasteció éste y a la ciudad sagrada.

Fue durante estos años en los que se iniciaron los trabajos que los dioses me dieron la fortuna, quizás con la mediación de Tyche, de proporcionar a mi marido un varón, al pequeño Tiberio Claudio Marco Apio Atilio Bradua Regilo Ático, colmando de dicha a Herodes quien por fin dispondría de un heredero a quien legarle su inconmensurable patrimonio.

A pesar de que a Tyche, la diosa de la fortuna, le dedicaba oraciones, libaciones y presentes, era a Deméter y a su pequeño santuario en Olimpia en quien volcaba la mayor parte de mis esfuerzos. Ordené a las mejores tejedoras que hicieran para mí una túnica parecida a la que aprecié en las visiones y encargué al mejor orfebre de Atenas que confeccionara una corona de oro con pequeños colgantes simulando los granos de oro que pendían de la suya. No

pretendía emular a la Diosa, pues tal cosa sería indigna y pretenciosa sino que sabía que si ella se había mostrado con tal apariencia sería por un motivo que escapaba a mi comprensión.

En mi condición de máxima sacerdotisa de su culto, tenía el privilegio de poder contemplar los juegos dedicados a Zeus, algo prohibido a las féminas y de realizar las oraciones en el altar dedicado a mi diosa. No obstante, el mayor honor fue dedicarme a escribir aquello que Deméter me transcribía. A pesar de que eran mis dedos los que portaban el cálamo cubierto de tinta, eran sus susurros los que dirigían mi mano. Aquel manuscrito custodiado con exceso de celo, no fue mostrado a sacerdotes, ayudantes ni a sacerdotisas menores. Hice lo que ella me pidió, busqué entre un grupo muy reducido escogiendo a un hombre de extrema piedad que había llegado desde tierras lejanas inducido por un extraño sueño y a cuatro jóvenes sacerdotisas que de igual manera habían escuchado de múltiples y variadas maneras la voz de Ceres.

Eran muy hermosas, tímidas y discretas. En cuanto les relaté mi encuentro y el propósito de mi elección, sucumbieron a tal petición jurando fidelidad eterna y el compromiso de jamás revelar lo aprendido aunque para ello debieran perder su vida. Y así se cumplió, aunque durante sus quehaceres diarios emularan a sus hermanas en el templo, ellos y sólo ellos conocían una verdad que debía propagarse a través de los tiempos.

Los misterios de Eleusis, seguían celebrándose tal y como se había hecho desde que el sol existe en su santuario, pero la selección de la hermandad dedicada a la protección de su legado sería exclusiva de cinco elegidos de los que nadie tendría conocimiento y serían estos mismos, los que movidos por la mediación de Deméter, nombrarían a sus sucesores.

Nadie cuestionó las decisiones que tomé, pues mi condición de esposa de Herodes garantizaba unos apoyos más movidos por el dinero que por la devoción y aprovechándome de tal hecho, dispuse con total libertad y en completo silencio.

Una vez al año, cuando la primavera asomaba con sus primeros brotes, los seis nos dirigíamos al monte que rige Crono junto al Alfeo y llevábamos a cabo los rituales sagrados, ocultos a cualquier mirada. No era ajeno a mi instinto que el sacerdote, de nombre Aetos, había sucumbido a un profundo amor por Aglaia. Ésta era de las cuatro, la que brillaba con una luz más intensa. Su piel era del color de la leche y su rostro mostraba la dulzura de unos ojos que encogían el alma de quien osara contemplarla.

El último año que pasé en Olimpia, vino a mí la joven compungida por la vergüenza.

—Mi dómina, ¿puedo hablar? —dijo la muchacha con la mano puesta sobre el estómago.

Asentí, siendo conocedora que algo le inquietaba consumiéndola por dentro.

—He faltado a mi Diosa y a ti. —sus ojos se cubrieron de lágrimas —No merezco el aire que respiro —Se arrodilló en el suelo de mármol.

—Levántate, Aglaia. —la cogí de los hombros para alzarla del frío suelo.

La muchacha no se atrevía a dirigirme la palabra, sollozaba sin cesar. En ese momento, la voz de Deméter apareció como un leve susurro en mi cabeza.

"Ayúdala, Apia, todo está escrito por el destino."

Salí de mi ensoñación intentando dar a Aglaia la atención que merecía.

—Dómina, acataré el castigo que merezco.

—Antes deberás explicarme qué es lo que ocurre, ¿no crees? —le sonreí para tranquilizarla.

Se sentó en el banco de piedra apoyando su espalda contra la pared. Perdió sus ojos en las bellas pinturas de estuco que decoraban el pequeño templo. Eran casetones con imágenes de Deméter y Perséfone en vivos colores que destacaban sobre un fondo blanquecino, levemente amarilleado por el efecto del humo de los pebeteros. La cogí de la mano mientras una lágrima resbalaba por su mejilla sonrojada. Cerró los ojos lentamente.

—Estoy encinta, mi dómina. Porto en mis entrañas el fruto del amor que siento por Aetos. —hizo un silencio —Ambos estamos contrariados pues nos regocijamos de la llegada de nuestro pequeño y a la vez tememos que Deméter castigue nuestra afrenta.

Suspiré agarrándole la mano.

—Aglaia, desconozco por qué los Dioses nos conducen de esta forma. Teniendo en cuenta nuestro propósito, oculto al resto de los mortales, es posible que tu embarazo tenga algo que ver con aquello que debemos hacer aunque aún no sea capaz de vislumbrar el motivo. Escúchame, ambos os iréis de Olimpia. Prepararé lo necesario para que huyáis hacia Roma, donde darás a luz a tu pequeño. Irás a la villa

que tengo en la via Appia, donde trabajaréis a mi servicio. Te haré una misiva que deberás entregar en mano a una persona de mi entera confianza.

Aglaia se abalanzó sobre mí rodeándome fuertemente con sus brazos.

—La diosa madre no pudo escoger mejor. —susurró.

Besé su frente tal y como haría con cualquiera de mis hijos pues en cierta manera así los consideraba. Desaparecieron al cabo de los tres días, tras haberles entregado todo lo que necesitaban para huir a Roma y perderse entre sus gentes. Nadie les conocía y eso era lo único que ahora mismo primaba por encima de cualquier cosa.

Supe que llegaron sin problemas y que ambos trabajaron duramente en los negocios heredados de mi familia. Aetos controló las finanzas de los campos en Canuvium durante un tiempo y volvió a Roma para ver nacer a su pequeño, al que pusieron Heráclides Aetos Apio en honor a mí. Jamás los volví a ver pero sé que ese pequeño al igual que mi hija, tienen un destino escrito en el desconocido mundo que atañe a los dioses que venero. Quieran éstos que tal cosa se lleve a término.

Capítulo VI

Fray Antonio y yo seguíamos la Via di Santa Sabina en completo silencio. En cierta manera lo agradecía, mi mente todavía permanecía alterada por la parca conversación mantenida con Minerva y Enzo en el restaurante. Sólo escuchábamos nuestros pasos perdidos entre los largos muros que delimitan la basílica y los edificios de los dominicos.

—¿Te encuentras bien Maximiliano? —el fraile me miraba interrogativamente.

—Sí, padre, estoy bien.

—Por cierto, el domingo vi a Silvana y a su familia. Son una familia estupenda. —hizo un silencio mientras yo asentía con una sonrisa forzada. —Sabes perfectamente lo que ella siente por ti, Maximiliano. Es una mujer preciosa que te ama profundamente. Creo que puede ser tu compañera perfecta, deberías pensarlo.

—Padre, coincido que es una gran mujer pero no se trata sólo de eso.

—¿Hay alguien más de quien no me hayas hablado? —preguntó.

Miré la cancela de hierro por donde el fraile debía entrar. Cogí una de las rejas y suspiré.

—No lo sé aún.

Vi como su mirada oscura se clavaba en la mía, esbozó una mueca que simulaba una sonrisa pero la realidad es que me parecía que su expresión no se correspondía con lo que pensaba.

—Maximiliano, hay hombres que pueden hacer lo que quieren y otros que hacen lo que deben. Tu familia es de las más antiguas de este país, con antepasados que han ostentado cargos importantes incluso en el seno de la iglesia. Dispones no sólo de patrimonio sino de nombre y los hombres se miden por el legado que dejan. Nadie recuerda el sentimiento de quien lo sufrió, eso sólo está a disposición de los que no tienen nada que perder. Lo que se rememora de los grandes hombres es aquello que nunca perece, lo que dejamos tras de sí. Necesitas una compañera que dignifique tu trabajo, que te acompañe y sepa qué hacer y decir en cada momento, que te ame, respete y sume.

—Padre, sabe bien que siento un especial cariño por usted y su congregación pero en este caso tomaré mis propias decisiones basándome en lo que considero mejor para mí. Ahora en lo único que pienso es en mi trabajo y ahí es donde centro los esfuerzos, en nada más.

El fraile me miraba inquisitivamente.

—No te dejes nublar por aquello que ves relucir un solo día. Hasta el oro oscurece y pierde su brillo.

—Pero no pierde valor. —respondí.

Fray Antonio mostró una hilera de dientes amarilleados y abrió la reja perdiéndose en la noche.

—Buenas noches, hijo. Cuídate y reflexiona, eres demasiado valioso para decisiones precipitadas.

Cogí el coche que había aparcado al final de la calle. Durante unos instantes me quedé dentro sin hacer nada. No entendía lo que me estaba pasando, las palabras de fray Antonio resonaban una y otra vez en mi mente. Por primera vez en mi vida sentía algo que escapaba de mi control, algo que no había tenido jamás y sin embargo todos cuantos me rodeaban no dejaban de recordarme que no tenía derecho a enamorarme ni a ser por una vez en mi vida, libre.

Al día siguiente fui a la villa de mi madre en la Via Gregoriana. Necesitaba una dosis de sentido común y de calma. A pesar de que su edad le había privado de muchos momentos de lucidez, aprovechaba cualquier resquicio de mi tiempo para visitarla con la esperanza que aquel día fuera de los pocos en los que podía mantener una conversación con ella. La echaba de menos. Había dedicado toda su vida a cuidarme y amarme sin esperar nada a cambio, jamás había cuestionado ni una sola de las decisiones que había tomado y en cuanto alguna de sus amigas le recordaba que seguía soltero, ella siempre les respondía que la mujer que me estaba predestinada estaba buscándome y que por tanto yo debía esperarla y respetarla como merecía.

Me abrió la puerta su cuidadora. Betta era una mujer que rozaba los sesenta, había estado durante años como sierva en Santa María del Rosario hasta que un buen día colgó los hábitos y se dedicó por completo a cuidar ancianos, según ella no era una crisis de fe sino una llamada divina para otros propósitos. Llegó a casa de mi madre recomendada por fray Antonio y hasta ese momento había sido como una enfermera veinticuatro horas para ella, no la dejaba jamás. Agradecía su entera disposición y cuidados a pesar que su carácter era

extremadamente parco y austero.

—Buenos días, Sr. Maximiliano. Pase.

La falda azul hasta las rodillas dejaba entrever unas piernas ágiles que apresuraban el paso hacía el jardín de la casa.

—¿Qué tal ha estado estos dos últimos días, Betta?

—Bueno, señor, ha tenido bastantes momentos de claridad, hoy la verdad es que está muy bien. Acaba de desayunar y está tomando un poco el sol porque en la última analítica tenía la vitamina D baja, así que ahora que hay mejor tiempo la saco y le hago los juegos de ejercitación mental con las cartas emparejadas.

—Gracias por todo, Betta. Sé que la cuidas mejor que nadie.

La mujer sonrió mientras corría las cortinas hacia los lados.

—Quédese con ella, yo iré a prepararle la comida. ¿Quiere que le traiga algo? —negué con la cabeza.

La vi de espaldas, sentada en su silla de ratán contemplando la hiedra que se enredaba frente al muro delantero. Llevaba su moño perfectamente tensado cubierto de unas preciosas canas plateadas. Con el dedo iba rozando compulsivamente la mesa de hierro de un lado a otro. Me acerqué a ella y le besé tiernamente la mejilla esperando que pudiera reconocerme y que no se sobresaltara por mi gesto. Se giró con un vacío en su mirada pero al contemplar mis ojos esbozó una hermosa sonrisa y levantó su mano para acariciar mi rostro.

—Max, mi niño, qué alegría verte.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Cómo está la mujer más bonita de Roma? —dije mientras me sentaba a su lado y le cogía la mano.

Madre me miró interrogándome con sus intensos ojos marrones.

—¿Qué te ocurre? —respondió seria.

—Nada, mamá, sólo he venido a estar contigo, ¿no puedo decirte palabras bonitas? —dije con un tono de falsa indignación.

—Te conozco, Max. Hay algo que te remueve por dentro. Hay cosas que podrás ocultar a los que te rodean pero jamás a quien te sacó de sus entrañas. Conozco cada gesto de tu cara, te preocupa algo, cuéntamelo.

Hice un silencio.

—Ayer estuve con fray Antonio y me insistió en que Silvana era una buena opción para mí.

—Y la strega también es muy sana. —respondió.

—¿Cómo dices, mamá? —pensé que se le había ido la cabeza.

—Oh, Max, querido. La strega va muy bien para las digestiones, y al igual que Silvana va bien para acompañar pero no será jamás tu primer plato. Ahora, deja de dar rodeos y dime quién es ella.

Sonreí. Era tenaz y obstinada, de una elegancia comedida. Amaba a esa mujer y sabía que lo que le explicara jamás saldría de sus labios, ahora más si cabe producto de las lagunas de su mente.

—¿Recuerdas la villa en Via Pepoli, a la que habíamos ido cuando yo era pequeño? —mi madre asintió. Era curioso que todo lo que pertenecía al pasado lo recordara con tal precisión.

—¿Te refieres a la Villa Mancini? —dijo nerviosa.

—¿Villa Mancini?, mamá, ¿estás segura de que se llamaba así?

—Sí, hijo. Nos encantaba ir allí. Lavinia era como una hermana para mí, —dijo visiblemente emocionada —la conocí en una recepción en el consulado español y nos caímos muy bien. Una desgracia todo lo que tuvo que ver con ella. Hay personas que parece que no merezcan estar en este mundo. Y bien, qué pasa en esa villa.

—Bueno, una joven española de origen romano, la heredó de sus padres que fueron, entiendo, los compradores. La ha restaurado y ha quedado preciosa mamá, estuve hace unos meses.

—Vaya, vaya… te ha cambiado la expresión de la cara, Maximiliano. —sonrió —Creo que esa mujer es el origen de tu sacudida interna. Y, cuéntame, ¿cómo es?

—Tímida, discreta. Trabaja conmigo en las oficinas de San Teodoro. Tiene un precioso pelo moreno del mismo tono que sus ojos y una sonrisa cautivadora que me ha estado quitando el sueño desde que la vi por primera vez. No se parece en nada a las mujeres con las que me he rodeado, en nada, mamá.

—Y en cambio ella ha sido la única que te ha privado de sueño. —sonrió mientras sorbía el zumo de naranja.

—Pero todo el mundo me recuerda que no es lo que necesito ni lo que me conviene.

—¿Quién es todo el mundo, Max? No debería importarte nada de lo que digan. No te he criado para que los demás tomen las decisiones

por ti. ¿Cómo se llama?

—Minerva, Minerva Mancini.

El vaso cayó de las manos de mi madre haciéndose añicos en el suelo. Descendí para recoger los pedazos, mientras Betta venía con la escoba y el recogedor. Mi madre se giró hacia su cuidadora haciendo un gesto para que se fuera. Cogió mi antebrazo con fuerza y me acercó a ella bruscamente.

—Max, es ella.

—¿De qué me hablas? —pregunté atónito.

El rostro de mi madre estaba totalmente desencajado. Por unos momentos pensé que la cabeza le estaba jugando malas pasadas y que quizás le había dado demasiada información.

—Escúchame, Max. No la dejes escapar, ¿me oyes? Es tu destino. Céntrate en ella que nada te aparte de tu propósito. No escuches a nadie —parecía que había enloquecido por momentos.

Betta volvió a entrar y separó su mano de mi brazo.

—Debería marcharse, señor. Está muy alterada yo me encargaré de calmarla. No se preocupe en ocasiones le ocurre.

—No voy a dejarla así, no puedo. —espeté.

Betta rápidamente hizo que mi madre tomara un calmante que colocó bajo su lengua. Poco a poco fue perdiendo la fuerza en sus extremidades hasta perder la vista de nuevo en la hiedra que pendía de los muros. Las lágrimas brotaron de mis ojos, todavía conmovido por todo lo que había sucedido. Le cogí la mano y la sostuve durante un par de horas en completo silencio, intentando retener cada contorno de su cara, cada pliegue de sus dedos. La besé en la frente y me fui roto.

Cogí el móvil y llamé instintivamente a Minerva. Las manos me temblaban.

—Minerva, soy Max. ¿Estás en la oficina? Te paso a recoger, no subiré, te estaré esperando abajo. En diez minutos.

En cuanto llegué aparqué el coche junto a la puerta y esperé con el puño apoyado sobre la sien. Tenía un intenso dolor de cabeza. Escuché como golpeaban la ventanilla repetidamente. Allí estaba ella con esa dulce sonrisa que sacudía todo cuanto había conocido hasta ahora. Sobre su camisa colgaba una cadena con la inicial de su nombre, sencilla y austera. Le hice un gesto para que entrara.

—Hola, Max. Cuánto tiempo desde nuestro último encuentro. —dijo irónicamente mientras cerraba la puerta. —Pues tú dirás.

—He pensado que te gustaría venir conmigo a una reunión con un patrocinador. Es un armador griego que se aloja en el *Hassler*. Está interesado en hacer una aportación importante que serviría para financiar diferentes proyectos. ¿Quieres? —Minerva me miraba con los ojos abiertos de par en par.

—Claro, pero espero que no habléis en griego porque si es antiguo aún podría pillar algo pero si es el de ahora mi vocabulario se reduce a gracias, hola y de nada.

—No, no… tranquila, lleva una traductora con él normalmente.

—¿Estás bien? —dijo Minerva con rostro preocupado.

—¿Por qué lo dices? —respondí.

—Bueno, hay cosas que simplemente se intuyen, se perciben.

—Pareces mi madre. Me ha dicho lo mismo esta mañana.

—No pretendía incomodarte. —dijo algo sorprendida con mi respuesta.

—Perdona, Minerva. Ella hoy no estaba demasiado bien y me he ido con un mal sabor de boca. No me lo tomes en cuenta, por favor. —le sonreí.

Minerva de inmediato cogió mi mano, haciendo que un estremecimiento me recorriera la espalda. El dolor de cabeza iba desapareciendo paulatinamente. Enlacé mis dedos con los suyos en un acto casi involuntario.

—Escúchame, no hace falta que me cuentes nada si no quieres. Pero debes saber que puedes contar conmigo si lo necesitas. Puedo estar a tu lado en silencio o escuchar lo que te preocupa.

Me hubiera abalanzado sobre ella en ese preciso momento para consumirla entre mis labios pero contuve mis impulsos para no dañarla. Tenía un pánico absoluto a dejarla rota tal y como me había pasado en otras ocasiones. Con ella no me lo perdonaría jamás.

—Gracias, Minerva. Lo sé. —aparté mi mano. —Venga, vamos a ver qué nos cuenta el Sr.Vasilis Lemos.

Durante el camino me habló de los proyectos que estaba preparando y de cómo se habían hecho unas pruebas en diferentes cuentas en redes sociales a través de directos que habían funcionado muy bien.

Llegamos al hall del *palazzetto*. La fachada blanquecina daba paso a una recepción de estilo clásico de gran elegancia. El Sr. Lemos apareció entre tres personas; su traductora, un acompañante y un miembro de su seguridad personal. Era mucho más joven de lo que pensaba, de unos cincuenta, de piel morena y con una barba perfectamente perfilada, el aroma a jabón y cosmético se apreciaba metros antes. Extendió su brazo saludándome muy efusivamente con un gran apretón de manos. Tras ello hizo lo mismo con Minerva, aunque centró su atención en ella de una forma muy diferente.

—He reservado mesa en la azotea, tomaremos café o si lo desean un coctel que por cierto los hacen francamente buenos, les recomiendo el de frambuesa, una delicia.

Se apartó para ceder el paso a Minerva que le devolvió una amplia sonrisa. Subimos a la terraza en la planta superior con unas vistas preciosas a las escaleras de la Piazza Spagna. El armador sorprendentemente hablaba un perfecto italiano con acento. No tardó demasiado en empezar la conversación en un intento de zanjar su propuesta lo antes posible.

—Mi padre era un gran amante de la cultura, siempre lo ha sido. Una de las condiciones que me dejó como herencia es que parte de los beneficios de la naviera fueran destinados a obras sociales y especialmente culturales. En Grecia, los armadores hemos aunado esfuerzos para contrarrestar los efectos de la pandemia pero también invertimos en conservación del patrimonio. Como bien sabe Sr. Cesarini, tenemos proyectos en diferentes yacimientos helenos. Ahora me gustaría expandir nuestro nombre a otras ciudades del mediterráneo. Nuestra aportación será importante y sé que estará bien gestionada.

—Puede estar seguro. —añadí.

—He leído las diferentes memorias y los objetivos, así que no pondré pegas a que gestionen los recursos en diferentes yacimientos, siendo condición que nuestro nombre aparezca en lonas o carteles allí donde exista aportación y que esta sea digna de la cantidad asignada. —dirigió su mirada a Minerva. —Sra…

—Mancini —respondió.

—Mancini, ¿es usted romana? ¿Cuál es su trabajo en la *Superintendenza?* —el armador se recostó mientras sorbía un café.

—Sí soy romana de nacimiento aunque crecí en España. Mi trabajo es entre otras cosas la redacción de esas memorias que usted ha leído. —sonrió encantadoramente mientras Vasilis la miraba casi a punto de

devorarla.

—Buen trabajo, Sra. Mancini.

—Desconocía, Sr. Lemos su fluidez con nuestro idioma. —emergió una extraña ironía que no era propia de mí, mucho menos en una reunión de negocios de esta importancia.

—Conozco varios, pero siempre llevo a Alexandra conmigo por si no me interesa esforzarme. Cuando me intentan vender humo, hablo únicamente en griego y dejo que sea ella la que trabaje. —la mujer sonrió. —Es una buena estrategia, créame.

—Sin duda. —ambos nos miramos midiendo fuerzas.

No tardé demasiado en dar por finalizada la reunión, quería apartar a Minerva de la jauría de lobos que representan determinadas situaciones.

—Ha sido un auténtico placer llegar a un acuerdo con ustedes. Les pasaremos los detalles en los próximos días para firmar el convenio de colaboración. Sra. Mancini, espero verla en la presentación pública y con los medios. —besó su mano en un acto de galantería.

—Por supuesto, allí estaré. —Minerva parecía cómoda con la situación.

Salimos del Palazzeto del Hassler apresuradamente. Tenía ganas de perderme, de alejarme absolutamente de todo. En cierta manera parecía molesto con ella a pesar de que lo único que había hecho era resultar encantadora y educada.

—Te dejo en las oficinas o prefieres que te lleve a casa. —dije bruscamente.

—¿He hecho algo que te haya molestado? —su dulce mirada me rompía en pedazos.

—No, Minerva, todo está bien. Esta clase de gente está acostumbrada a obtener lo que quiere cuando quiere, ves familiarizándote con esta clase de magnates.

Me miraba con una mezcla de asombro e incredulidad y cuanto más vulnerable me sentía a su lado, más la castigaba innecesariamente. Intentaba auto convencerme que estaba haciendo lo correcto, que ella no era nada para mí.

—Si no te importa prefiero caminar. Creo que será mejor. —la decepción se dibujaba en su rostro como un libro abierto.

—De acuerdo.

No eché la vista atrás, la ignoré como si hubiera abandonado un cachorro en la carretera, con una infinita crueldad. En cuanto llegué al coche, puse a Enzo en el manos libres.

—Hola Max, ¿cómo ha ido?

—Bien, bien, Enzo. Firmará. —respondí.

—Felicidades jefe, ¿está Mimi contigo?

—No. —dije bruscamente.

—¿Ha pasado algo, Max? —Enzo había cambiado su tono.

—Simplemente no tengo un buen día, Enzo.

—Entiendo. —hizo un paréntesis. —Déjame que te de un consejo de amigo. Sabes que te quiero y que siempre te he deseado lo mejor, déjala en paz Max. No es para ti ni lo será nunca, te lo he dicho muchas veces. Céntrate en lo que necesitas y no en caprichos pasajeros. Mimi es mi amiga pero no le convienes y tú lo sabes mejor que nadie. Céntrate en quien sabes que es un valor seguro para ti, Silvana es el pasaporte a un futuro seguro y sin sobresaltos. Hazme caso por una vez, maldita sea.

—Adiós, Enzo. —corté la conversación y golpeé el volante repetidamente.

En cuanto salí del aparcamiento, contemplé a Minerva caminando por la Piazza della Trinità dei Monti. La dejé atrás de un acelerón dispuesto a que fuera una metáfora de una decisión que ya había tomado. Debía dar la oportunidad a Silvana, olvidar las palabras de mi madre y afianzar una relación que llevaba tiempo dilatando. Me haría feliz, estaba seguro y a pesar de eso no podía evitar la sensación de que estaba tomando la decisión más equivocada de toda mi vida.

Capítulo VII

El anuncio de compromiso de Max y Silvana había sido la comidilla de la oficina durante semanas. Yo estaba rota aunque era capaz de disimularlo con soltura. Tantos años de engaños en mi matrimonio y de secretos habían hecho que desarrollara una habilidad para mostrarme totalmente opaca, supongo que era una forma de protegerme de tanto dolor.

Me centré en mi trabajo. Durante los últimos días las pesadillas habían vuelto con fuerza, fruto de mis lecturas místicas del desván y de los miedos a reencontrarme con mi acosadora personal a la que no había visto desde su última aparición. Había quedado con Flo para comer. Le dije que viniera a buscarme por la oficina, la necesitaba.

En cuanto bajé con Enzo, encontré a Flo que estaba en el muro esperándome. La abracé con fuerza. Ambos se miraron esperando a ser presentados.

—Disculpad. Enzo te presento a mi mejor amiga, Flo. Flo, él es Enzo ya te he hablado de él alguna vez.

Ambos se miraban fijamente con una sonrisa visiblemente forzada. Se dieron un par de besos de cortesía pero se cortaba la incomodidad en el ambiente.

—¿Nos vamos, Minerva? Acabo de reservar en el Dulcis in fundo. Encantada de conocerte, Enzo. —dijo con frialdad.

—Igualmente, Flo, me alegro de ponerte cara por fin.

Mi amiga empujó mi espalda apresuradamente. Me sorprendía que no hubiera invitado a Enzo a unirse a nuestra comida, no era propio de ella.

—¿Qué te pasa, Flo? —dije extrañada.

—Nada. Tengo ganas de estar contigo a solas. ¿No puedo?

—¡Venga ya! he visto cómo lo has mirado.

Flo, paró en seco a mitad de la calle.

—No me gusta, Minerva.

—¿Enzo? Pero si es un amor…

—Las serpientes son preciosas también.

—¿En serio te repele tanto? —dije extrañada mientras reanudábamos el paso.

—Sabes que te quiero y que haría lo que fuera por ti. Pues hazme caso, no confíes en él. No me gusta. Si puedes rehúye de su compañía todo lo que puedas.

—No sabía que tuvieras dotes de adivinación. —sonreí restando importancia.

—No bromeo, Minerva. No confíes en él. Prométemelo.

Asentí. Su cara de preocupación me causó extrañeza como si supiera algo que estaba fuera de mi alcance. Quise tranquilizarla. Nos sentamos en la terraza, hacía un día precioso de Junio y ambas pedimos un Aperol para entrar en conversación.

—Y bien, cambiando de tema, ¿cómo estás? —dijo mientras daba un buen trago.

—¿La verdad? Hundida y destrozada.

—¿Tan pillada estabas por ese hombre? —preguntó mientras yo asentía.

—Más de lo que pensaba, Flo. No sé explicar lo que me ocurre cuando estoy a su lado ni lo imbécil que me siento cuando me responde como si fuera una mierda, aunque antes haya sido un amor conmigo. Es como si tuviera dos personalidades en plan Dr. Jekyll y Mr.Hyde.

Flo sonrió al camarero encantadoramente mientras nos tomaba nota.

—Oh, por favor, ¿estás ligando con el camarero? —reí a carcajada.

—Las oportunidades aparecen donde menos lo esperas, Minerva. Y ya sabes que los italianos somos de sangre caliente. Dime una cosa, ¿él sabe lo que sientes?

—No, Flo, ni lo va a saber jamás. Mucho menos ahora que está prometido. Si he de ser sincera casi ni hemos hablado. Lo cierto es que lo que siento por él va mucho más allá de lo que nunca imaginé. Creo que puedo decir que me he enamorado de un perfecto desconocido al que jamás voy a tener. La cruel historia de mi vida. —dije con resignación.

—¿Y si él sintiera lo mismo?

—Si fuera así no se prometería con ese pedazo de bellezón de metro

ochenta preparada siempre para ir a la pasarela de Milán. —suspiré — No, Flo. No se trata de estar a su altura, eso es algo que ni pienso porque creo que todas somos dignas para optar por quien sea, es simplemente que no voy a suplicar que me amen y quedar otra vez bajo el ala de alguien que está conmigo por conveniencia o algo parecido a la compasión. Tragaré, limpiaré mis heridas y en un tiempo me iré de este despacho para seguir trabajando contigo y con Fabio.

Flo tenía un brazo apoyado en la silla de al lado, me miraba con una medio sonrisa mientras el camarero nos ponía un tartar de aguacate y salmón.

—Me encantará conocer a ese amor tuyo. Sólo por curiosidad.

—Ya lo viste en la primera reunión en la agencia. —di un bocado.

—Yo no llegué a verle, a ella sí. Era una estirada y una borde. No te llega a la suela del zapato. Yo estaba en la sala central y entró Fabio para pedirme unas tarjetas de visita, ni me saludó.

Sonreímos las dos.

—Bueno ya lo conocerás algún día. —respondí.

—El viernes sin ir más lejos.

—Oh, dios, había olvidado la presentación del convenio. —cerré los ojos con expresión de hastío.

Aquella semana la pasé prácticamente encerrada en mi pequeño despacho ultimando el diseño del contrato que debían firmar en un acto protocolario que se celebraría en el interior de la Curia del foro. Ayudé a mis compañeros en todo cuanto necesitaran aun cuando no me competía. Escribí a los medios de comunicación y contraté a cámaras y fotógrafos para inmortalizar un momento especialmente importante para todos.

Estaba fatigada en exceso, el insomnio y los nervios me habían dejado exhausta, casi sin fuerzas. Me arreglé como pude para la ocasión, tenía escasamente hora y media para ir a casa, ducharme, mejorar mi penoso estado y volver al foro. Cogí un discreto mono negro, de esos que tienes de fondo de armario y lo mejoré con una americana roja a juego con los zapatos. No me maquillé, recogí el pelo con un moño y pinté mis labios carmín con la esperanza que eso hiciera parecer que estaba razonablemente presentable.

—Dios, Minerva, pareces sacada de las catacumbas. —dije para mí.

Por más que golpeaba mis mejillas la tez estaba blanca como la leche. Respiré hondo y me aparté del espejo.

Llegué justa de tiempo, tanto que ya habían empezado con las presentaciones de las autoridades romanas. En la mesa, el armador griego Vasilis Lemos ocupando un lugar preferente y Max como representante de la *Superintendenza*. Toda la sala estaba abarrotada de gente y de medios. Me aparté sigilosamente a un lateral para por fin darme un respiro. Escuchaba las explicaciones como si fueran un murmullo lejano, centrándome en valorar que me hallaba en uno de los edificios más emblemáticos de Roma y que quizás ahí donde reposaba mi espalda había sido el espacio ocupado por Mario, Sila o quién sabe si el propio César. Me sentí muy afortunada, extremadamente agradecida por mi suerte.

Los aplausos me trajeron de nuevo a mi siglo, era muy propio de mí quedarme absorta entre los muchos monumentos de Roma y perderme en mi mundo lleno de pensamientos extraños y ecos del pasado.

Aplaudí por inercia. Los medios iban inmortalizando el momento mientras se daban de codazos para entrevistar a ambos. El Sr. Lemos levantó la vista y dio con la mía de frente. Esbozó una sonrisa preciosa y encantadora llena de surcos haciéndome un gesto con la mano para que esperara. Mientras tanto, Max y Silvana saludaban a los invitados con fuertes apretones de manos y sonoros besos. Podía adivinar como algunos de ellos les felicitaban por el reciente compromiso. Si he de ser sincera, ella era perfecta para él, parecían acompasados hasta en los movimientos.

—Ya estaba echando de menos a la española más impuntual, eficiente y bonita de la sala. —la voz del armador resonó entre los ladrillos.

Me ruboricé de inmediato.

—Sr. Lemos, discúlpeme, con los preparativos me ha sido imposible llegar antes. No ha sido por falta de profesionalidad sino de tiempo. Espero que no me lo tenga en cuenta.

—Querida, con esa dulzura de cara no podría ni condenarte tras haberte visto asesinar cachorros de perro a sangre fría.

Reí a carcajada.

—Lo tendré en cuenta para mis futuros asesinatos.

El armador sonrió ampliamente mientras me cogía del brazo.

—Vente conmigo en mi coche y vamos a la recepción juntos. Tranquila no iremos solos. Verás, soy un hombre de mediana edad, ostentosamente rico y soltero. Y guapo, muy guapo como puedes ver. —carcajeó fuerte. —Vale lo último no es verdad, pero los italianos van

a sorprenderse de que vaya solo sin una acompañante y a mi traductora la tienen muy vista, así que aunque no lo creas vas a serme de gran ayuda para espantar compañías poco interesantes. No acepto un negativa.

—¿Tengo otra opción? —dije arqueando una ceja.

—¿Crees que me he hecho rico por aceptar las primeras respuestas?

—Me imagino que no.

—Perfecto, pues no hay más que hablar.

Vasilis era encantador, un hombre muy atractivo con un sentido del humor irónico y muy directo. Subimos a su precioso Mercedes negro con los cristales tintados. El chófer cerró ambas puertas aislándonos del ruido que quedaba fuera.

—¿Te gustan los coches, querida?

—Lo más mínimo, Sr. Lemos.

—¿Ni los caros? Este lleva champagne frío y bolsitas de caramelos duros como piedras, frutos secos y…. —miró uno de los envases— y algo que no sé qué narices es pero parece bueno.

Negué con la cabeza.

—Prefiero el cava más que el champagne francés y aunque siento debilidad por lo dulce, prefiero una bolsa de pipas repletas de sal.

—Eres más mediterránea que mi flota de naves. Bueno, a falta de cava, tomaremos este champagne con apariencia de caro y que seguramente no se lo toman ni los franceses.

Descorchó la botella, ofreciéndome una copa medio llena.

—¿Brindamos por el convenio? —dije.

—Estarás de broma, brindamos por los encuentros fortuitos, los snacks pasados y las pipas con sal. Salud, Minerva.

—Salud Sr. Lemos.

—Vasilis. Si vamos a compartir velada, llámame por mi nombre y tutéame.

Llegamos a un palacete de la zona alta de Roma. En la entrada estaban esperando tanto Max como los miembros de las entidades culturales y gubernamentales de la ciudad.

—Dios, ¿no podrías entrar primero y yo salgo en unos minutos?

Vasilis apuró la copa y me miró con una amplia sonrisa.

—Vas a salir por esta puerta, vas a cogerte de mi brazo y vas a subir los cuatro peldaños conmigo.

—Llevo los pelos como las locas.

—¿Cómo dices? —me miraba divertido.

—Que te voy a hacer quedar mal.

—Cuanto más hablo contigo más me gustas. Espera a que el chófer nos abra y yo salga a buscarte.

Estaba temblando, con las yemas de los dedos apreté la piel del asiento. Si algo detestaba era ser el centro de atención. Escuché la puerta abrirse y como una mano se extendía para ayudarme a salir. Respiré hondo y la agarré con fuerza.

Subí los cuatro escalones que me acercaban a la recepción. La cara de Max estaba desencajada, casi podría decir que se adivinaba algo de ira en su mirada. Silvana no estaba mucho más cómoda. Creía que iba a desmayarme escaleras abajo.

—Estimado Maximiliano, espero que no te moleste que haya casi secuestrado a Minerva para que me acompañe.

—En absoluto, Minerva ya sabe qué debe hacer sin pedir permiso. —dijo profundamente molesto.

—Oh, querida Silvana, qué elegancia y qué belleza de mujer. Mis felicitaciones a ambos por vuestro compromiso. —cogió su mano y la besó mientras Silvana esbozaba una sonrisa de cortesía.

—Mis felicitaciones también para ambos. —dije casi en un susurro.

—Gracias, Minerva. No ha sido fácil atrapar a Max así que con lo que me ha costado, ahora no me voy a apartar de su lado ni aunque me lo suplique. —me miró con una irónica sonrisa.

Max cambió de tema rápidamente.

—Bien, pues entremos de una vez. No hagamos esperar más.

Los zapatos de tacón me rozaban, así que hice una mueca inconsciente.

—¿A que ahora desearías descalzarte? —me susurró Vasilis.

—No sabes cuánto y lo peor es lo que me queda por padecer.

Vasilis hizo llamar a su traductora. A los pocos minutos ambos estábamos en un salón de estilo barroco con excesiva luz. La gente

hacía corrillos mientras los camareros del catering iban mostrando las bandejas repletas de canapés que iban desapareciendo rápidamente.

Quería irme a mi casa, jamás había deseado tanto desnudarme y estirarme en la terraza pero sabía que debía cumplir con mi trabajo y con Vasilis, cualquier desaire podría causar problemas en la oficina y eso es lo que menos me convenía.

—¡Minerva! —Flo me saludaba desde el otro lado del salón.

Le hice gestos para que viniera.

—¡Por Dios, cuánta gente! Acabamos de llegar Fabio y yo. Qué labios más rojos, estás preciosa. Si fueras cada día así tendría que apartar a los hombres de la valla de tu casa a garrotazos. —hice una mueca.

—Os presento al Sr. Lemos. Ella es Floriana Makris y Fabio Pisarello de la agencia de marketing para la que trabajo. —Vasilis dio media vuelta y besó encantadoramente a Flo.

—Un placer. ¿Conoces a Minerva de hace mucho?

—Somos muy amigas, íntimas de hecho. Es como una hermana para mí.

—Igual Sra. Makris la asalto un día para que me dé más información de Minerva. Es un hueso difícil.

—Lo sé. Créame que después de tanto tiempo aún creo que me quedan cosas por saber de ella.

—Suficiente por hoy. —corté la conversación. —Flo querías conocer a Maximiliano, ¿verdad? Pues ahí viene. —señalé a Max desde la distancia.

La cara de Flo se emblanqueció. La expresión había adquirido un tono de asombro que no entendía, era como si hubiera visto una aparición, permanecía absorta. Max se acercó hasta donde estábamos para saludar a Fabio.

—Soy Maximiliano, Sra… —Max había extendido su mano mientras mi amiga era incapaz de esbozar una sola palabra.

—Mi nombre es Floriana Makris. —tartamudeaba y bajaba la mirada ante la presencia de Max.

—Encantado de conocerte.

—Flo, me acompañas por favor, necesito hablarte sobre un asunto de trabajo en privado. —intentaba sacarla del atolladero en el que estaba metida. La cogí del brazo y me la llevé a la barra del bar.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa?

Flo era incapaz de mirarme a los ojos. Sus labios susurraban unas palabras que repetía una y otra vez.

—Nada, perdona, no me pasa nada. Discúlpame, se me ha ido la cabeza.

—Estás muy pálida. —respondí.

—Un martini por favor, doble. Y otro para mi amiga. —dijo al camarero.

Se lo bebió de un tirón casi sin respirar.

—Me estoy empezando a preocupar. —increpé.

Flo, respiró profundamente.

—Tranquila, me ha recordado a alguien que conocí hace años y me ha dejado algo aturdida.

Coloqué su mechón detrás de la oreja en un intento de calmarla.

—¿Quieres que salgamos a la terraza? —dije dulcemente.

—Minerva. Tienes que luchar por él. No debes rendirte.

Su expresión era severa. Jamás la había visto de esa forma, casi vulnerable y temerosa. No entendía nada de lo que le estaba pasando y aun así no osé preguntar para no alterarla más.

Vasilis se acercó con varias cajas que colocó sobre la barra del bar.

—Cortesía de la naviera Lemos. —su irrupción fue como un soplo de aire.

—¿Qué es? —pregunté mientras me miraba divertido.

—Me lo vais a agradecer, de hecho creo que podría hacer un sorteo entre las asistentes y se pagarían auténticas fortunas.

Floriana abrió una de las cajas como si fuera a detonarse en cualquier momento. Su carcajada fue una melodía para mis oídos.

—Mira, Minerva. Creo que no le falta razón.

Había varias deportivas de diferentes colores y números. Sonreí mientras le miraba incrédula.

—¿De dónde las has sacado a estas horas de la noche?

—Querida, el dinero abre literalmente puertas. A cualquier hora.

Como no sabía vuestro número he traído varias. Las que no uséis las dejaré en la entrada al triple de su precio, cuantas más horas pasen mayor cotización.

—¡Madre mía! Flo yo me cojo las rojas te dejo las que quieras para ti.

Fabio apareció con intención de llevarse a Flo a casa. Creo que de alguna forma él deseaba protegerla. Me abrazó con fuerza antes de desaparecer entre la multitud.

—Piensa en lo que te he dicho, por favor. Y dale las gracias a Vasilis. —levantó un pie para señalarme las deportivas doradas que había escogido.

Salí a la terraza. Había gente pero agradecí un poco de aire fresco y algo de silencio. Una copa de Martini apareció en la barandilla.

—¿Está bien tu amiga?

La voz de Max estremeció mi cuerpo.

—Sí, gracias. Se ha ido a casa con Fabio, se encontraba algo mal, han sido días duros de trabajo. —respondí bruscamente.

—Quería disculparme contigo. Te dejé en las puertas del hotel como un auténtico maleducado. Yo no soy así, aquel día tuve una mañana complicada y lo pagué contigo.

—No pasa nada. —respondí.

Alcé la vista para contemplar esos intensos ojos de color miel claro. Aparté la mirada en un intento de protegerme. Tenía un nudo en el estómago que a duras penas me dejaba respirar. Me maldecía por ser incapaz de controlar un sentimiento que sabía que me iba a torturar de por vida.

—En fin, sólo quería que lo supieras. Por cierto buen trabajo y gracias por ser tan atenta con el Sr. Lemos. Creo que se ha encaprichado contigo. Tampoco lo culpo, es imposible no hacerlo.

Me incorporé para acercarme a él, quizás resentida porque no entendía esa manera de despreciarme y llenarme de cumplidos en cuestión de minutos.

—¿Por qué me contrataste para ir a San Teodoro, Max?

—¿Qué quieres decir? —sus ojos estaban repletos de surcos por el gesto de extrañeza que le causaba mi pregunta.

—Me cuesta mucho entenderte. No…no sé qué quieres exactamente de mí y de hecho creo que después del acuerdo con Lemos no tiene

sentido que siga en esa oficina. Lo que hago ahí puedo hacerlo en mi casa, sentada en una piedra en el foro o en la agencia. Dime, ¿por qué me contrataste?

Max me miraba atónito, incapaz de decir nada.

—Creí que era mejor que vieras lo que hacemos in situ, Minerva, nada más. ¿No crees que estás sacando las cosas de contexto? —respondía visiblemente molesto e incómodo. No hay nada que te ate a mí, puedes marcharte cuando lo desees.

Se hizo un tenso silencio. Contemplé las guirnaldas de luces que pendían de las celosías escuchando como mi alma se rompía en miles de pedazos. Me sentía estúpida.

—Entiendo. A finales de esta semana recogeré mis cosas. —bajé el tono de mi voz. —Gracias por la copa. —la bebí de un sorbo mientras me alejaba de su lado con los ojos humedecidos por la impotencia de enfrentar mi estúpida inocencia.

Me despedí de Vasilis alegando un cansancio real. Insistió en que su chófer me acompañara a casa a pesar de mis continuas negativas. Ni siquiera me despedí de Enzo que durante toda la noche había estado de mesa en mesa.

Basta, Minerva, basta.

Capítulo VIII

Me había quedado absorto mirando la copa de Minerva sobre la barandilla de piedra. Cogí la mía y la apuré de un solo sorbo. Todavía resonaban en mi mente sus palabras de despedida. Quizás era mejor así. De alguna forma si no la tenía cerca podía ser capaz de quitármela definitivamente de la cabeza, sería mucho más sencillo.

Una copa apareció frente a mí.

—Está bien cargada y sin hielo.

Vasilis se apoyó en la barandilla para contemplar el resto de azoteas de las villas de enfrente.

—Gracias pero creo que ya he bebido demasiado. —respondí.

—Nunca es demasiado cuando te rompen el corazón en pedazos tan pequeños que no se pueden recomponer.

—¿Cómo dices? —aquel hombre estaba empezando a resultarme molesto.

Vasilis me miró con una media sonrisa.

—Verás, Maximiliano, creo que tengo una dilatada experiencia que me permite hacer lecturas de aquello que no se ve a simple vista. Llámale intuición o simplemente ser un observador nato. —hizo un silencio — Minerva no es una mujer corriente, tú lo sabes al igual que yo, es una rosa roja en medio de un campo de cardos. Ni tu prometida puede hacerle sombra a pesar de sus joyas y su ropa cara.

—Te estás extralimitando en tus comentarios, Vasilis. No voy a permitir que la insultes.

—No la insulto, Maximiliano, nada más lejos de mi intención. Si es así te ruego me disculpes. Lo que digo es que Minerva es demasiado para ti y para mí. Somos como depredadores esperando a tener una presa como ella, dulce, cándida, divertida, frágil…una entre un millón.

—Creo que te estás equivocando, Vasilis. No tengo interés alguno sobre Minerva, ninguno.

—Vaya, creo que mi olfato entonces debe estar errado por primera vez en mi vida. Casi mejor. Quería decirte que voy a arrebatártela, Max.

Voy a llevármela sin que puedas hacer nada. Voy a proporcionarle la vida que merece, lejos de ti y de tus miedos.

La rabia se apoderó de mí, notaba como mi cara enrojecía por una furia incontrolable. Hubiera estampado el vaso sobre su cabeza sin dudarlo un solo instante.

—¿Has pensado que ella igual no siente lo mismo por ti? Sólo has pasado unos instantes con Minerva, ¿crees que va a dejar su vida por alguien a quien apenas conoce?

—¡Qué inocente eres, compañero! Acabas de romperle el corazón en esta azotea mientras convertías en cenizas el tuyo. Puedes decir lo que quieras, engañarte si quieres pero seré yo quien comparta su tiempo, sus risas, quien cenará a su lado, el que consolará su pena.

—Ella no va a irse contigo, Vasilis, tu dinero no te servirá de nada.

—Cierto, pero no me subestimes porque cuando eso pase lamentarás cada una de las palabras que le han dañado. No la mereces, Maximiliano. La has tenido entre tus dedos y la has dejado ir. El mayor error de tu vida.

Vasilis dejó su copa y se marchó con las manos en los bolsillos como si nada hubiera pasado.

En cuanto entré en la sala, el cuarteto de música dejó de tocar. Vasilis había subido al escenario con una gran sonrisa dibujada en su cara, satisfecho. En mi vida me había encontrado cretinos de muy distinta índole, hombres ricos y aristócratas remilgados que se encaprichaban de aquello que les resultaba inalcanzable simplemente porque no podían comprarlo. En cierta manera yo no era tan diferente a ellos, me había pasado toda mi vida disfrutando de placeres que no sacian, metiéndome en las camas de mujeres a las que podía dejar durmiendo la mañana siguiente sin saber su nombre para no volverlas a ver jamás. Aunque odiaba a ese hombre, sabía que tenía razón.

—Queridos amigos y compañeros. Sabéis que existe un lazo indisoluble entre los pueblos que bañan el mar azul que compartimos. Soy griego pero sobre todo soy ciudadano del mediterráneo. Para mí siempre ha sido un placer gozar de vuestro país al que tanto debo. Aquí tengo amigos desde que era un joven díscolo e impetuoso y ahora puedo decir que sumo a ellos a nuevos compañeros de camino como Maximiliano y Silvana. Por ello, me complace enormemente brindar por su compromiso. No hay mayor misterio que el que te une a quien siente lo mismo por ti. Créanme cuando les digo que es más fácil ganar una lotería que encontrar a la persona amada. —me miró fijamente mientras los asistentes reían —Has tenido mucha suerte,

querido amigo, seguro que será una vida completa y feliz a su lado, yo por mi parte seguiré intentándolo y espero, que algún día no muy lejano, pueda disfrutar de la dicha que ambos compartís ahora. Salud.

Todo el mundo izó la copa. Silvana estaba a mi lado con la mano sobre mi hombro y su cabeza apoyada en la mía. Se giró para besarme. No sentía nada. Un inmenso vacío inundó todo mi cuerpo.

No tardamos demasiado en dar por finalizada la velada.

—Max, ¿vamos a casa? —Silvana estaba cansada pero emocionada con la situación.

—Sería mejor que hoy fueras a la tuya, mañana te paso a buscar si quieres y vamos a cenar fuera. Debo ir al despacho y no sé cuánto tiempo pasaré allí.

—¿Vas a estas horas? Te acompaño si quieres. —se acercó para rodear mi cintura con sus brazos.

—Estás cansada y no sé cuánto me va a llevar. —cogí su barbilla — mañana nos vemos. Descansa. —la besé en los labios.

—¿Qué demonios estás haciendo, Maximiliano? —pensé mientras conducía en dirección al Viale Giotto.

Giré por via di Villa Peppoli y aparqué cerca de la casa de Minerva. Todo permanecía en silencio. Era casi medianoche y sólo las luces exteriores de las villas y unas cuantas farolas iluminaban la estrecha callejuela. Me quedé en el coche unos instantes intentado meditar sobre las decisiones que iba tomando. Siempre había tenido todo bajo control, siempre hasta que la conocí en la agencia. Desde entonces iba dando tumbos sin sentido, contrariado.

Alcé la vista y vi un hombre de unos treinta años apoyado en el tronco de un árbol. Tenía los brazos cruzados y parecía mirar el jardín de la villa de Minerva. Se tensaron mis músculos. Sabía que si estaba allí no era porque le cogiera de paso. Salí del coche haciendo ruido, en un intento de disuadirlo. El hombre aceleró el paso con las manos en los bolsillos en dirección a via Lucio Fabio Cilone. El instinto me llevó a seguirle pero en cuanto di la vuelta había desaparecido. Durante un par de minutos me quedé esperando por si lograba sacarle de su escondite pero únicamente se oían los motores de los coches que pasaban por el Viale di Porta Ardeatina.

Apreté el timbre de la entrada. El corazón se me iba acelerando por momentos. Las luces de su entrada se encendieron con una intensa tonalidad cálida. Tras escuchar el sonido de la cerradura abrirse, apareció ella, enfundada en una bata blanca que casi le llegaba a sus

pies descalzos. La melena suelta y oscura se le había rizado en las puntas y sus labios seguían permaneciendo rojos por el carmín. Estaba totalmente paralizado, abrumado por verla e intensamente excitado.

—¿Max? —me miró con el ceño fruncido. —¿Qué haces a estas horas en mi casa?

Me costó poder articular las palabras sin parecer estúpido.

—Necesitaba hablar contigo. No podía dejar la conversación de la forma en la que lo hemos hecho.

—¿Y no podías esperar a mañana? Estaba a punto de meterme en la cama.

—Si quieres me voy. De hecho creo que será lo mejor, ha sido una estupidez por mi parte. Hasta mañana.

—Espera, Max. Te abro.

La verja emitió el ruido automático de abertura. Entré en el vestíbulo y dejé la americana sobre la silla. Había un libro antiguo sobre una mesita alumbrado por la luz de una pequeña lamparilla. Las termas estaban iluminadas casi simulando el efecto de un cuadro espectacular. Me quedé absorto contemplándolas, me inundaba una extraña tranquilidad, una calma que apaciguaba mis latidos.

—Ten. —Minerva me ofreció un vaso con whisky con tres hielos. —Parece mentira la de veces que hemos estado dentro de las termas de Caracalla, viéndolas in situ y aun así seguimos maravillándonos cuando las contemplamos de noche, ¿verdad?

Asentí mientras daba un sorbo en completo silencio.

—Esta casa es muy especial. —respondí.

—Lo sé. —hizo un silencio —Bien, Max, dime qué es lo que ocurre. Te escucho.

Minerva estaba de pie, a mi lado, observándome con la dulzura de esos intensos ojos castaños. Dejé la copa en la mesa de centro y cerré los párpados en un intento de concienciarme de lo que estaba dispuesto a hacer. Me giré hacia ella encendido por una pasión irrefrenable. Minerva se daba cuenta que iba acercándome cada más a su cuerpo.

—Max, espera.

Es lo único que permití que saliera de sus labios. La cogí del cuello y la besé, aspirando cada instante, cada centímetro de su piel, cada exhalación que emitía. Mis dedos se perdieron en los mechones de su

cabello. Cuanto más me daba, más ansiaba de ella. Lo quería absolutamente todo. La traje a mí con tanta fuerza que estaba seguro que le impedía respirar pero no podía parar, era mi droga, mi aliento, era mi vida.

Minerva se apartó con los ojos humedecidos.

—Tenía que hacerlo, Minerva. Debía asegurarme.

—¿Por qué me haces esto? Estás comprometido, vas a casarte con otra mujer. —sus ojos se cubrieron de lágrimas.

No supe qué decir, era un egoísta egocéntrico incapaz de aceptar que estaba dañándola. El alma se me partía en pedazos. Era demasiado tarde para decirle que la amaba como jamás había amado a nadie, que moriría por ella si me lo pidiera, que nunca sería capaz de querer a nadie de la misma forma. Ese beso había sido un error, no para ella sino para mí, una condena difícil de sobrellevar.

Sus labios me mostraron lo que ya sabía, era la mujer de mi vida, aquella que había estado esperando durante décadas y a la que ahora debía renunciar para siempre.

—Vete, Max.

—Minerva, lo siento.

—Yo no soy una más a la que puedas dejar tirada. Me has destrozado el corazón. —sus ojos me rompían por dentro.

Se sentó en el sofá, arropándose con la bata, envuelta en lágrimas.

—No quiero dañarte, por supuesto que no eres una más.

—Enzo tenía razón, arrasas y te vas como si no valiéramos nada. Vete de mi casa.

Cogí la americana y me fui. El Max que había entrado por esa puerta no era el mismo que salía, no se parecía en nada. Subí al coche y me fui a casa. No pude conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Antes cogí el teléfono y envié un mensaje a Vasilis

— “Necesito verte mañana por la mañana, por favor es urgente”.

Caí en un extraño sueño donde perseguía a una hermosa mujer entre campos de trigo amarilleados por el sol. Minerva aparecía en un claro del camino extendiéndome los brazos para que la alcanzara, tras ella un hombre con una capa negra colocaba una daga junto a su cuello degollándola frente a mí.

Me desperté gritando, jadeante aún por la escena. Miré el móvil.

Vasilis había aceptado la invitación a vernos, así que me duché y me dirigí al Caffè Greco de la Via Condotti.

El armador estaba sentado en uno de los salones. Las paredes estaban decoradas con un papel ocre con grabados de cenefas y cubiertas por decenas de cuadros clásicos y espejos enmarcados en dorado. Vasilis había ocupado un banco de terciopelo rojo.

—Siéntate por favor. —señaló la silla de madera junto a una mesa redonda cubierta de mármol verde. —¿Quieres algo?

—Ya he pedido, gracias.

El camarero ataviado con traje negro y pajarita dejó mi espresso sobre la mesa.

—Y bien, tú dirás que es eso tan urgente.

—Vasilis, ayer cometí un error. —hice un silencio —Fui a ver a Minerva a su casa.

El armador me miraba atentamente con una media sonrisa.

—Tienes valor, Maximiliano. Si no fuera así no vendrías a mí a decírmelo. Pero me imagino que no vienes a explicarme lo que pasó o eso espero.

—No. De hecho no fue nada más allá de un beso robado que no volverá a repetirse jamás. Sé que ahora va a evitarme y quiero asegurarme que vas a cumplir con lo que me dijiste ayer, que la cuidarás y protegerás.

Vasilis torció el gesto extrañado.

—¿Estás preocupado por algo?

Asentí.

—Ayer, cerca de la medianoche un hombre estaba frente a su casa, vigilándola. Lo seguí y salió corriendo. No quise decir nada a Minerva para no preocuparla.

El armador ensombreció la expresión, mientras se inclinaba hacia mí.

—¿Pudiste verlo?

—Pelo moreno, metro ochenta, unos treinta años. Llevaba unos jeans y una sudadera oscura, nada más.

—No me gusta, Maximiliano, no me gusta nada. Le pondré vigilancia sin que se dé cuenta y te diré qué he podido averiguar. —percibí una mirada de empatía hacia mí —Eres un buen hombre. Debes de amarla

mucho para después de todo lo que te dije ayer vengas a pedir mi ayuda.

—No he venido para que le pongas un guardaespaldas, eso puedo hacerlo yo. He venido para que me prometas que si ella decide en algún momento estar a tu lado, la cuidarás y protegerás como merece.

Vasilis extendió la mano para estrechármela.

—Prometido, amigo.

Fui a buscar a Silvana y me la llevé a pasar la noche a Gaeta. Cenamos en *Dolia* y dimos un paseo por sus callejuelas mientras me explicaba cómo debía ser nuestra boda y cómo fray Antonio se había ofrecido a oficiarla.

Fingí injustamente interesarme por lo que me explicaba, sonriendo y participando en las decisiones que se debían tomar, aceptando todo lo que pedía como si en cierta manera se lo debiera. Hice el amor con ella pero no pude sentir nada, era como si estuviera totalmente vacío a pesar de sus esfuerzos y caricias.

Silvana no se percataba que yo ya no era la misma persona y que cuando tenía sexo con ella era tan automático y aséptico como un cirujano. En cuanto podía me iba al baño para maldecir la ausencia de Minerva en mi vida, evocando cada día el sabor de sus labios en mi boca.

Capítulo IX

No me apetecía lo más mínimo levantarme de la cama, había tenido un extraño sueño en el que una mujer me acompañaba por campos repletos de espigas de trigo para dejarme sola en una llanura verde. Entre los tallos divisaba a lo lejos a Max a quien extendía los brazos para que viniera hacia mí. De golpe aparecía a mi lado alguien cubierto de negro que ponía un cuchillo en mi cuello, no tenía rostro y aun así notaba la exhalación de su garganta casi como un rugido. Me desperté sobresaltada, cubierta de sudor y algo aturdida.

Salí de mi cuarto para dirigirme a la cocina. Flo había preparado tostadas y zumo. Había venido como siempre a mi rescate tras el beso con Max.

—Buenos días, bella durmiente. Menudas ojeras, Minerva.

—No me hables. Vaya noche.

—¿De nuevo las pesadillas? —asentí. —Come algo, pégate una ducha y luego te llevo a las oficinas.

—No me apetece nada, Flo. Sólo con pensar que puedo encontrármelo me tiembla todo el cuerpo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo apoyando los brazos sobre la mesa.

—Claro, lo que quieras.

—¿Por qué no continuaste? Podrías haberte rendido a él. Al fin y al cabo lo deseas más que a nada. Y si he de serte sincera estoy convencida que es recíproco.

Dejé el zumo sobre la mesa y me abalancé sobre el café.

—No había nada que deseara más, Flo. No te puedes llegar a imaginar lo que un simple beso estaba despertando. Era como una mosca en una telaraña. No puedo explicar qué narices me pasa con él, es….es….

—El hombre de tu vida.

Me quedé callada unos instantes procesando la respuesta.

—Es adictivo, conocido, es una atracción fuera de control. No sé cómo explicártelo, Flo. Es como si toda mi vida le hubiera estado esperando,

como si todo lo que me ha pasado era para conducirme hasta él.

—Y entonces ¿por qué te frenaste?

—Porque me iba a hacer más daño si seguía. Porque lo que siento es tan descarnado que si me falla me muero, Flo. —hice un silencio —No es una situación normal. Es como una dependencia a él y cuánto más cerca lo tengo y cuánto más le hablo o le miro, más vital es para mí. Debo parecer loca, ya lo sé.

Flo cubrió sus ojos de lágrimas en un completo silencio y con una sonrisa en los labios.

—Flo, ¿estás bien?, ¿por qué lloras?

—Al mar no se le puede poner puertas, Minerva. Ya es demasiado tarde, os habéis encontrado, tocado y besado y por más que huyáis ambos, os volveréis a reencontrar. Ya no hay marcha atrás.

—No, Flo. Esto llegó a su fin sin tan siquiera comenzar.

—¡Qué equivocada estás! Esto no ha hecho más que empezar.

Flo me llevó hasta la puerta de las oficinas de San Teodoro. Me despedí de ella con un beso y con la promesa que iba a informarle de cómo había ido todo. Iba a dedicar el día a recoger mis cosas y a vaciar de contenido el portátil. Debía ultimar unos proyectos y enviar unos cuantos mails que habían quedado sin respuesta. Subí apresuradamente la escalera y me metí en el despacho como si fuera la vida en ello.

Picaron a la puerta. Era Enzo, visiblemente malhumorado. Contemplaba como había ido recogiendo mis plantas dejando la estantería casi desnuda.

—Otra más que salta de la empresa por lo mismo. Es mi amigo pero en estos momentos te juro que le tiraría escaleras abajo.

—No digas estupideces. Mis meses aquí ya han acabado y necesito volver a mi sitio, a mi agencia y cambiar un poco de aires que nos va a venir muy bien a todos.

—Te echaré de menos. —Enzo extendió sus brazos y se abalanzó hacia mí.

Noté como un escalofrío me recorría el cuerpo. De golpe en mi mente y de la nada apareció la imagen de una mujer en una pira en llamas. Me miraba fijamente moviendo sus labios intentando decirme algo. Aparté a Enzo bruscamente, conmocionada.

—¿Te pasa algo, Mimi?

—No, perdona Enzo, es que las despedidas me superan. Discúlpame.

Enzo me miraba extrañado, con el ceño fruncido.

—Por cierto, hoy viene la madre de Max a las oficinas. Es casi obligado saludarla. Es muy querida en San Teodoro. No está muy bien de la cabeza pero es una mujer encantadora.

—Por supuesto que la saludaré.

No entendía qué me estaba pasando, la visión de esa mujer me desconcentraba continuamente, pensaba que me estaba volviendo loca por momentos. Me fijé en una de las plantas que había colocado en la caja, estaba seca y sus hojas habían caído como si fuera perdiendo su vigor a cada segundo.

—Cuando la he puesto en la caja estaba perfecta. ¿Qué narices está pasando? —pensé.

Unas voces en el pasillo me sobresaltaron. Enzo picó a la puerta para avisarme que la madre de Max había llegado. La sala principal estaba abarrotada de gente que la iba saludando cortésmente mientras repartía besos y cumplidos. Silvana se acercó a ella cogiéndole la mano y susurrándole al oído mientras ésta asentía con la cabeza. Max estaba de pie, sujetándola del brazo, la miraba con inmensa ternura. Por un momento envidié la calidez de tener a alguien que te ama incondicionalmente asido a ti, unido por un lazo invisible que reconforta. Sonreí.

De golpe la mujer elevó su mirada oscura clavándola donde yo me hallaba. Me encogí por la fuerza y la firmeza con la que parecía escudriñarme. Señaló el pasillo para que su hijo la acompañara.

—Sra. Cesarini, siempre tan elegante. Hacía mucho que no nos veíamos.

—Hola Enzo, querido. Si no recuerdo mal, pues ya sabes que se me va la memoria, fue en la basílica.

—Sí, en la renovación de votos de mis padres.

—Ya sabes que yo no soy dada a ir a misa ni a actos religiosos pues mi edad me lo impide. Dale recuerdos a la familia de mi parte, Enzo.

—Así lo haré.

—Hola, querida, tú eres…

—Minerva Mancini, señora.

—Estoy fatigada, ¿te importaría acompañarme a esa terraza y traerme

un té o una infusión?

Max me miró desconcertado. Silvana se fue a la sala profundamente molesta con la situación.

—Claro, Sra. Cesarini, será un placer acompañarla. —respondí.

La mujer soltó el brazo de su hijo para rodear el mío.

—Podéis quedaros aquí, creo que la Sra Mancini y yo somos mayorcitas para ir solas. ¿No te parece querida?

Asentí con una sonrisa en los labios. Era una mujer singular, se percibía con solo verla. La acompañé al office y abrí la puerta de la terraza.

—Tenga cuidado, hay un escalón horrible que hace que todos tropecemos al salir. Le ayudo.

Aparté la silla y la dejé sentada contemplando las ruinas. Hice un té verde y lo coloqué sobre la mesa, sentándome a su lado.

—Cuidado no se queme, está muy caliente.

Giró la cabeza y esbozó una sonrisa enorme mientras entrelazaba las manos sobre los labios.

—Eres una preciosidad de mujer. Encantadora. —aseveró.

—Muchas gracias, es un honor viniendo de usted.

—Eres exactamente igual que tu madre.

Un helor me recorrió el cuerpo.

—Sra. Cesarini, no pretendo importunarla pero yo fui adoptada con solo unos días por una familia que me llevó a España. Igual me confunde con alguien, no se preocupe.

Soltó una risotada, parecía emocionada.

—¿Y no sabes nada más de ti? ¿No has averiguado de dónde procedes?

—No tengo por dónde empezar. —dije contrariada.

—Oh, mi niña. Yo te voy a dar el punto de partida. El desván de tu preciosa villa.

El corazón se me salía del cuerpo, notaba los latidos sacudiendo mis músculos.

—¿Cómo sabe eso? —balbuceé.

—¿Ya has visto la túnica y has sido capaz de abrir el arcón? —sonrió al ver mi cara de asombro.

—Sí, pero no he abierto todas las cajas. Sólo he visto un libro viejo y…

—El libro con las iniciales AAR.

Me levanté apoyándome en la barandilla para coger aire.

—Minerva, siéntate y escúchame atentamente. Me queda poco, muy poco. He hecho lo que debía hacer y ahora no van a permitir que vuelva a acercarme a ti. La villa donde vives se llamaba Mancini, el apellido de tus padres. Tu madre se llamaba Lavinia, éramos muy amigas, íntimas de hecho. Ambas teníamos una misión y ambas la cumplimos.

—¿Qué misión?

—Eso debes averiguarlo por ti misma. Es un proceso que tiene varias fases. Despertar del letargo al que has sido sometida va a ser costoso para ti pero es necesario para que tu mente se abra a lo que va a venir. Lavinia era mucho más joven que tu padre cuando se quedó embarazada, eras todo cuanto ella deseaba, un rayo de esperanza necesario para continuar con nuestro propósito. Precisamente por eso, tu padre la mantuvo recluida en casa los nueves meses de gestación, la idea era que nadie pudiera ver que estaba en estado. Intentó llevarla a una villa a las afueras de la ciudad para quedar fuera de las suspicacias de vecinos y conocidos pero no pudo hacerlo. Sus íntimos íbamos a verla, de ahí viene el recuerdo de mi hijo Max. Le ayudé a dar a luz en la habitación que hay al final del pasillo.

—Y entonces, ¿por qué me abandonó?

—No te abandonó, Minerva. Ella jamás haría eso, eras lo que más amaba en su vida, su tesoro más preciado. —hizo un silencio ensombreciendo el rostro —A los pocos días supimos que tu madre se había quitado la vida y que tu padre había viajado a Argentina, pero todos sabíamos que eso no era posible. No decían nada de la niña que había nacido. Mi esposo tiró de los hilos que pudo para saber qué había pasado contigo. Lo único que pudo averiguar fue a través de un miembro de los Carabinieri que una pareja había salido del país con una pequeña de apenas unos días pero ahí perdimos la pista. —se recostó en la silla visiblemente fatigada. —Supimos que la casa se había vendido pero no sabíamos a quién. Estaba totalmente abandonada, así que una noche mi marido entró y tapió el desván, para que nadie pudiera ver su contenido.

—¿Cómo pudieron mis padres adoptivos comprar la casa si mi padre

no la había puesto a la venta y había desaparecido?

—De la misma forma que todo el mundo dio por bueno que tu madre se había suicidado. Por otro lado es probable que mantuvieran tu apellido para que pudieras heredar la casa y que no fuera una adopción en sí, sino que se convirtieran por azar o por intervención de determinados cargos relevantes, en meros tutores legales de tu patrimonio.

—¿Me está diciendo que la asesinaron? —la cabeza me daba vueltas.

—Mi pequeña Minerva, aún no eres consciente de quién eres. Debes tirar del hilo tú misma. Yo te he dado la cerilla, tú debes encender la mecha. Una cosa más, Minerva —me cogió la mano —no te fíes de nadie, eres demasiado valiosa y van a intentar alejarte de aquello para lo que has nacido. ¿Has llegado a besar a mi hijo?

Balbuceaba sin saber qué responder, no obstante sus ojos oscuros me inundaban de una confianza que escapaba a mi comprensión, aquella mujer había hecho más por mí que cualquier otra persona en toda mi vida. Asentí.

—Un único beso. —balbuceé.

La Sra. Cesarini se tapó la cara con las manos. En cuanto las apartó pude ver una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

—Entonces, mi niña, ya está todo en marcha.

La puerta se abrió de golpe. Silvana venía a recoger a su futura suegra con cara de pocos amigos, me lanzó una mirada que casi me fulminó.

—Mamá, deberíamos irnos. —La Sra. Cesarini puso los ojos en blanco desaprobando su nuevo título.

No quería que se fuera, necesitaba a esa mujer como el aire que respiraba. Vino hacia mí y me propinó un beso en la mejilla.

—Minerva acepta las visiones y los sueños que vayas teniendo. Ve al desván y abre todo incluso observa donde aparentemente no hay nada, allí están las respuestas a muchas de tus preguntas. Cuídate y vigila tus espaldas. —Gracias por el té, querida. —dijo alzando la voz.

Me senté en la silla intentado asimilar cuanto aquella mujer me había dicho. Era como si todo lo que me rodeara no existiera, procesar las palabras y recordar cada detalle era algo que requería de todo mi esfuerzo. No me parecía en absoluto que la madre de Max tuviera carencias de memoria ni que sus expresiones fueran inconexas. Sabía cosas que únicamente yo conocía y era algo que no podía salir de una mente limitada por la enfermedad. Y entonces, ¿por qué todo el

mundo hablaba de su avanzada demencia si era la persona más lúcida que había conocido?

Supongo que estaba tan absorta en mis pensamientos que no fui capaz de ver que Enzo se había colocado a mi lado.

—La Sra. Cesarini es un amor de mujer. Lástima que vaya perdiendo la cabeza de esta forma tan abrupta, una pena.

—Pues ha reconocido a todo el mundo y de ti ha recordado hasta la última vez que os visteis. —dije algo molesta.

—Bueno, ella ha dicho que nos vimos en los votos de mis padres y he asentido para no hacerle pasar un mal rato, pero fue mucho después cuando coincidimos. Ya ves que no puedes fiarte mucho de sus recuerdos.

Enzo me miraba de reojo esperando una respuesta, visiblemente inquieto. Supe de inmediato lo que debía hacer.

—Tienes razón Enzo. Bueno tampoco es que la pobre mujer me haya dicho nada, me ha confundido con una sobrina suya y yo le he seguido la conversación aunque luego parecía conocer cosas de la oficina y de la gente que trabaja aquí. Es una lástima porque parece encantadora.

—Lo era, cierto. Entonces todo este tiempo, ¿sólo ha sido para hablarte de cosas de su sobrina?

—Qué querías que hiciera, Enzo. Yo le he seguido la corriente cuando me hablaba de los veranos juntas, de la familia y las reuniones, yo que sé…ya sabes que siento debilidad por la gente mayor, así que este ratito se lo he facilitado.

—Claro, has hecho bien, Mimi. Otra cosa le hubiera alterado. No es la primera vez que dice cosas sin sentido, cosas extrañas y excéntricas. Bueno, ¿vamos a cenar hoy?

—Lo siento, Enzo, hoy he quedado con Flo. La semana que viene si quieres vamos tú y yo.

—Anotado, princesa. No me falles.

Sonreí y le abracé para que no notara nada. De nuevo, la visión de mis ojos hizo un estallido de luz que fue transformándose en imágenes nítidas. Era de noche y veía una calle empedrada con decenas de personas corriendo de un lado a otro. Unos hombres con antorchas iban entrando en las casas que quedaban a cada lado. Una mujer vino hacia mí con una túnica hasta los pies, sus cabellos rizados y negros estaban cubiertos por una palla de lana marrón. Me cogía de los

brazos con la ansiedad en su rostro; *"¡huye, vete de aquí ahora!"*

Me aparté de los brazos de Enzo intentando no mostrar ninguna emoción, contenida para que no apreciara mis visiones.

Quería irme a mi casa. Quería remover cada milímetro del desván en soledad, recogerme en ese mundo que en media hora había cambiado tanto. Quién era, de dónde venía y por qué parecía que todo el mundo sabía algo que yo no conocía, esa era mi única motivación. Si quería dar respuesta a todas estas preguntas debía empezar de cero, deshacerme de cuanto creía saber y reescribir mi vida.

Entré en el despacho, un enorme ramo de rosas rojas estaba sobre la mesa. Abrí la nota que colgaba de una cinta de seda dorada.

"De su admirador secreto. No, mentira, sabe perfectamente quién soy. Estimada Sra. Mancini creo que sería conveniente que nos viéramos para conocernos más. Me encantaría saber cómo de cómodas son sus deportivas y si después de ese carísimo regalo puedo igualarlo con una cena. Le dejo mi teléfono. Su armador secreto, perdón, su admirador secreto, Vasilis"

Sonreí. Vasilis era un hombre acostumbrado a conseguir lo que quería cuando lo quería, aun así siempre despertaba una sonrisa en mí. Coloqué las flores sobre uno de los muebles que usaba como archivador. No era el momento para centrarme en flirteos que tampoco buscaba, cogí mi bolso y bajé por las escaleras apresuradamente.

—¡Minerva! —Max me gritaba desde el rellano de la primera planta.

Miré hacia arriba.

—No ahora no, —pensé —no me hagas esto.

Bajó los escalones que le separaban de mí, su rostro me inspiraba una ternura inmensa. Era tanto lo que lo amaba, era tan profundo que me dolía el alma con solo mirarle a los ojos.

—Perdona que te aborde así. —se sentó en el escalón y me senté a su lado.

—Dime.

—Sólo quería agradecerte que hayas tratado con tanto cariño a mi madre. Ella no es muy dada a hablar con nadie, mucho menos a solas. No sé lo que le has dicho pero venía muy feliz, como hacía tiempo que no la veía. —los ojos se le cubrieron de lágrimas.

—Creo que ha sido ella la que me ha hecho más feliz a mí. No puedes imaginar cuánto. Es una gran mujer, seguro que estás muy orgulloso

de ella y no es para menos.

Max se llevó las manos a la cara roto por un dolor intenso.

—Se me va, Minerva. Se me va.

—¿A qué te refieres? —respondí conmovida.

—Los resultados de las pruebas no han sido buenos. No es su demencia sino un fallo multiorgánico que la va consumiendo por fases. —me miró con los ojos enrojecidos.

No pensé, dejé atrás el beso furtivo, las lágrimas y el dolor que me había causado. No era dueña de mí ni de mis actos. Rodeé su cabeza con las manos y lo llevé a mi pecho para que llorara, fue casi instintivo, natural. Me abrazó con fuerza la cintura y apoyé mi barbilla sobre su cabello. Fueron unos minutos amargos pero extrañamente regeneradores, su respiración agitada fue acompasándose a la mía lentamente.

—Sé que no es el momento, Max, pero aprecia los instantes con ella, disfruta de sus caricias y el amor que te tiene y que se ve con cada gesto que te dedica. Eres muy afortunado por haberla tenido a tu lado durante tanto tiempo. Haz que cada día sea especial.

Max guardaba un extraño silencio. Acaricié su rostro para que se incorporara. No quería que nadie nos viera abrazados y que eso le diera más problemas de los que ya tenía. Se secó las lágrimas y sonrió.

—Soy un imbécil, Minerva. Un estúpido cretino que ha llevado una vida de mierda. —me miró fijamente. —Sé que no vas a creerme pero has cambiado todo lo que era y lo has puesto del revés.

—No sé si es bueno o malo, pero voy a tomármelo como un cumplido. —dije esbozando una leve sonrisa.

—Hasta sueño contigo, entre campos de trigo. —dijo visiblemente más animado.

El cuerpo se me puso rígido de golpe. Supongo que notó mi expresión cambiante porque hizo una mueca con la cara.

—Con espigas altas y una mujer que te lleva hasta un claro. —dije sin pensar.

La sonrisa de Max se perdió de repente.

—Y una figura… —continuó.

—Vestida de negro con un cuchillo sobre mi garganta. —acabé —¡Qué demonios está pasando! —dije en voz alta. —Debo irme.

Bajé las escaleras casi de dos en dos. Corrí por la calle hasta que pude coger el primer taxi que me llevara a casa. Puse todas las cerraduras y conecté la alarma. Miré la trampilla que daba al desván.

—Mamá, ayúdame a encontrarte.

Subí lentamente, no saldría de allí hasta que no hallara respuestas. Me quité los zapatos y empecé a abrir todos los cajones de la cómoda y el escritorio, palpaba las maderas interiores mientras con la linterna del móvil daba luz a las zonas más recónditas. Di la vuelta al espejo y con un abrecartas quité la fina capa de madera que servía de soporte por si había algo guardado en el interior. Me centré en el baúl, puse la combinación y fui sacando las cosas de dentro, cajas y cestas que contenían pequeñas figurillas de terracota y metal.

Pasé un par de horas mirando cada esquina, palpando cada listón de madera de los muebles, pero nada…

Cogí un botellín de agua con gas. Me senté en el suelo y lo abrí, estaba exhausta. Di un sorbo y lo dejé sobre el suelo contemplando el techo con la mirada perdida. La botella cayó al suelo formando un reguero que se desplazaba por los listones.

—Mierda… —me saqué la camiseta para frenar su avance y que no dañara nada.

Me quedé quieta. El rastro iba desplazándose de una a otra lama excepto en un lateral donde caía en un espacio que parecía hueco. Podía escuchar las gotas rebotar en una superficie más profunda. El corazón empezó a bombear con fuerza, cogí el abrecartas para hacer palanca. Era demasiado endeble pero hice tanta fuerza que levanté parcialmente una de ellas. Veía una caja dorada. La emoción me llevó a tirar de las demás con mis propias manos, clavándome algunas astillas. No existía dolor, sólo una emoción descontrolada. Saqué la caja con extremo cuidado, toqué su superficie y sequé las gotas de agua con la camiseta.

Capítulo X

Roma, año 392

Toqué la puerta de la Casa de las vestales repetidamente. Aquel enorme muro se había pasado siglos ocultando los secretos de las mujeres más importantes de Roma, mujeres que no podían ser tocadas, sagradas desde que eran apenas unas niñas.

El foro se había convertido en un lugar peligroso. Ese espacio bullicioso y caótico se había contagiado de un extraño silencio donde la gente se miraba con recelo. Los soldados habían tomado las calles de manera muy visible, así que cubrí mi cabeza con la palla de lana con la esperanza de que pasara algo desapercibida. Volví a tocar la puerta esta vez insistiendo con más fuerza. Una de las hermanas abrió el travesaño y giró la llave para darme paso.

—¡Soror, apresúrese!

La vestal, que rozaba la cuarentena, estaba visiblemente asustada. Hice una reverencia de total sumisión a ella y a lo que representaba.

—No debería estar aquí, Valeria, puede ser muy peligroso.

—Hermana, debo reunirme urgentemente con la Máxima Vestal. Ahora. Llámela inmediatamente.

La mujer fue rápidamente escaleras arriba, aun cubierta de pies a cabeza no tuvo impedimento para sortear los escalones sin tropezar. Desde el atrio veía como se perdía por la segunda planta. Me acurruqué entre la palla para paliar el frío, caminando de un lado a otro para intentar entrar en calor.

—Suba. Madre la espera en el *tablinum*.

Fui apresuradamente por las escaleras hasta llegar a una sala repleta de pergaminos con una amplia mesa de madera. Me senté a la espera de que la Máxima Vestal llegara.

—Valeria. — escuché una voz profunda que me sobresaltó. Me levanté del asiento para mostrar mis respetos. —Siéntate por favor.

La máxima vestal había cerrado con llave. Encendió unas cuantas lucernas más y un pebetero que había junto a la puerta para que el

ambiente resultara más cálido, adivinaba como susurraba sus plegarias. Se sentó profiriendo una leve mueca debido a su avanzada edad. Me impresionaba ver las arrugas entre su inmaculada túnica, cubierta por un manto igual de blanco que acentuaba si cabe más la expresión.

—Siento haber venido de esta forma, madre. Pero no podía esperar demasiado.

—Cuando ha venido la hermana Mucia a avisarme sabía que debía ser urgente, no tienes porqué disculparte. Me imagino que las noticias que traes no son buenas. No es difícil leer tu cara, Valeria, pones el mismo gesto que mi hermano cuando era un crío y había hecho alguna travesura que sabía que traería consecuencias.

La máxima vestal era hermana de mi padre. Siendo una criatura había sido seleccionada con el beneplácito y el honor que eso resultaba para toda la familia. Llevaba muchos años al servicio de la Diosa y jamás pensó en su retirada, ni tras los treinta años reglamentarios.

—El emperador Teodosio ha cerrado el ciclo, madre. Ha promulgado la prohibición total de los ritos y culto a nuestros dioses instaurando la nueva religión como oficial para todo el imperio. La orden ha llegado directamente a los *rostra* y ha quedado fijada públicamente a la vista de todos.

La Máxima Vestal había cruzado las manos sobre sus labios con expresión severa. Sabía que lo que le estaba diciendo condenaba todo cuanto habíamos visto y hecho desde la fundación de nuestra ciudad.

—Hace ya unos años que sabíamos que esto iba a pasar. Graciano ya hizo lo propio retirando el sagrado altar de la victoria, por no hablar de los desastres que han debido padecer nuestros hermanos y hermanas en los templos helenos y en oriente por orden de Teodosio. En el mejor de los casos ha sido la demolición de los edificios y el desmantelamiento de nuestras reliquias más sagradas, pero he sabido que han dado muerte a muchos sacerdotes que se negaban a permitir el saqueo. Y cada vez va a más, Valeria. Ahora con la implantación del edicto en la ciudad se abre la veda a que la turba descontrolada, entre en cualquier lugar donde moren nuestros sagrados dioses y que actúen con la connivencia del emperador sin que podamos hacer nada.

—Madre, por eso he venido, es posible que mientras hablamos ya hayan dado orden para clausurar los Templos de forma inmediata. Éste especialmente, más teniendo en cuenta que el fuego de Vesta es el símbolo mismo de nuestra ciudad y nuestros orígenes.

—Valeria, tenemos muchos fieles aun entre nuestras filas, pero

ninguno va a osar retar una orden directa del emperador. Es hora de que pongamos en marcha el plan para sacar de Roma lo más importante. Las vestales ya perdimos de nuestro custodio el Paladio y los sacerdotes salios; sus sagrados escudos, pero vosotras especialmente podéis huir sin ser reconocidas debido a que vuestro culto es tan reducido y místico.

—Madre, he sabido por mis contactos que cayó el templo de Deméter en Olimpia y el Santuario de Eleusis. Los hierofantes y las sacerdotisas lograron antes sacar las reliquias del Telesterion que fueron entregadas a un grupo de jóvenes iniciados para que huyeran con ellas fuera de Grecia. Todo lo demás fue saqueado, lanzaron las estatuas de nuestros dioses al suelo haciéndolas pedazos. Creo que ya no podemos frenar esta situación y lo único que nos queda es preservar lo que podamos.

La Vestal me miró fijamente. Siempre había respetado a esa mujer tan fiel a sus principios, tan respetuosa con nuestra religión y costumbres. Sabía que daría su propia vida por defender aquello en lo que creía. Confiaba en ella.

—Me estás hablando de los Santuarios de Deméter, pero yo te estoy hablando del legado que tú y tus hermanos defendéis con vuestra vida. Lo que intento decirte es que ahora mismo, vosotros sois el único hilo de esperanza que queda de nuestros dioses, Valeria. Sois los garantes de algo mucho mayor de lo que hacemos ahora los siervos en los templos y en los colegios sacerdotales. Nosotros somos el pasado y vosotros el futuro. Muchos ciudadanos durante unos años seguirán adorando a Vesta, a Juno, a Júpiter pero el tiempo diluye los recuerdos hasta que acaban desapareciendo por completo. Ahora mismo no somos ni la sombra de lo que alguna vez fuimos y nadie es capaz de desear aquello que no ha vivido, se adaptarán a lo que venga y sus hijos y los hijos de sus hijos acatarán lo que una vez fue una orden asumiéndola como una única verdad. Nuestros dioses mueren ante la efigie de Cristo, Valeria, y vuestro grupo es lo único que da luz a una oscuridad que tengo la sensación que será larga.

—Madre Celia, hemos protegido las palabras que la Diosa regaló a nuestra primera sacerdotisa y ya hemos dispuesto todo para que no haya manera de perderlas.

—¿Y la descendencia sagrada? —dijo con el ceño fruncido.

—Protegida y llevada a diferentes puntos del imperio. No tienen forma alguna de encontrarlos, no se conocen, ni siquiera saben entre ellos quienes son, ni sus nombres, ni lo que les une.

—¿Pero si no se conocen y desconocen su propósito como van a hallar

el camino que les reencuentre? —dijo la anciana visiblemente contrariada.

Sonreí.

—Créame, madre. La Deméter de nuestros hermanos helenos, nuestra diosa Ceres, dejó todo perfectamente claro en sus palabras. Sólo dos de ellos tienen la potestad de ver sus misterios, sólo dos de toda la estirpe serán los precursores en el momento idóneo. En ella confiamos y por eso daré mi vida si es necesario. Ahora mismo, parten hacia tierras que cubren de este a oeste de nuestro imperio, varios sacerdotes y sacerdotisas preparados para extender la obra por diferentes urbes, en completo silencio y en el más absoluto anonimato, ni yo misma conozco las ubicaciones para no ponerles en peligro. Tienen la orden de escoger entre la población a unos cuantos siervos de Ceres para iniciarles en nuestra obra, asimismo deberán despojarse de su celibato para gestar hijos entre ellos a los que legar el misterio que deberá perpetuarse generación tras generación.

Madre suspiró.

—Oraré a Vesta cada instante, pidiendo protección para ellos y para ti. Has hecho un gran trabajo, Valeria. ¡Quieran los Dioses que se ejecute con éxito y que algún día otros retomen nuestro legado! —hizo un meditado silencio —Nosotras seremos las últimas que veremos la luz de Vesta en el Templo.

—Madre, he venido para avisarla…

La Máxima vestal alzó la mano para que guardara silencio.

—Valeria, estoy preparada para el momento que me ha tocado vivir. Vendrán y ultrajarán la morada de las siervas de Vesta pero yo no huiré jamás, ni permitiré sin oponer resistencia que acaben con su recuerdo. No me importa morir, he gozado de una vida larga y feliz, estoy lista para reencontrarme con Proserpina. Todos tenemos un propósito en esta vida, si he de ser la última de las vestales, lo seré con orgullo y veneración, sin renunciar jamás a las creencias que llenaron de luz y esperanza a mis ancestros. Ningún dios nuevo usurpará el lugar que Vesta ocupa en mi alma y eso no lo sesga ni la espada ni la muerte.

Bajé la cabeza con lágrimas en el rostro. Sabía que cada uno de los sacerdotes que protegían nuestros templos vivían a la espera de ser apartados por la fuerza de sus obligaciones, pero también conocía que si nosotros habíamos ideado un plan para proteger a Ceres y a su linaje, ellos harían lo propio con el resto de Dioses. Quizás quede un resquicio para la esperanza.

Marché de la Casa de las Vestales arropada por la oscuridad. Durante los siguientes días y meses, las órdenes fueron haciéndose efectivas, siendo el Templo de Vesta el preludio de lo que pasaría con el resto. Hordas de representantes de la nueva religión que en su momento no habían sido más que campesinos, entraron en los templos, esta vez acompañados por legionarios, derribando cuanto había en ellos u ordenando a sus acólitos que usaran nuestros edificios más hermosos y emblemáticos para construir templos en nombre de su dios, evitando que aquellos que aún servíamos a la tríada pudiéramos hacer nuestras ofrendas. Los espacios entre las columnas se iban tapiando con ladrillo y mármol y allí donde se alzaban los frontones a nuestros dioses, se sustituían por sus símbolos.

La justificada ira de algunos cristianos tras siglos de cubrir con su sangre la arena de nuestros anfiteatros, se transformó en venganza. Apagaron el fuego de Vesta y llenaron las calles de carteles que atemorizaban a los que aún se resistían. Muchos aprovecharon para denunciar a sus vecinos, a sus enemigos, a sus rivales, en ocasiones sin que hubiera un solo motivo para ello. Las diferentes facciones que protegían el cumplimiento de la nueva moral, entraban en las villas privadas y si veían los lararios con figurillas de los antiguos dioses, propinaban palizas con total impunidad, obligándoles a penitencias y reeducándolos en las nuevas palabras de su profeta.

Las villas que contaban con mitreos ocultos, tapiaron los accesos para que no fueran visibles y aunque los ciudadanos se acostumbraron a orar al dios cristiano y aprendieron sus plegarias y ritos, seguían celebrando lo que llevaban milenios festejando, para desespero de los máximos representantes religiosos.

No hubo más sacrificios y poco a poco, día a día toda la población fue asumiendo que ese era nuestro destino, aunque en la privacidad del hogar siguieran rogando a Juno por sus hijos y a Ceres por sus campos. Las vestales fueron expulsadas definitivamente y despojadas de sus obligaciones y privilegios, algunas se marcharon con sus familias, otras huyeron. Lo único que pude saber es que Celia Concordia, la Máxima Vestal, perdió la vida tras unos años por su avanzada edad. Para que otras siguieran sus pasos, promulgaron públicamente que se había convertido al cristianismo. Nunca supimos si un cautiverio forzado la consumió hasta morir o si se abandonó para yacer en el Hades incapaz de ver las ruinas del templo de su diosa. La lloré amargamente pero sabía que al menos no contemplaría la degradación a la que nos íbamos acostumbrando lentamente. A pesar de que los hombres regulan la vida y la ordenan a placer, nadie podía

aprisionar la libertad de mis pensamientos, el único espacio libre de un mundo que se desmoronaba por momentos.

“Ceres, protege a tus siervos”

Capítulo XI

Me temblaban las manos y apenas podía respirar por la presión que padecía mi pecho. Acaricié la caja que estaba finamente decorada con cenefas de hojas, algunas de ellas trabajadas con un cincel para crear un hermoso relieve que con efecto de la luz hacía claroscuros. En el centro dos siglas “LM”. La dejé sobre el suelo y abrí la tapa delicadamente. En el interior había un sobre que parecía bastante abultado envuelto en una cinta dorada. Lo levanté. Tras él había algunas fotografías, unas en blanco y negro con un ribeteado en zigzag y otras en color.

Allí estaba ella, mi madre, con escasos quince años acompañada por mi abuela, era fácil saberlo pues tal y como había dicho la Sra. Cesarini éramos exactamente iguales. Me inundó una sensación de cariño hacia ella, toqué la superficie acariciando su rostro. Era una imagen de los años sesenta, mi madre iba vestida de blanco casi parecía la típica imagen del día de domingo de ramos pero me di cuenta que la que presumiblemente era mi abuela, llevaba un atuendo parecido, extrañamente semejante entre ambas. Sonreían aunque la expresión de mi madre era algo más forzada. Llevé la fotografía a la parte de atrás. La siguiente imagen era de mi padre y mi madre juntos unos años después, esbocé una sonrisa emocionada, apenas podía contener las lágrimas. Mi padre, con gafas de sol y una camisa blanca, tenía cogida a mi madre en brazos. Reían casi a carcajadas. Ella rodeaba su cuello mientras su melena larga y oscura caía sobre el antebrazo de él, parecían muy felices, en especial mi padre que con un atractivo más que evidente, la miraba totalmente rendido a ella. Era fácil ver que estaban en la via Appia antica por los pinos que salpicaban los laterales de la carretera empedrada. La tercera, en color, me sacudió el cuerpo por entero. Mi madre sentada en el jardín de casa me portaba en brazos, arrullada en una manta. Había colocado su nariz sobre la mía y tenía sujeta mi pequeña mano entre sus dedos. Era la fotografía más hermosa y tierna que jamás había visto.

Rompí a llorar mientras besaba la imagen. No era difícil ver la expresión de amor de su rostro, ella me había amado, era feliz de tenerme entre sus brazos, era una hija deseada y querida. La siguiente fotografía era en la villa, estaban mis padres, mi abuela y junto a ellos una decena de personas. Ocupaban un lugar preferencial en un banco

de hierro, me portaban en brazos y junto a éstos aparecía otra pareja. Me fijé bien, eran sin duda los padres de Max. La Sra. Cesarini tenía la mano entrelazada a la de mi madre mirándose con complicidad, mientras un niño de unos siete años estaba cogido a las piernas de su padre.

—Oh, dios, ese es Max. —dije en voz alta.

Me invadió un sentimiento de inmensa ternura, era curioso como el azar había unido nuestros caminos sin saberlo casi cuatro décadas después. El resto de personas, eran desconocidas para mí. Me sorprendió que menos ellos, el resto fueran ataviados de blanco dándoles a la imagen casi un aspecto fantasmagórico. Las mujeres llevaban una especie de túnica blanca con un colgante, sus cabellos al viento recordaba a los hippies de los setenta contrastando con la indumentaria más sobria de las dos parejas.

Dejé las fotografías sobre la madera del suelo. Alcancé el sobre y deshice el lazo dorado. Lo giré y vi mi nombre manuscrito en la superficie. Los dedos me temblaban fruto de la emoción y la curiosidad, cogí el abrecartas y con cuidado pero con un movimiento rápido, hice un corte seco en su extremo. Las páginas habían amarilleado y desprendían un intenso olor a papel. Las siglas LM aparecían en la parte superior. Cerré los ojos y suspiré, si era lo que creía, mi madre me había dejado lo más valioso que podía legarme, sus palabras.

"Mi amada Minerva,

Mi querida niña, espero que seas tú quien haya abierto esta carta. Desconozco la edad que tendrás cuando la leas, ni tan siquiera sé si seguirás conservando el nombre que te dimos al nacer. Sé que la diosa te protegerá ahí donde yo no llegaré a hacerlo y aunque en ocasiones el camino se nos hace amargo y angosto estoy segura que alcanzarás el objetivo que nos fue encomendado, pues ella así me lo trasladó en sueños.

Te escribo estas letras envuelta en un mar de lágrimas pues no hay peor castigo que obligar a unos padres a renunciar a lo que más aman. Apenas 23 días hace que cortaron nuestro cordón, el que me une a ti para siempre y puedo decir que han sido los 23 días más felices de toda mi vida.

No hace ni una hora que amparados por la noche, he debido entregarte a otros para que te cuiden y protejan. Supongo que no comprenderás el motivo de tal decisión y entenderé que me condenes por tales actos pues al entregarte no sólo he condenado mi vida sino la tuya, pero créeme cuando te digo que debíamos protegerte y que tu vida es una de las más preciadas

de las que habitan este mundo.

Por dónde empezar, mi niña, sé que tienes miles de preguntas que no podré contestar para no ponerte en peligro pero sí puedo conducirte por el camino que deberás recorrer para hallar todas las respuestas, las fotos que has encontrado te servirán como punto de partida.

El camino a la Diosa es personal, estoy segura que a estas alturas habrás tenido visiones que te llevan por extraños lugares tal y como a mí me pasó y a mi madre y como a nosotras a todos tus antepasados. No temas a rendirte a ellas pues aunque disfrazadas de sueños son las únicas formas en que la Madre nos habla sin peligro a que otros escuchen. No temas, mi pequeña, ella te protege y avisa. A medida que vayas siendo consciente de tu singularidad es posible que vayas desarrollando capacidades extrañas que escapen a tu conocimiento, yo tenía algunas pero eres tú la única que puedes desarrollar el máximo poder, pero ésta es una decisión que sólo tú puedes tomar y yo misma desconozco sus límites.

Debido a aquello que custodiamos y de la sangre que portamos, estamos siendo perseguidos y vigilados. Por desgracia no sólo nosotros sabemos lo que el destino nos ampara, pues otros pretenden sesgar nuestro propósito y anular los eslabones que lleven hasta el último de nuestra especie. Es mucho lo que temen perder y actúan en consecuencia aun a costa de la sangre de muchos inocentes.

Una semana después de tu nacimiento y a pesar de las precauciones que tomamos, lograron saber que había dado a luz. Supimos que vigilaban nuestra casa día y noche, así que decidimos que una de las parejas que protegían nuestras vidas y que se mantenían en un plano muy secundario para no ser identificadas, se encargarían de huir contigo. Nosotros jamás debíamos saber dónde te llevarían para no ponerte en peligro, sólo sé que esta noche te han apartado de mí para siempre. Nuestro dolor es inimaginable, nos ha roto a ambos aunque sabemos que es lo necesario si queremos salvar tu vida.

No nos dejarán huir, Minerva, eso significa que casi con toda seguridad pereceremos rápidamente. No sufras ni lo lamentes pues no hay mayor honor para una madre que perder la vida para salvaguardar la de su sangre. Ese es nuestro destino, el que está escrito en miles de estrellas.

Para asegurarnos de que heredabas la villa, su contenido y nuestro patrimonio, hicimos compraventas a través de diversas sociedades en paraísos fiscales que acababan directamente a tus padres adoptivos, tampoco te registramos al nacer para que fueran éstos los que aparecieran en la partida de nacimiento borrando cualquier rastro, por suerte disponemos de gente de diferentes sectores fieles a la diosa y en diferentes países que se encargaron de redactar y aprobar todo en apenas unas horas.

Todo esto en el más absoluto silencio incluso para nuestros amigos más íntimos, todo era poco para salvaguardar tu vida.

En el sobre encontrarás un regalo para ti, lo he llevado oculto sobre mi cuello desde que supe que estaba encinta, es un medallón que se abre sólo si aprietas tres de los salientes de la esfera, deberás averiguar cuáles son para ver su contenido, estoy segura que encontrarás rápidamente la combinación.

Me imagino que habrás abierto el baúl y habrás visto su contenido, debes protegerlo, Minerva, a toda costa, es un legado único en el que a los herederos se nos dan las herramientas que permiten realizar el culto mistérico de Ceres a los iniciados. Muy pocas personas tienen uno de esos ejemplares y el tuyo es el más antiguo de todos ellos, el heredado y trascrito al milímetro desde hace siglos. El contenido de las cestas son las herramientas que hacen falta para realizar la ceremonia de la forma correcta y que permite el tránsito de los iniciados para poder ver.

Dentro de la caja dorada verás una figurilla de tres salientes con unas cabezas planas grabadas con extraños relieves en la superficie. Este es el tesoro más importante de cuantos te lego, Minerva, es la llave de una cerradura muy especial que tú deberás encontrar.

El vestido que pende del galán es otro de los elementos de culto, no sé si ya te lo has probado, si no es así hazlo porque tuyo es. La túnica es la representación máxima del culto y es una prenda que al igual que el libro se hereda, sólo hay uno real entre algunas copias. El auténtico es el único que en cuanto ves tu imagen reflejada en el espejo permite abrir la mente a nuevos estados haciéndote crecer en el misterio. Póntelo cuando estés preparada y comprueba por ti misma, experimenta y observa detenidamente. No temas.

Mi amor, déjate llevar por el instinto, cuanto más te liberes más clarividente será el pensamiento. Desconfía de quienes se acerquen a ti y muéstrate cauta. No estás sola, mi niña, nunca lo has estado, estás protegida por muchos que han renunciado a sus vidas aunque jamás los hayas visto. Morirían por ti, matarían por ti.

Sigue el camino sin ápice de temor, yo estaré a tu lado siempre. Así como Ceres renunció a Proserpina yo he debido renunciar a ti, así como ella lloró a su hija yo lloro a la mía, así como ella protegió a la suya vagando por el mundo en su búsqueda yo te protegeré a ti. Te amamos mi pequeña.

Que la diosa te proteja.

Volqué el contenido del sobre en mi mano, un medallón plano y dorado apareció sobre mi palma con una cadena larga. Lo cogí entre

los dedos. Tal y como mi madre me había explicado tenía unos salientes en toda la circunferencia, éstos podían apretarse haciendo que se incrustaran en la esfera. Instintivamente cogí tres, al azar y presioné. Se abrió al instante, una hermosa fotografía de mis padres apareció en su interior.

Era extraño como había cambiado mi vida y la percepción de lo que había sido hasta ese momento mi pasado. Aquella carta permitía entender las carencias afectivas de mis padres adoptivos, los pobres habían sacrificado su vida por alguien que ni tan siquiera habían escogido, renunciando posiblemente a formar su propia familia y a su país, protegiendo con sus vidas la de una completa extraña.

Intenté apartar los pensamientos que no me llevaban a ningún lado. La lectura de la carta de mi madre me había cambiado para siempre. Se había despertado en mí un profundo amor y respeto a todos ellos, si los cuatro habían perecido por mí era hora de darles pago y la mejor forma de hacerlo era aceptar mi destino y averiguar qué había tras el culto. Era el momento de renunciar a la Minerva temerosa y abrirme a ese mundo extraño y místico que habitaba en la sangre de mi familia.

—Ceres, aquí me tienes, acepto tus designios. Ayúdame a encontrarte. —susurré.

Miré la túnica y la saqué del galán. Estaba llena de polvo y amarilleada por el tiempo. Puse un mantel plástico sobre la mesa del comedor y mezclé bicarbonato en agua caliente. Extendí el vestido con extremo celo sobre la superficie para no dañarlo, poco a poco y con un pequeño cepillo de dientes fui aclarando cada centímetro con delicadeza. Me pasé toda la noche admirando cada detalle, creo que era capaz de decir el número de espigas que lo decoraban o los hilos dorados y plateados que se contorneaban formando cenefas tanto en el torso como en parte de la falda. En la cintura, había un cinturón hecho del mismo tejido vaporoso que se ajustaba en el busto, pude apreciar que se habían bordado en blanco unas letras griegas que pasaban totalmente desapercibidas. Era uno de los vestidos más bonitos que había visto nunca, extremadamente delicado en todos sus detalles. Limpié y abrillanté las fíbulas, estaba segura que eran de una fina lámina de oro, poco a poco iban mostrando el resplandor perdido por los años.

Amanecí sobre la mesa. Me había quedado dormida totalmente exhausta por la emoción de la noche anterior y el duro trabajo. Aclaré la túnica rápidamente y la tendí con los primeros rayos del sol de la mañana. Me quedé absorta contemplando como al contacto con la luz desprendía unos destellos plateados y dorados que parecían cientos de

estrellas. Me hice un café y me senté en el jardín totalmente cautivada por la visión. Escuché un susurro en el aire.

"Ve al origen, Minerva, ve al lugar donde se inicia todo"

Cogí el móvil instintivamente para enviar un mensaje a Fabio.

—"Fabio, si te parece antes de volver a la oficina de nuevo me cogeré unas semanas de vacaciones. Han sido meses duros y necesito un parón."

No tardé en recibir uno de respuesta.

—"Tómate el tiempo que necesites, Minerva, te lo has ganado."

Sabía perfectamente dónde debía ir. Cogí el portátil y saqué un vuelo directo a Atenas para esa misma tarde. Recogí el vestido y volví a colocarlo sobre el galán, todavía no debía ponérmelo, debía esperar a encontrar algunas respuestas. Hice la maleta y oculté todo lo hallado en el desván incluyendo la antiquísima llave que introduje en una caja fuerte que me hice construir en la villa, desconocida para cualquier persona y fuera del alcance de los ladrones.

Me metí en un taxi camino al aeropuerto de Fuimicino. Sonreí mientras acariciaba el medallón que colgaba de mi cuello, dejaba atrás mi casa, la casa de mi familia. Estaba convencida que a mi vuelta yo ya no sería la misma, que aquel corto viaje iba a cambiar mi vida.

Capítulo XII

No sabía nada de Minerva desde el último día que nos habíamos visto en las escaleras. No quería molestarla ni que se sintiera presionada. Era demasiado lo que le estaba demandando y aun así no podía quitármela de la cabeza, era casi obsesivo. Me preocupaba no tener noticias suyas, temía que le hubiera pasado algo y que yo no hubiera sido capaz de hacer nada por ella.

Cogí el coche y fui hasta la agencia de marketing. Esperé en la puerta hasta que vi a Floriana salir para ir a comer. Estaba apoyado en el coche y ella no tardó en reconocerme. Se acercó con rostro tímido.

—Sr. Cesarini. Si busca a Minerva, ella no está aquí. —dijo visiblemente intimidada. Esbocé una sonrisa para tranquilizarla.

—Tuteame, Floriana, por favor. Sé que no está aquí pero quería hablar contigo, si te va bien claro.

—Sí, sí. Ahora iba a comer algo antes de volver al trabajo, tengo media hora.

Fuimos en dirección a la Piazza della Rotonda. El Panteón se mostraba majestuoso, impertérrito y ajeno al paso del tiempo. Una larga cola de turistas serpenteaba por el acceso de entrada mientras los vendedores ambulantes mostraban ilustraciones de los monumentos de la ciudad que vendían como hechas a mano. Nos sentamos en una de las numerosas cafeterías turísticas que había a su alrededor.

—Floriana, no localizo a Minerva y me preocupa. Sólo quería saber si tú sabes algo para dejarme más tranquilo.

Floriana me miraba atentamente, inquieta por si debía explicarme algo o permanecer en silencio.

—Se cogió unas semanas de vacaciones en cuanto dejó vuestras oficinas.

—¿Se ha ido sola? —dije mostrando preocupación.

—Sí, bueno no, bueno sí pero no. Ha salido fuera del país, me mandó un mensaje para avisarme por si me pasaba por su casa.

Suspiré y asentí con la cabeza, mientras el camarero dejaba una ensalada sobre la mesa.

—Espero que esté bien y que descanse, lo tiene bien merecido, sin duda. —dije con voz resignada.

Floriana me miraba absorta, no entendía por qué parecía cohibida a mi lado. Notaba que quería explicarme algo pero no se atrevía.

—Maximiliano, Minerva se fue sola hace una semana pero el Sr. Lemos me envió un mensaje para saber dónde estaba. Yo no le dije nada pero ese hombre tiene contactos de sobras para localizarla por eso no estoy segura que esté realmente sola.

—Si está con él estará más protegida, al menos me quedo más tranquilo. —dije visiblemente incómodo.

—Ese hombre está obsesionado con ella. Sé que Minerva es una mujer muy especial pero no la deja respirar, le manda flores, mensajes continuos por el móvil…

—Bueno, no se le puede culpar por intentar ganarse su confianza y llegar hasta ella. —sonreí.

Floriana enrojeció y me miró fijamente, totalmente seria.

—Pero es que no es él quien le interesa, Maximiliano, ni es a él a quien ama.

Alcé la vista rápidamente hacia sus ojos y me mantuve en silencio. Me apoyé sobre la mesa y suspiré profundamente.

—Ahora es demasiado tarde, Floriana. Demasiado tarde para caminar sobre mis pasos y volver a empezar. Debo dejar que sea feliz y no entorpecer su camino.

Floriana me interrumpió.

—Maximiliano, por favor, escúchame porque es importante. Temo por Minerva. —sus ojos reflejaban angustia. —En esta misma plaza, hace unos meses, una mujer con capucha negra la vigilaba. Yo no me di cuenta hasta que ella me lo dijo. —un escalofrío me recorrió la espalda. —No le di importancia alguna hasta que esa misma mujer apareció poco después en el pasaje que lleva a su casa. Nunca le ha hecho nada ni le ha dirigido la palabra pero sé que alguien sigue sus pasos por alguna razón que desconozco. Lo que ella no sabe es que yo la he vuelto a ver oculta en un portal cuando la fui a buscar a San Teodoro y también el día que fui a dormir a su casa.

—¿Pudiste verla de cerca? —pregunté preocupado mientras ella negaba con la cabeza.

—No. La vi de lejos y con mascarilla. Podría ser cualquiera sin que

pudiera reconocerla, de hecho creo que no es una única persona.

—A mí también me preocupa y mucho. Yo vi a un hombre en la puerta de su villa no hace tanto.

Floriana me miraba atónita.

—Ahora mismo está en otro país y sola. Si me lo hubiera pedido la hubiera acompañado, ya sabes que es como una hermana para mí, pero se fue de repente sin casi avisar.

—Llamaré a Vasilis para que la localice y le ponga seguridad sin que ella lo sepa. —dije resignado.

—¡No! —espetó Floriana. —Debes ir tú personalmente. —sus ojos mostraban preocupación. —Maximiliano, sé lo que siente y también sé que confía únicamente en ti. Creo que se lo debes. Si realmente sientes algo por ella y te preocupa tanto como a mí, no dejes que vaya sola.

—¿Dónde ha ido, Floriana?

—Atenas. Pero no tengo forma de ubicarla con el móvil.

—Déjamelo a mí. Tengo amigos de juventud en los Carabinieri que me deben algún favor. —Floriana se recostó en la silla, visiblemente aliviada.

—Maximiliano, cuida de ella. Después de mis hijos ella es lo único que tengo.

Dejé pagada la comida de Floriana y le besé dulcemente en la frente antes de irme.

—Gracias por confiar en mí. Me alegro que Minerva tenga a su lado a alguien como tú. —dije conmovido por su preocupación.

—¡Maximiliano! —me gritó desde la mesa. —No le digas a nadie dónde vas ni el motivo. A nadie, prométemelo.

Asentí con la cabeza y desaparecí de su vista. Cogí el primer vuelo dirección a Atenas sin equipaje. Lo único que comenté en la oficina es que debía salir por motivos de trabajo sin dar más explicaciones. De hecho no era la primera vez que me pasaba por lo que no levantaría sospechas de nadie, tras ello avisé a Betta y a Silvana de mi ausencia. Durante el camino pensaba una y otra vez en ella, en esa imagen en la puerta de su casa con apariencia de eterna vulnerabilidad. La imaginé entre mis brazos, rozando sus labios, acariciando su pelo. Los nervios me retorcían el estómago intentando pensar en qué decirle en cuanto la viera y cómo justificarle que había ido a su encuentro.

El sol se iba poniendo lentamente sobre Grecia, hacía mucho

tiempo que no iba y aun así guardaba maravillosos recuerdos de ella. Una juventud repleta de sueños, amaneceres infinitos sobre los acantilados de Oia y jornadas maratonianas bajo el sol abrasador de Delos. Sólo aterrizar desconecté el GPS del teléfono, sabía que era un sistema de seguridad poco efectivo y que si querían localizarme era relativamente fácil, pero cualquier precaución me parecía poca. Compré un teléfono de prepago y llamé a Roberto Sorrentino, amigo de juventud y coronel de una de las divisiones del cuerpo militar. Habíamos estudiado juntos y mi familia le había ayudado a entrar en los Carabinieri a través de los muchos contactos de mi padre. Siempre que nos veíamos me hablaba de él con estima infinita y se preocupaba por el estado de mi madre con asiduidad. No hizo falta dar explicaciones, en cuanto le llamé tardó escasamente cinco minutos en darme respuesta. Minerva se hallaba en la terraza de un bar cercano a la calle Didotou.

Cogí un taxi y apremié al conductor para que fuera más rápido de lo que debía. El intenso calor de Julio había amainado poco con la caída del sol y aun así yo seguía temblando. Bajé del taxi y me dirigí al lugar donde marcaba la ubicación. Allí permanecía ella, en soledad, con un libro entre sus manos y apurando de un sorbo el refresco que le quedaba tras la cena. Había un músico con una guitarra al otro lado de la pequeña calle peatonal, tocaba, bajo dos cornisas decoradas con bustos de mujer, una melodía dulce y tranquila. Ella lo miraba ausente, pero extrañamente feliz.

Estaba paralizado, todo lo que había pensado decirle se desvanecía por momentos o simplemente me resultaba ridículo. Como si pudiera sentirme desde la lejanía, giró su rostro en dirección a donde me encontraba. No podía leer sus gestos. Frunció el ceño incrédulamente y esbozó una amplia sonrisa que me heló la sangre. Sacudió su mano para que me acercara hasta donde estaba sentada.

—Pero…pero, ¿qué haces aquí, Max? Qué…pero…, espera ¿ha pasado algo? —cambió su expresión por preocupación.

—No…no…Minerva. Estate tranquila, todo está bien, al menos que yo sepa.

—¿Qué demonios haces aquí en Atenas?

Minerva, estaba extrañamente relajada. Llevaba unos jeans y una camisa verde abierta por dos botones en la que se adivinaba un bonito colgante dorado. Visiblemente más morena y con un brillo especial en su mirada como jamás le había visto. Me sentía un auténtico imbécil.

—Bueno te recuerdo que soy arqueólogo y que vengo a otras excavaciones por temas de colaboración. Aprovecho para visitar a

algunos compañeros e intercambiar impresiones. —Dios, esto no se lo tragaba nadie, pero Minerva sonrió creo que para hacerme la situación más fácil.

—Y con lo grande que es Atenas, ¿has ido a parar donde yo ceno? —hizo un silencio. —Oh, ahora ya entiendo el mensaje de Floriana. —sonrió mientras dejaba el móvil en la mesa.

En aquel momento, agradecí de una forma que ella jamás sabrá, cómo había salvado la situación. Desconozco qué le dijo en aquel mensaje pero le daba a entender como si la propia Floriana hubiera sido la artífice de ese encuentro fortuito quizás por hablar demasiado.

—¿Te importa si pido algo? Estoy muerto —Sonreí intentando cambiar de tema.

—Pídeme un espresso fredo para mí.

—Ahora, ¿casi de noche?

—Nunca es demasiado tarde para un café, Maximiliano, parece mentira que seas italiano. —Minerva sonrió de una forma que me deshacía por dentro.

—Oh, pidiendo eso a estas horas, eres una auténtica turista, de las de calcetines con sandalias. —bromeé con ella, mientras carcajeaba divertida.

Estaba pletórica. Creo que jamás la había visto de esa manera tan espontánea y abierta. La timidez parecía haber huido de su lado para abrirse paso una nueva Minerva, distendida y poderosa, segura de sí misma.

—¿Por qué me miras de esa forma? —preguntó mientras sorbía de una caña negra.

—Estás muy diferente. —respondí.

—¿En qué sentido?

—No sé explicarlo, diferente. Más abierta y relajada, ¿quizás?

—Así soy en vacaciones. —me estaba vacilando.

—Cuéntame qué has hecho en estos días libres, venga. —pregunté mientras pegaba un sorbo de whisky del malo.

Minerva me miró directamente a los ojos y sonrió.

—Ver cosas muy interesantes.

—Madre mía, no me des tanta información que no puedo asimilarla de

golpe. —bromeé.

—Bueno, fui a la Acrópolis. Allí vi cosas muy reveladoras. También visité el Museo Arqueológico y el de la Acrópolis, por supuesto. El ágora, el Templo de Zeus, también he ido a Cabo Súnion… si quieres sigo relatándote mi tournée turística…

—Sigue, sigue…estoy pensando en hacer una guía detallada con tus datos.

—Bueno, he callejeado mucho.

—La ciudad de los contrastes, los monumentos más bellos esculpidos por el hombre y las calles más desastrosas grafiteadas por el hombre.

—Eh…no lo han tenido fácil, Max. No todo el mundo vive en una villa entre aristócratas y niñas bien. Sobreviven como pueden. —me espetó indignada.

—Perdón…perdón…y ¿qué te queda por hacer?

Esbozó una sonrisa enorme.

—Eleusis y Olimpia.

—Conozco a varios arqueólogos que pueden abrirte puertas y enseñarte los yacimientos personalmente. ¿Cuándo piensas ir?

—Mañana y pasado mañana. —seguía con una sonrisa en los labios.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté contrariado.

—Que no digas de acompañarme. —contestó.

Sonreí y me crucé de brazos.

—Sólo tienes que pedírmelo. —respondí.

—¿Sería usted tan amable de acompañarme por favor? —dijo de forma irónica.

—No sé, tengo mucho trabajo pero…acepto. —levanté la mano para que me la estrechara.

Minerva alzó la suya y la apretó con fuerza. Una visión nubló mis ojos en ese instante, vi de nuevo los campos de trigo amarilleados por el sol mientras ella corría hacia el claro. En cuanto llegó al final con el viento meciendo sus cabellos, paró en seco y giró su rostro hacia mí; *“no me dejes sola”*. Una sacudida en el cuerpo me devolvió a la realidad.

—¡Max! ¡Max! —Minerva fruncía el ceño —¿Estás bien?

—Sí, cansado, perdona…

—¿Dónde te alojas? —preguntó.

—En el Electra. —aún estaba perturbado por la visión.

—¿Y tú?

—Justo en la calle de aquí al lado con unas vistas preciosas a la Acrópolis, no tan buenas como las de tu hotel pero más que decentes. Bueno, nos vemos mañana, ¿a las 11h? Así podrás descansar.

—Perfecto. Quedamos aquí.

Minerva cogió el libro y lo metió en su bolso de tela. Antes de caminar en dirección a su apartamento, se paró en seco.

—Me ha gustado verte aquí, fuera de tu zona de confort y siendo tú.

—Creo que puedo decir lo mismo.

Sonrió y desapareció por la esquina. Apuré la copa y cogí un taxi hacia el hotel. Por suerte, había llamado antes de subir al avión para reservarlo. En cuanto aparecí por la recepción, pedí que me gestionaran el alquiler de un coche y que me subieran una copa. Me pegué una ducha regeneradora y salí a la terraza, todavía tenso por lo que había visto. Por un lado me inundaba una sensación incómoda que me empujaba a protegerla y por otro, la constatación de que ella era lo mejor que había aparecido en mi vida.

Capítulo XIII

Sabía que Max había venido en mi búsqueda. Supongo que Floriana de alguna forma ejercía de celestina en la distancia. No obstante y a pesar que había decidido irme sola para reencontrarme, entendía que si él estaba aquí era por algo que quizás no era capaz de comprender.

Hacía días que había asumido que todo cuanto pasaba en mi vida era un eslabón que se unía a otro de forma ordenada y premeditada. Mi divorcio, la muerte de mis padres y la de mi marido, el regreso a Roma…todo parecía escrito sobre letras incomprensibles aún para mí. La única certeza que vislumbraba con claridad es que yo era otra persona y que todo lo acontecido era para llevarme justo al lugar en el que me encontraba ahora.

Hacía cuatro días que había subido a la Acrópolis, pero no podía explicarle a Max lo que había pasado allí. Todavía se me encogía el cuerpo al recordar el Templo de Atenea Niké y las visiones que tuve en cuanto quedé frente al Odeón de Herodes. No podía explicarle que veía a miles de personas en procesión hacia el Eleusinión, ataviadas con túnicas y recitando cánticos sagrados mientras portaban ofrendas. Cómo explicarle que una mujer encinta se había desmayado a los pies de los escalones que conducen al templo de la victoria alada mientras extendía sus manos hacia mí. Yo yacía inmóvil en medio de toda esa multitud, contemplando la cúpula del Templo de Deméter que reposaba sobre una hilera de columnas. De la celda apareció una hermosa mujer de ojos y cabellos del color de la miel que se acercaba a mí con una sonrisa en los labios. Era sobrecogedoramente hermosa, de una belleza que obligaba a retirar la vista por miedo a sucumbir a su poder. Sus palabras aún resuenan en mi oído como un susurro:

“Dirígete a mi morada en Eleusis y Olimpia. Abre tus ojos”

No estaba loca, posiblemente era la primera vez en mi vida que contemplaba la vida desde la distancia y con total nitidez. Podía entender las palabras de mi madre y estaba dispuesta a recorrer ese camino previamente trazado. Por otro lado, desde el descubrimiento de aquella caja de recuerdos, había decidido que no debía renunciar a nada sino dejarme llevar, como una hoja mecida por el viento, por mi propio instinto tal y como mi madre me había aconsejado en su carta, despojándome de los miedos y abriéndome a todo cuanto pasara sin

pensar en el pasado. Aunque Max aceleraba mi pulso y acrecentaba mi amor por él de una forma que no era capaz de entender, no cerraría mis puertas a que me acompañara en este camino, pues así sentía que debía ser.

A la mañana siguiente esperé en la calle, eran las once y escasos minutos cuando un coche paró frente a mí y bajó la ventanilla.

—Buenos días, vengo de la empresa de taxis. Una tal Minerva Mancini necesita traslado a Eleusis. ¿verdad? —Max ya empezaba con las bromas. Sonreí encantada con la situación.

—No, lo siento. Soy Penelope Pappas, se equivoca de cliente. —respondí.

—Oh, por los dioses, ahora deberé volver a la base y no me pagarán el servicio, en fin…

—Espere, subo, no querría que perdiera su trabajo. Me adaptaré a donde vaya.

Subí al coche y coloqué mi bolso a los pies del asiento. Max iba perfectamente afeitado y llevaba una camisa blanca almidonada, parecía recién comprada. Desprendía un agradable olor a perfume que inundaba todo el coche.

—Bien, ya he puesto el GPS, vamos a ver si somos capaces de sobrevivir al tráfico heleno.

—Eres italiano, podrías conducir sobre el filo del Everest a 50 grados bajo cero y con 20 metros de nieve con un autobús. —Max se reía mostrando unas preciosas arrugas en sus ojos. Debí aguantar para no abalanzarme sobre él.

—Huele a vainilla, Sra. Mancini y lleva usted un precioso vestido de flores, todo muy bucólico y campestre.

—Vestida para la ocasión, Sr. Cesarini, no como usted que va con camisa de diseño a un yacimiento arqueológico a 40 grados en pleno mes de Julio.

—Querida, los Dioses merecen respeto y qué mejor que llevando las mejores galas.

—¿Insinúa que no voy ideal para tal ocasión? —pregunté.

—Usted, estaría perfecta hasta con una lechuga puesta como sombrero.

Pasamos la media hora de trayecto por la E08 hablando sobre trabajo y sobre sus años en Grecia. Reíamos totalmente ajenos a todo cuanto

había pasado antes, como si no existiera nada más. Contemplábamos los paisajes agrestes de esa parte de Grecia, repletos de piedra y matorrales, los únicos capaces de soportar los envites del sol en verano. Tras bordear la costa y entrar en la ciudad a través de sus callejuelas, llegamos al área arqueológica. Guardé silencio y bajé del coche.

El golfo Sarónico quedaba al fondo, era increíble como aquel recinto, posiblemente de los más sagrados del mundo quedaba encajado entre casas de dobles pisos construidas durante el siglo pasado de forma desordenada. Los tambores de las enormes columnas, caídos por el efecto de los siglos se amontonaban en el suelo. El complejo era enorme, casi una ciudad. Sentía la brisa del mar en mi cara, cerré los ojos.

"Minerva, sigue el camino sagrado"

Max se había ausentado para ir a hablar con los de la recepción que le habían autorizado a aparcar casi en la puerta. Vino hacia mí y me cogió del brazo.

—¿Te encuentras bien?

Una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Como nunca en mi vida. —Max limpió con el pulgar la lágrima y acarició mi rostro.

Durante todo el trayecto, ejerció de guía a pesar que no lo necesitaba. Conocía cada piedra, cada grieta en el suelo, sabía cuál era la entrada principal, el patio sagrado, qué lugar ocupaba cada columna y cada centímetro de mármol. No era capaz de articular una sola palabra, sólo sé que me dirigí hacia el Plutonio junto al templo de Deméter, acelerando mis pasos y sorteando las piedras del camino.

Dejé la bolsa en el suelo sin mirar. La cueva estaba a la vista, me dirigí lentamente hacia una de las entradas y posé mi mano sobre la roca. Contemplé como un círculo rojo que se movía rápidamente en el sentido de las agujas del reloj, se hacía cada vez más profundo, como si perforara la misma piedra al contacto con mi mano. Acrecentó su tamaño hasta hacerse algo mayor que mi altura. Podía ver como se adentraba creando un camino ígneo y rojizo. Una sombra iba aumentando de tamaño por el lado izquierdo del lecho de roca. Poco a poco vislumbraba el contorno de la mujer que tantas veces había visto en mis sueños, de una forma nítida, real. Un resplandor blanquecino rodeaba su cuerpo perfecto cubierto por una túnica que dejaba entrever su piel casi dorada. La túnica era casi exacta a la que tenía en el desván. Su melena levemente ondulada estaba coronada por rosas

rojas como el carmín, encastadas sobre una preciosa corona de donde pendían granos dorados como el oro.

—Oh, mi Diosa. —me arrodillé bañada en lágrimas.

—Levanta, Minerva. —la voz era como una melodía divina que resonaba en mi cuerpo.

Nada temía pues me inundaba un extraño frenesí que hacía que perdiera el control sobre mi cuerpo, como si levitara del suelo. No movía los labios pero en cambio podía escuchar cada una de sus palabras con nitidez en mi mente. Los ojos del color de la miel, desprendían pequeños destellos de luz como si fueran estrellas en la noche. Nada era comparable a esa belleza, nada era tan abrumadoramente hermoso como ese rostro.

—¿Qué deseas de mí?

—Mi amada Minerva, has encontrado el primer paso al despertar interior. Aceptar mi llamada es el inicio de un camino que te conducirá al sagrado destino que te ha sido asignado. Siglos han pasado desde que avivé la primera conciencia y contigo concluye mi obra. Un nuevo mundo se abrirá ante tus ojos para que promulgues el mensaje de los dioses, para que los hombres vuelvan a creer en la esencia de la naturaleza que se halla como un destello, en cada uno de ellos. La edad de oscuridad ha llegado a su fin, Minerva. Contigo renace una nueva era que sacudirá las mentes de los mortales.

La mujer se acercó y posó su mano sobre mi frente. Noté como entraba un haz de luz que recorría cada vena y arteria de mi cuerpo, abrasándome por dentro. Poco a poco la imagen fue desvaneciéndose mientras la abertura de la roca quedaba de nuevo sellada.

—Ya veo…ya veo… —dije entre susurros.

—¡Minerva! ¡Minerva! ¿me oyes? —Max sacudía mi cara con la expresión desencajada.

Veía el techo de una sala. El cuerpo me resultaba pesado y me costaba desentumecer los músculos.

—Bebe un poco de agua, creo que te ha dado una lipotimia por el calor.

Acaricié su cara enternecida por la escena. Si él fuera capaz de ver lo que yo acababa de presenciar, si tan solo pudiera explicarle que Deméter había posado sus manos sobre mí.

—Estoy muy bien, Max, no te preocupes. Sólo quería llamar tu atención un poco. —bromeé.

—No vuelvas a asustarme de esta forma, Minerva. No vuelvas a hacerlo, ¿me oyes?

—¿Cómo me has traído hasta el sofá de la recepción?

—En brazos.

Empecé a reír casi a carcajada.

—Como en oficial y caballero pero más rustico. Ha debido ser divertido verte conmigo en brazos sorteando las miles de piedras hasta aquí.

—Dios, haces un chiste de todo. —Max se cubrió la cara con las manos.

Las despegué de su cara y apoyé mi frente en la suya.

—Gracias por cuidarme siempre. Por estar ahí en mis delirios.

Me miraba enternecido, podía leer cada rasgo de su cara. Ambos nos amábamos no me quedaba la menor duda pero su destino sólo podía ser conducido por sus propios pasos.

Capítulo XIV

No podía quitarme de la cabeza el desmayo de Minerva, ver cómo caía al suelo con los ojos abiertos de par en par esbozando palabras sin sentido, casi como si fuera a convulsionar había trastocado mi mente. La había cogido entre mis brazos y aunque le hablaba y sacudía su cara no reaccionaba a ningún estímulo. Aún no sé cómo pude atravesar el yacimiento corriendo. Por primera vez contemplé la posibilidad de lo que suponía perderla y fue entonces cuando fui consciente de que ya no podía alejarme de su lado sin destrozar mi vida.

Habíamos ido a uno de los numerosos bares que se hallaban frente al yacimiento. Esbozaba una amplia sonrisa como si no hubiera pasado nada.

—¿Te encuentras bien? —dije aún preocupado. Ella me miró enternecida.

—No te preocupes más, estoy perfectamente, mejor que nunca de hecho. —dijo mientras comía el queso que cubría su ensalada griega. —Ten, prueba. Estos tomates están espectaculares — acercó el tenedor a mi boca.

—Están buenos, sí, yo diría que muy buenos. —mastiqué mientras la observaba embelesado.

No sé si era consciente de cómo la miraba, de lo mucho que la deseaba, de lo significaba para mí.

—Bueno, ¿mañana me llevas a Olimpia?

—Si me prometes que no te vas a desmayar, acepto. Otro susto como este y tengo que llamar a la embajada para que me repatríe a Roma.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde o alguna reunión de negocios? —preguntó.

—No, esta mañana antes de venirte a buscar había quedado en el hotel con un colaborador para desayunar, así que tengo el día libre. De hecho para esta noche tengo una sorpresa, si quieres.

En realidad me había pasado la mañana buscando una tienda para comprarme ropa y artículos de aseo para no parecer un desequilibrado que la acosaba. Quería darle la sorpresa de su vida, de esas que no

valen dinero pero que recuerdas para siempre. Había tirado de muchos contactos en Atenas, gente con la que había trabajado en mi juventud y que ahora ocupaban cargos importantes tanto en la administración como en el área de patrimonio.

—¿Dónde me vas a llevar?, es para saber si debo ir más arreglada.

—Primero a cenar al 2MAZI en Plaka y luego la sorpresa. Tacones finos no lleves, no se dé el caso que deba cargar contigo otra vez. Al final te pasaré la factura del fisioterapeuta.

Aquella tarde se convirtió en un recuerdo inolvidable, paseábamos entre la nube de turistas ajenos a todo cuanto nos rodeaba. Fue uno de los días más felices de mi vida y ella, brillando con una luz renovada en sus ojos, me explicaba su pasado, la relación con su marido, los sueños que la llevaron hasta Roma. Estaba locamente enamorado, enajenado por su sólo contacto.

Había decidido anular el compromiso, no tenía derecho a privar a Silvana de la oportunidad de amar a alguien que la correspondiera con la misma pasión y devoción. Sabía que iba a romper su corazón en mil pedazos y que no me lo perdonaría jamás, tampoco podía culparla por ello. Me haría cargo de todo pero no podía mentirme durante más tiempo, ni obviar que la mujer de mi vida se hallaba ante mis ojos parloteando y lamiendo un helado de vainilla con virutas de colores.

La había dejado en su apartamento para que descansara. Parecía un joven adolescente que se mira en el espejo, se perfuma en exceso y observa cada detalle para causar la mejor impresión. Me senté en la cama y conecté el móvil.

—Hola Silvana. ¿Qué tal todo por ahí?

—Max, te he enviado un montón de mensajes. ¿Todo bien? —Suspiré e hice un silencio.

—Silvana pasado mañana vuelvo a Roma, pero antes debo decirte algo. Hablaremos detenidamente a mi vuelta pero…voy a anular el compromiso.

Se hizo un largo silencio al otro lado del teléfono.

—¿Por qué me haces esto, Max? Me estás arruinando la vida. ¿Qué dirá la gente y tu madre? —escuchaba cómo sollozaba —Piénsalo bien, no actúes por impulsos. Sabes que soy la mujer de tu vida y que te amo de verdad, que estoy dispuesta a todo por ti.

—Lo sé y por eso no puedo alargar esto durante más tiempo, Silvana. Eres una gran mujer que necesita que la amen como merece y yo no

soy ese hombre. Yo no podré darte lo que demandas.

—Y ¿ya está?, ¿se acabó sin más?

—Silvana, sé que me odias y no te culpo por ello, maldigo haber aceptado tu propuesta sabiendo que no estaba siendo totalmente sincero. Creí que podría aprender a quererte como tú lo haces pero no soy capaz aunque lo he intentado.

—¿Hay otra mujer, Max? No soy imbécil. Si quieres tírate a esa zorra pero vuelve conmigo.

Me ofendí por la manera en que trataba a Minerva, a ella o a cualquier otra.

—No se trata de sexo, Silvana. Tengo 43 años y no necesito calentar mi cama con nadie. Esa época ya la pasé y créeme que no me siento orgulloso de algunas cosas de las que hice pero a estas alturas de mi vida he encontrado lo que quiero y no voy a renunciar a ello.

—Ya entiendo…¿crees que Minerva te va a dar lo que yo estoy dispuesta a ofrecerte? —me quedé paralizado por su conclusión, su voz era desafiante. —Esa no me llega a la suela de mis tacones. No soy estúpida Max, pone cara inocente pero es una trepa que va buscando lo que no es suyo.

—Déjalo ya, Silvana, hablaremos a mi vuelta y zanjaremos el tema como debemos, razonando como adultos. Yo me encargaré de las explicaciones a amigos y compañeros y por supuesto de dar la cara. Si quieres insultarme o maldecirme lo entiendo pero centrémoslo en nosotros, en nadie más.

—Vete al infierno, tú y esa zorra. Te arrepentirás de todo esto, Max.

Colgó. Suspiré y dejé el teléfono sobre la cama. Sabía que no era justo haberla llamado para dejar lo nuestro pero de alguna forma llevaba semanas sintiendo que la engañaba a pesar de que no había tocado a Minerva. Para mí era exactamente lo mismo.

Cogí las llaves y conduje hasta su apartamento, la esperé frente a la puerta de la Escuela francesa de Atenas. Estaba nervioso, alterado aún por la conversación. De entre la portería de vidrio apareció ella. Dejé de respirar y apreté con los dedos el volante. Tuve que cerrar los ojos y reanudar la respiración para intentar que mi cara no mostrara el efecto que provocaba en mí.

Llevaba un precioso vestido granate, ligero, cogido por dos tirantes anchos que terminaban en un aro dorado. Había recogido levemente los laterales de su cabello pero la melena oscura y ondulada

cubría parcialmente los hombros. Y esos labios…cubiertos de un carmín oscuro que hubiera besado hasta consumirlos. Había visto muchas mujeres a lo largo de mi vida pero ni una sola de ellas había sacudido mi alma como Minerva. Entró en el coche con una enorme sonrisa.

—Dime que voy bien para la sorpresa porque si no es así subo y me cambio.

Casi no podía articular palabra.

—Perfecta, Minerva. Sube.

¡Qué estúpido! No podía creerme que no fuera capaz de soltar un cumplido aunque fuera por cortesía. Conduje hacia uno de los aparcamientos más cercanos a Plaka.

—Cuando visito Atenas siempre acabo viniendo aquí, al pequeño patio del 2MAZI, es acogedor y sirven una comida exquisita. Espero que te guste.

Minerva ocupó el lugar que le indicó el camarero, admirando los tarros iluminados que colgaban de los cables. Acarició dulcemente los pétalos de las margaritas blancas que decoraban los jarrones de cristal.

—Es precioso, Max. Gracias por traerme aquí. En cierta manera es como descubrir un rincón secreto y especial para ti.

No podía amarla más, era doloroso contener la pasión que intentaba aplacar a cada segundo.

—Me alegro de que te guste. Ahora ya es nuestro rincón. No se lo cuentes a nadie.

El camarero sirvió el vino mientras comenzábamos la cena.

—¿Recuerdas cuando nos vimos en las oficinas? —preguntó mientras yo sonreía —Fuiste un impertinente conmigo.

Puse cara de asombro mientras me limpiaba la comisura de los labios.

—Gracias por ese cumplido maravilloso. Mi recuerdo es algo diferente. Llevabas un pantalón dos tallas más grandes que tú y estabas pálida no sé si de la vergüenza o del susto.

Minerva sonrió encantadoramente.

—La noche anterior me la pasé vomitando, no sé ni porqué fui ese día a la oficina. Gracias igualmente por tu cumplido.

—El destino, quizás. Si no hubieras ido igual no te hubiera conocido. —dije en un susurro.

Apoyó la mano sobre su cara.

—Nos hubiéramos conocido igualmente, Max. Hay hilos que están predestinados a enredarse por el camino. —hizo un silencio. —De todas formas esta noche estás extraño, algo te ha pasado o te ronda por la cabeza. No tienes porqué contármelo…pero…

La interrumpí de golpe.

—He cancelado la boda y he acabado con Silvana.

Minerva colocó el tenedor sobre el plato lentamente. Sus ojos se humedecieron hasta que una de las lágrimas rebosó resbalando por sus mejillas. Suspiró profundamente.

—No sé qué decir.

Levanté mi mirada clavándola en ella.

—Sabes bien cuál ha sido el motivo y no me arrepiento de nada. Creo que es lo más honesto que he hecho en mi vida. No quiero que te sientas obligada a contestar ni a hacer algo que no quieras, me conformo con estar cerca de ti y formar parte de tu vida.

—Max, no conoces mi mundo ni todo lo que llevo conmigo. Me pasan cosas que no puedo explicar y ahora no sé si querrías estar con alguien que se pasa el tiempo buscando respuestas extrañas. —hizo un silencio —Por todos los dioses, no sé ni cómo explicártelo sin sonar como una loca…

Cogí su mano y entrelacé los dedos.

—Creo que no lo has entendido. No me importa cuál ha sido tu vida ni qué es lo que te atormenta ahora. No entiendo por qué soñamos las mismas cosas ni por qué te desmayas ni conozco todo aquello que estás buscando para reencontrarte. No te pido que vengas a mí, te pido que me permitas estar a tu lado cuando me necesites y que el día que sientas que estás preparada para despertarte en mi cama para no marcharte jamás, vengas porque tú así lo hayas decidido.

Minerva cogió mi mano y se la llevó a sus labios besándola con dulzura. Apoyó su rostro en ella observándome fijamente.

—Te quiero desde que te vi sentado en la oficina con las manos cruzadas, te amé todos y cada uno de los minutos que pasaron desde ese momento hasta hoy. A pesar de que Enzo me advertía una y otra vez que destrozarías mi corazón yo no podía dejar de pensar en ti, en que de alguna forma eras el hombre de mi vida.

Los músculos de mi cuerpo se relajaron por fin. Ella me amaba, no

importaba qué pasaría a partir de ahora, ambos sabíamos que eso no iba a cambiar jamás. Mi destino era suyo, mi vida le pertenecía sólo a ella.

—Vámonos. Déjame que ponga la ciudad a tus pies.

Pagué y salimos del restaurante. Agarré su mano con fuerza mientras caminábamos por las calles empinadas y abarrotadas de Plaka. Sólo tenerla cogida a mí, me erizaba la piel, no quería desprenderme de su contacto.

—¡Estamos en la entrada de la Acrópolis! —exclamó.

Sonreí. Hice que se sentara en un banco bajo un árbol cerca de las taquillas de entrada. El yacimiento tenía un acceso al atardecer para turistas que había finalizado hacía unas horas. Llegué donde se encontraba el vigilante y me identifiqué. El joven cogió las llaves y con una amplia sonrisa a pesar de las horas, me hizo un gesto para que le acompañara. Minerva se levantó con expresión de incredulidad.

—Hora y media, señor Cesarini. Yo me quedaré en la caseta de acceso por si necesitan algo.

Agradecí su atención y le puse cien euros en la mano.

Minerva era incapaz de mirarme. La iluminación de la escalinata de los Propileos acrecentaba la sensación de altura. Vi como ascendía peldaño a peldaño observando cada piedra, cada detalle. Su melena se meció por el viento dejando entrever su espalda. Portaba el nombre que le hacía justicia. Se inclinó hacia sus tobillos y fue desprendiéndose de la atadura de las sandalias, quería notar el mármol en su piel. Fui acercándome a ella lentamente sin hablar. Con la yema de los dedos acariciaba las puertas que quedaban junto a la pasarela. Tras unos minutos ascendiendo llegó a la explanada.

—¡Oh, por todos los dioses! —exclamó con un hilo de voz

Minerva esbozó una sonrisa inundada en lágrimas, con su mano sujetaba el estómago incapaz de contener la emoción. No era lo mismo admirar la Acrópolis de día que observar los millones de luces de la ciudad que resplandecían bajo tus pies cuando el sol caía. El Partenón, símbolo de lo que muchos de nosotros amábamos desde niños, emergía con enormes columnas estriadas iluminadas por decenas de focos. Era imposible no sobrecogerse a la imagen, no sucumbir al enigma del lugar más sagrado de Atenas.

—¿Puedo?

Minerva me pedía permiso para acercarse al Partenón traspasando la

cadena que cerraba el paso. Asentí con las manos en los bolsillos. Era como contemplar a la misma diosa entrando en su casa. Durante unos instantes miró parte del interior pero giró su cuerpo hacia mí, sacudida levemente por el viento. Casi no pude contener las lágrimas.

Capítulo XV

Veía la ciudad iluminada, tal y como los dioses la admirarían cuando moraban sus casas. No podía soportar el dolor de la emoción, de la belleza de quienes por amor a ellos habían llenado sus manos de grietas y sangre para crear los templos más perfectos, los más delicados.

Max estaba bajo la escalinata, con las manos en los bolsillos, esperando a que pudiera decir algo. Le hice un gesto con la mano para que se acercara. Subió tres peldaños mientras yo bajaba otros dos.

"Ríndete a él, Minerva, deja que pueda ver a través de ti"

Agarré dulcemente su cuello y lo atraje hasta mis labios. Exhalé mi aliento mientras contemplaba sus ojos encendidos y le besé con fuerza. Max me agarró de la cintura llevándome hacia él, abrazándome hasta casi dejarme sin respiración. Enlacé mi lengua a la suya intentando saborear cada milímetro de su boca, colmándome de una pasión que sabía que no se saciaría jamás. Enredé mis dedos entre los cabellos para retenerlo, para no perderlo, para sentir cada gemido, cada respiración jadeante. Cogí su mano e hice que me acompañara, atravesamos las columnas del templo para quedarnos junto al muro de la antigua celda. Había una cierta penumbra. Deslicé los tirantes que sujetaban mi ropa haciendo que cayeran hasta los pies.

Max entrecerró los ojos, acelerado por la excitación. Agarró mi cuello totalmente descontrolado, encendido por una pasión irrefrenable. Deslizó su lengua sobre mi cuello, mis senos, mi estómago. Elevé mi rostro hacia el cielo estrellado, incrédula y rendida a él. Le fui despojando de su ropa, necesitaba sentir el calor que desprendía su cuerpo, rozar cada contorno, sentir cada embestida.

Me estiró sobre el mármol y abrió mis muslos, fue deslizando la palma de su mano desde el cuello hasta mi sexo obligándome a contornear la espalda por la excitación.

—Minerva, mi vida… —susurró antes de penetrarme.

Enredé mis piernas sobre su cuerpo, las lágrimas se deslizaban por las mejillas mientras le besaba húmedamente. Fue lento, apasionado, mágico. Cada embestida hacía cerrar mis ojos y a través de ellos veía

decenas de imágenes de otros cuerpos, de otros gemidos que no eran los nuestros, dejándome llevar por algo que era mayor que nosotros mismos. El acto que llevábamos a cabo era tan sagrado como las piedras que sustentaban nuestros cuerpos, tan eterno como las estrellas que se veían sobre el manto negro que nos cubría.

El éxtasis llegó para ambos como una explosión acompasada, la expresión de su rostro desencajada por el placer hacía encender el mío. Descansó sobre mi pecho mientras recobrábamos la respiración. En cuanto recuperó el aliento apoyó su frente susurrándome…

—Te amo.

Acaricié con mi nariz el rostro que tantas veces había soñado besar.

Quedaba poco para irnos. Tras vestirnos, nos habíamos sentado sobre las piedras que habían soportado el peso de miles de historias, en completo silencio.

—Eres el hombre de mi vida. Pase lo que pase, jamás olvidaré esta noche. —me giré hacia él.

Max me acurrucó en su cuello, mientras besaba mi cabello.

—Nada podrá hacer que me separe de tu lado, Minerva. Nada ni nadie.

Volvimos al ruidoso ambiente de la ciudad que hasta hacía unos instantes nos pertenecía. Nos besábamos a cada paso que dábamos, nos parábamos en callejuelas oscuras para rendirnos a caricias y abrazos que no saciaban nuestra pasión. Llegamos a su hotel y volvimos a sucumbir una y otra vez a un sexo maduro, medido y lento, repleto de caricias infinitas.

Max contorneaba con sus dedos la mancha de nacimiento que tenía en forma de hoja bajo mi seno.

—Parece una hoja en otoño.

—Lo sé…mi marido decía que sólo las brujas poseen marcas de nacimiento, así que me ponía bañador para que no se viera cuando íbamos a la playa. Fui una imbécil, dejé que me anulara por completo.

—El imbécil era él. —dijo molesto —Verte desnuda es como contemplar a una diosa de la naturaleza. Ahora nada me parecerá lo suficientemente hermoso. —besó mi cuello.

—Está a punto de amanecer. —dije mientras miraba la luz a través de las cortinas.

—¿Aún quieres ir a Olimpia?

—¿Confías en mí? —pregunté.

—Por supuesto.

—Creo que no soy yo quién debe ir sino tú, así que únicamente te acompañaré.

Max me miraba contrariado con una sonrisa en los labios.

—Nos duchamos, nos vestimos, desayunamos y nos vamos.

Tardamos más de lo que debíamos. Nuestros juegos retrasaban los planes que tuviéramos, rendidos totalmente a una incapacidad de poner límites. Cualquier excusa era buena para perdernos de nuevo entre abrazos y besos infinitos. Aun así, recorrimos las tres horas que nos llevaron a Olimpia, escuchando emisoras griegas y hablando sobre las excavaciones en las que Max había trabajado. Cada conversación me ayudaba a conocerle algo mejor y cuanto más me relataba sobre su vida, más le admiraba y sucumbía a él.

Olimpia a diferencia de Eleusis era un lugar en calma, salpicado por árboles, arbustos y campos de cultivo que iban ganando poco a poco terreno. Desprendía la energía de lo sagrado, de aquello que se remonta a los orígenes del pensamiento y la razón. Recorrimos el Templo de Zeus, el hipódromo, el estadio mientras Max me explicaba cada detalle y la importancia de entender que lo sagrado no residía en los templos que los dioses habitaban sino en la voluntad de los hombres que entregaban, hasta caer exhaustos, toda su fortaleza mental y física únicamente para complacerlos durante los juegos.

Llegamos al final de las ruinas del estadio cuando Max se quedó absorto mirando más allá de los matorrales y los cipreses que salpicaban de verde nuestra vista.

—Sigamos hacia allí.

—Max, hay una valla de separación, para continuar debemos ir por la carretera. Salgamos y cojamos el coche.

Podía reconocer perfectamente esa mirada conducida por el instinto primario, por una sensación que apenas eres capaz de entender. Salimos del recinto arqueológico por una estrecha carretera. En realidad nos separaban pocos metros, Max dejó el coche en una especie de cruce de caminos donde aparentemente no había nada. Salió sin pronunciar una sola palabra.

El camino acababa abruptamente, vi como desaparecía de mi vista de golpe. Había bajado por un desnivel de más de cuatro metros de altura, algo a lo que estaba acostumbrado tras años de excavaciones.

Palmeó sus manos para desprenderse de la tierra y se centró en las ruinas. Desde arriba era fácil ver el contorno de una estructura rectangular con algunos sillares y la base de una columna. Se sentó sobre una de las losas de piedra totalmente ausente. Le dejé su espacio y el tiempo que necesitaba. Pasados unos minutos me miró conmocionado y esbozó una leve sonrisa.

Subió por un lateral mucho menos empinado y cubierto de matorrales. Estaba algo pálido, aun así no quise preguntarle nada, si quería contarme algo sería porque él lo decidiera.

—¿Quieres volver a entrar o prefieres que nos vayamos al hotel?

—Queda alguna cosa por ver, creo que hemos pasado de largo el ninfeo de Apia Annia Regila, nos hemos centrado en el templo de Hera pero el ninfeo quedaba atrás.

—¿Cómo has dicho? —paré en seco.

—El ninfeo de Apia. ¿Estás bien?

—"AAR" Es posible que hayas dado con la respuesta a una pregunta que me lleva torturando unos meses. Te quiero, lo sabes ¿verdad? —dije emocionada.

Acaricié su mentón y le abracé la cintura. Durante el camino de vuelta permaneció mucho tiempo en completo silencio. Paró en una salida de la carretera principal que nos devolvía a Atenas, salió del coche y respiró profundamente. Me quedé apoyada en la puerta contemplándole desde la distancia.

—Minerva, tienes visiones, ¿verdad? —se giró para adivinar la respuesta leyendo mi gesto.

Asentí.

—Y cada vez son más numerosas. —añadí.

—¿Puedes entenderlas? Quiero decir que si sabes qué son y por qué.

—Cuanto más veo más entiendo, Max, pero hay muchas cosas que aún escapan a mi comprensión. Creo que la responsable de que ahora puedas tenerlas tú es sólo mía. Lo siento de veras. Si quieres alejarte de mí no te culparé.

Max vino para abrazarme con fuerza.

—Minerva, eso no va a ocurrir jamás, ¿me oyes? Creo que esto me une aún más a ti, si es que eso es posible. No, mi amor, no es un reproche, sólo necesito saber cómo protegerte.

—¿Qué has visto? —pregunté.

—Una voz en mi cabeza me susurraba que debía ir en esa dirección, era de mujer de eso estoy seguro. En cuanto sorteé el desnivel el templo se me hizo visible por completo, tal y como era por dentro, es curioso porque no veía el exterior sino la celda central. Había dos mujeres sentadas en un asiento lateral, una de ellas embarazada que sollozaba mientras otra, algo más mayor, le sujetaba la mano. Hablaban en latín, Minerva, estoy convencido por la indumentaria que llevaban que había dado un salto temporal, posiblemente a la época de ocupación romana. La más joven se llamaba Aglaia.

—¿Qué sentiste, Max?

—¿A qué te refieres? —preguntó mientras se apoyaba en el capó con los brazos cruzados.

—Creo que en ocasiones es más importante lo que sientes que lo que ves.

Pensó durante un instante.

—Cercanía. Sentí que ese momento era importante para mí pero no sé por qué.

Sonreí.

—Acéptalas, Max. A veces asustan pero cuando te dejas llevar te das cuenta que cada una de las visiones deja algo en ti que te va transformando, aunque no sepas el propósito.

—A mí me ha dejado una única cosa que tengo clara. Debo protegerte como sea. —me miró intensamente con esos hermosos ojos miel. —Todo esto es una locura. —añadió.

En cuanto llegamos a Atenas fuimos a mi pequeño estudio. Había hecho el *ckeck out* del hotel para poder aprovechar el poco tiempo que nos quedaba juntos. Había comprado algo de vino y cenamos en la terraza con vistas al lugar donde nos habíamos amado por primera vez.

—Es un apartamento precioso. —dijo mientras me acurrucaba en su pecho.

Aspiré su aroma mientras pensaba en que al día siguiente debería separarme de su lado.

—No quiero que te vayas. —dije.

Sonrió mientras besaba mi frente.

—Te iba a pedir que volvieras conmigo. ¿Cuántos días te quedan aquí?

—Tres.

—No me hace ninguna gracia que te quedes sola. Ninguna, Minerva.

Le miré extrañada, su rostro reflejaba preocupación.

—¿Qué es lo que no me has contado?

—Creo que nos han estado siguiendo desde Olimpia a aquí. No puedo asegurarlo pero había un coche oscuro que en la carretera iba adelantando a los que llevábamos por detrás, para no perdernos de vista. He intentado esquivarlo a la llegada a la ciudad pero no estoy convencido que lo haya conseguido.

—Pero en pleno mes de Julio dudo que haya un asiento libre en tu vuelo.

—Depende de lo que estés dispuesto a pagar. Abro el portátil y lo gestiono, pero mañana te vienes conmigo a Roma aunque sea a pie.

Hice la maleta rápidamente. Había avisado previamente a la empresa que gestionaba el alquiler y había recogido todo. Max había conseguido dos asientos en primera clase que era lo único que quedaba disponible.

—Max, creo que deberíamos hablar sobre cómo gestionar nuestra relación en Roma.

—¿A qué te refieres exactamente? —dijo mientras apuraba una copa de vino.

—No deberíamos aparecer juntos, de hecho creo que deberíamos mostrar lo contrario. —añadí.

—Explícate porque no entiendo nada.

Me senté en la terraza y crucé los brazos sobre la mesa.

—Tú y yo sabemos que me tienen vigilada desde hace meses, no soy estúpida. Si vienes a mi casa lo van a saber, si volvemos a trabajar en la misma oficina también lo van a saber. Deberíamos mantener un perfil muy bajo hasta que pueda averiguar qué pasa.

—¿Qué propones? Aunque sé que no me va a gustar.

Hice una mueca.

—Vamos a hacer como que no estamos juntos, que me has partido el corazón y me has dejado tirada.

—Silvana ha deducido que la dejaba por ti. No sé si esto va a funcionar.

—Escúchame, Max. Vas a decirle a Enzo que lo nuestro fue un lío que no ha llegado a ningún lugar. Te insistirá que vuelvas con Silvana, dejo que tú decidas lo que le vas a decir, invéntate algo. Estaría bien que salieras a cenar con otras mujeres y que te vean flirteando con ellas.

—Pero, ¿tú sabes lo que me estás pidiendo? —dijo boquiabierto.

—Yo haré lo mismo. Nadie, repito…nadie menos tú y yo puede saber la verdad. En cuanto llegue a Roma lo primero que voy a hacer es contactar con Lemos y aceptaré su petición para vernos, de esa forma comprobarán que ambos llevamos vidas separadas.

Max daba vueltas por la terraza con las manos en la cintura.

—No veo lo que vas a conseguir con esto. Ese plan tuyo hace aguas por todas partes.

—Despistar, Max. Algo me dice que hay un interés en que tú y yo no coincidamos.

—¿Si no estoy a tu lado como pretendes que te proteja? Me estás pidiendo que renuncie a verte ahora que estamos juntos y que me dedique a invitar a mujeres mientras tú sales con el Onassis ese que parece sacado de una tienda de Versace.

Carcajeé sorprendida.

—Max entra en razones porque en realidad con lo que te pido me estás protegiendo, si eso es lo que tanto te preocupa. Sobre Vasilis, es un hombre rico que cree que puede obtener cualquier cosa simplemente porque puede pagarlo, nada más, es inofensivo para ti. —hice un silencio —¿Crees que no va a ser complicado para mí saber que van a verte con otras mujeres o que no voy a poder estar contigo cada día?

—Vale, pongamos que acepto, me puedes decir ¿cuándo voy a verte? No voy a soportar estar todo ese tiempo hasta que sepamos qué pasa sin al menos saber que estás bien.

Le cogí las manos en un intento de tranquilizarlo.

—Te recuerdo que sigo llevando las cuentas de la *Superintendenza*. A principios de Septiembre hay varias presentaciones y me encargaré que me asignen todo lo que tenga que ver con vosotros y los medios. No nos quedará más remedio que reunirnos constantemente y coincidiremos en todos los actos.

Suspiró resignado y asintió.

Aquella última noche la disfrutamos de una forma que marcara nuestro recuerdo, que permitiera evocarla cuando no estuviéramos juntos. Nada parecía suficiente ni los cuerpos cedían al cansancio pues lo único que nos alimentaba era cada roce, el entrelazar los dedos cuando el éxtasis llegaba, el besar cada centímetro de la piel del otro para retenerlo en la memoria.

Al día siguiente, dejamos el coche en el aeropuerto y subimos al avión. Era el fin de nuestro encuentro y el principio de un camino incierto.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras me agarraba la mano. —Estás muy callada.

Llevaba media hora observando las nubes que sobrevolábamos, en silencio.

—Ayer me hablaste del ninfeo que no habíamos visto.

—Sí, el de Apia.

—¿Qué sabemos de esa mujer?

—Tendría que buscarte más información pero lo que recuerdo es que fue la mujer de Herodes Atico, ya sabes el del Odeón de la Acrópolis. Ella tenía una villa en la via Appia de la que aún quedan unos restos, la casaron con él porque era rico sin más. Marcharon de Roma y se fueron a vivir a Maratón. Herodes allí donde iba construía algo, así que Grecia está salpicada de acueductos, teatros y monumentos que él había financiado. Como ella era patricia y además lejanamente emparentada con la familia imperial y eso le daba caché a Herodes, construyó el ninfeo en Olimpia entre otras muchas cosas en su honor. Pero esto es muy por encima, creo además que la hizo sacerdotisa de varios cultos.

Giré mi rostro hacia él.

—¿Qué cultos? —pregunté escuetamente.

—El de Deméter, seguro.

Apreté su mano inconscientemente, mientras respiraba aceleradamente.

—¿Estás bien?

Asentí.

—¿Dónde exactamente?

—¿De donde era sacerdotisa, te refieres? Creo que en Olimpia.

—¿Dónde estaba su santuario o su templo, Max? —pregunté alterada.

Me miraba con los ojos abiertos de par en par.

—Junto al estadio. —susurró dándose cuenta que era el lugar donde se había sentado.

—¡Oh, cómo he sido tan estúpida! —exclamé.

—Vale, espera…un momento, me estoy perdiendo. Pongamos que el yacimiento al que bajé y en el que casi me rompo las piernas es el suyo. ¿Qué pasa con Apia?

—No te puedo explicar nada aún pero créeme cuando te digo que no es casualidad. No sé por qué tuviste la visión exactamente allí, ni que la relaciona con ambos pero voy a averiguarlo.

—Contando que ese sea el lugar de su templo. —dijo.

Le miré con condescendencia.

—Atenas, Eleusis, Olimpia…—susurraba entre mis labios.

El avión descendía hasta el aeropuerto de Fuimicino. Max me cogió de la mano sin soltármela un solo instante, intentando aferrarse a lo vivido.

—No me puedo creer que tenga que dejarte como si nada hubiera pasado. —estaba malhumorado, irritado por la situación.

—Creo que ya no somos los mismos que salimos de este aeropuerto. Ya nada será igual para nosotros.

—Cierto. —me besó la mano.

—En cuanto salgamos del avión iremos por separado.

—¡Mierda! Ya te estoy echando de menos.

Esperé media hora a que Max saliera y cogiera un taxi, luego yo hice lo mismo. Llegué a la villa exhausta pero feliz, inmensamente feliz. Pasara lo que pasara sabía que me amaba, que lo que habíamos vivido no se borraría de nuestra mente y que sólo nos pertenecía a ambos. Nuestro secreto era eterno.

Había cambiado tanto que me costaba reconocerme, la niña que vivía en Tarragona ya no estaba, se había desvanecido entre la brisa casi sin darme cuenta y ahora, segura de mí misma y sin miedo, entendía que tenía un propósito mayor. Habían desaparecido los vómitos y las pesadillas, nada me causaba temor, algo dentro de mí se había

despertado e iba creciendo cada día. Lo notaba, percibía como me devoraba y me hacía suya. Marte subió al sofá para deslizarse por mis manos.

—Querido amigo, creo que vamos a descubrir muchas cosas juntos.

Capítulo XVI

—Por favor, padre, necesito hablar con fray Antonio. Es muy muy urgente.

—Hija, son las once de la noche. No podemos atender a estas horas y fray Antonio está en sus dependencias descansando.

El sacerdote me hablaba en apenas un susurro, manteniendo asido el pomo de un gran portalón de hierro. La retuve con la mano para evitar que la cerrara.

—Dígale que Silvana Sorrentino desea hablar con él. Si no le avisa, lo lamentará.

El hombre dudó unos instantes.

—Espere aquí. —dijo visiblemente molesto.

El patio tenía unas vistas directas al Tíber que quedaba a pocos metros de su muro, la luz de los focos reflejaba en las paredes blancas del anexo de la basílica de Santa Sabina. Al poco tiempo escuché unos pasos apresurados y de nuevo la puerta abrirse.

—Acompáñeme, por favor.

El hombre ataviado con la túnica de los dominicos y la esclavina, me condujo por una puerta estrecha que llevaba, a través de unas escaleras, a un piso superior. Mis tacones rebotaban en el enlosado de piedra. Abrió una puerta de madera de apariencia austera.

—Entre y siéntese. Fray Antonio vendrá enseguida.

Estaba nerviosa. Jugueteaba con mis manos, encogida por la humedad a pesar de que el calor de Agosto sacudía con fuerza incluso por la noche. La puerta se abrió. Fray Antonio venía con el pelo algo enmarañado. Se sentó en la silla tapizada frente a la mesa de madera.

—Bien, Silvana. ¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar a mañana? —me miró con expresión de asqueo.

—Padre, no he podido hacer nada. Definitivamente la ha anulado y ha cortado la relación. —dije afectada.

—¡Maldita sea, Silvana! Lo tenías ya atado. —dijo apretando el ceño

con los dedos. —¿No hay forma de que cambie de idea? —preguntó algo más calmado.

—No, padre. He intentado todo lo que estaba en mis manos. Durante este mes he suplicado, me he arrastrado, he sucumbido a cualquier petición, pero no había forma de hacerle recapacitar.

Dio una palmada en la superficie de la mesa que me sobresaltó.

—¿Sigue estando con ella? —preguntó.

—Eso es lo extraño, padre. He preguntado a sus mejores amigos y todos han coincidido en lo mismo. No tiene ninguna relación con Minerva, más que la estrictamente laboral pero no se han visto desde su reencuentro en Atenas.

—Eso ya lo sé, Silvana, los tengo vigilados, me refiero a mensajes…yo que sé…algo que se nos pueda escapar.

—No, padre. He mirado su móvil las veces que nos hemos reencontrado para hablar y nada, ningún mensaje, ninguna llamada.

Fray Antonio se mordía la falange de su dedo índice mientras miraba la pared, totalmente absorto.

—Ya no me eres útil en estos momentos, Silvana. Has desperdiciado la mejor oportunidad que teníamos para mantenerlo alejado de ella.

Abrí los ojos, indignada por las palabras del Maestre.

—¿Cómo puede tratarme así después de todo lo que he sacrificado? —increpé.

—¡No se trata de ti y tu vida, Silvana! Se trata de esto. —me señaló el crucifijo que colgaba sobre su cabeza.

—Padre, llevo desde que tenía quince años deseando consagrarme a dios. Me hice novicia para tener una vida dedicada en cuerpo y alma a nuestro Señor, ese era mi sueño, no este. —me señalé la ropa cara que llevaba puesta.

—Silvana, cuando te saqué de la congregación era por un bien mayor. Eras la única que podías poner freno a un encuentro entre ellos. Dios te hizo extremadamente hermosa y estoy seguro que en su sabiduría infinita sería con el propósito de hacer de tu don una herramienta para su obra y misterio.

—Padre, yo me siento como una vulgar prostituta. —lloré amargamente. —Era virgen, padre. Yo creí en sus palabras y en que el Señor me llamaba para ayudarle, pera ahora no sé si eso para lo que usted me reclutó fue un designio de nuestro Padre o un delirio de su

mente.

—¡Hermana! ¡Modere sus palabras!

Bajé la cabeza con las mejillas llenas de lágrimas que no podía contener.

—Si he sido relegada de mi cometido, quisiera volver con mi congregación, ese es mi lugar. —dije en un hilo de voz.

Fray Antonio suspiró.

—Entiendo que no seas capaz de comprender la importancia de lo que llevamos a cabo. No todo el mundo puede ser el soldado negro que garantice los cimientos de nuestra fe.

—¿De nuestra fe o de la iglesia, Padre? —dije con rabia.

—¿Y acaso no es lo mismo, hermana? Una se sustenta sobre la otra, si la Iglesia cae, la fe se perdería en el tiempo hasta desaparecer. —Se levantó del asiento con las manos entrelazadas. —La iglesia que conocemos se nutrió del poder, sin él hubiera sido imposible articularnos por el mundo, ganando fieles a nuestro Señor, calando en las almas de los hombres. Fue el poder quién llevó su palabra a las tierras conquistadas y fue el poder quien nos hizo religión cuando aún éramos considerados secta y nuestros mártires morían bajo el yugo de los paganos.

—Padre, el hombre creerá, seguirá creyendo si encuentra consuelo en sus palabras y ejemplo en su obra.

—Es muy inocente. El hombre ha cambiado y con él aquello que rige y modera; la sociedad, la política, el pensamiento y la religión. Hemos perdido fuerza, hermana, y dedicaré mi vida, tal y como hicieron mis predecesores, a limpiar este mundo de la acción del demonio que habita en las almas de los que se resistieron a nuestro Cristo Jesús. —dirigió su mirada donde me encontraba cabizbaja. —Irá al Monasterio de las Hermanas Camaldulenses de San Antonio Abad. Allí permanecerá en clausura.

—Gracias fray Antonio. —esbocé en un hilo de voz, casi imperceptible.

—Ore por el éxito de la empresa que usted ha sido incapaz de llevar a cabo y expíe sus pecados con plegarias y silencio absoluto. Que el Señor le acompañe.

Fray Antonio me santiguó y ordenó mi marcha.

Al día siguiente, me despojé de mi ropa que doné a la caridad y me

dirigí al Monasterio, apesadumbrada por estos años de sacrificio personal que debía redimir con oración y penitencia. Habían pasado cuatro años desde que fray Antonio había llegado al Convento de Villa Rosa para hablar conmigo. Apeló al poder de su causa y a mi compromiso con Dios para hablarme de una obra por la que había sido escogida de entre las demás.

Quizás había pecado de soberbia, ahora lo sé, pero renuncié a mis votos sólo para poder cumplir con aquello que el Maestre había designado para mí. Me hicieron perder la virginidad para que todo fuera más creíble. Me causaba un infinito dolor recordar los llantos que supuso regalar lo que había preservado con esfuerzo y fe.

Hice todo cuanto me pidieron, transformé mi cuerpo, me crearon una nueva familia y me introdujeron en los ambientes en los que Maximiliano se movía. Era un hombre encantador, muy atractivo y divertido. No puedo decir que la situación me resultara repulsiva porque lejos de eso, disfruté de muchísimos momentos a su lado que llevaré siempre en mi recuerdo y es posible, siendo sincera conmigo misma, que en otras gozara de su compañía y sus caricias. Creo que en muchas ocasiones llegué a amarle, incluso pensé que si me unía en matrimonio gozaría de una vida de felicidad a su lado. Pero él no me correspondía, era evidente para cualquiera, olía a Minerva cada gesto y cada mirada que profería. Ese amor no era el que se forja lentamente sino el que nace de las esquinas más profundas del alma y que carecen de explicación.

No podía hacer nada ni luchar contra ello. Sabía muy poco de cuál era el destino final de mi propósito, todo con fray Antonio era parco y medido, sólo debía tener fe y de eso me sobraba. Había suplicado, insultado e incluso me había arrastrado ante Maximiliano para que volviera a aceptarme, pero no se puede atravesar una montaña rascando con una pluma.

Sólo quedaba arrepentirme y expiar mis pecados, que fueron muchos aunque justificados por una noble causa, o al menos eso espero.

Fray Antonio no era un buen cristiano, de eso no tenía la menor duda. Empañaba la buena obra de la orden dominicana y la de todos los que sacrificaban cada día su vida para ayudar a los demás, lo vi en mi Convento y en las demás congregaciones, en los misioneros y en los buenos hombres. Pero no estaba solo, otros le ayudaban en su empresa. Tenía contactos valiosos a los que llamaba en la intimidad para dar parte de mis avances. No sabía sus nombres, ni sus caras pero trabajaban en la sombra.

Fray Antonio me castigaba y cargaba sobre mí su ira condenando el

resto de mi vida pero antes de permanecer en un silencio obligado debía una explicación al hombre al que engañé. Si debía dejar de hablar, antes me desprendería de esta losa de mentiras que no me dejaban respirar.

Ahora ya nada me importaba, poco me quedaba para reencontrarme con aquel a quien amé desde que era apenas una niña. ¡Ojalá Él me perdone!

Capítulo XVII

Había pasado un mes desde nuestro viaje a Atenas, un mes en el que lo había visto una única vez. En cuanto apareció por la oficina con varios miembros de la *Superintendenza*, salí a la calle para perderme paseando por la ribera del Tíber. No podía soportar el dolor que me causaba. Una única mirada bastó para romperme en pedazos.

Había quedado con Vasilis en más de una ocasión. Intentaba agasajarme con regalos e impresionarme con lujos que no le servían de nada. En cuanto me veía absorta en mis pensamientos me intentaba consolar hablándome de los hombres que actuaban como Max, que no merecía una más de mis lágrimas y que él haría lo posible hasta que acabara siendo un lejano recuerdo. Un día, en un restaurante en la azotea de un hotel, puso un sobre en la mesa extendiéndolo hasta donde me encontraba.

—Ábrelo, Minerva y despierta de una vez.

El contenido era unas fotografías de Max cenando con una mujer. Sonreían. Empecé a llorar desconsoladamente, no hacía falta simular nada, las lágrimas eran ciertas no porque dudara de él sino porque no era yo quien ocupaba el otro lado de la mesa.

Nadie había sospechado. El plan que habíamos ideado en aquel apartamento de Atenas había surtido el efecto que presuponía y la gente dio por hecho que simplemente me había roto en pedazos como a las demás. Flo, abatida porque no estábamos juntos, me insistía obstinadamente que lo intentara de nuevo. Yo lo negaba una y otra vez.

Totalmente transformada desde mi viaje, me centré en el estudio del libro y en intentar averiguar algo más sobre Apia, la extraña sacerdotisa de Ceres, no obstante no existía demasiada información aunque sabía que al final lograría encajar las piezas de un puzle singular y caótico. Sentada en el desván y contemplando el baúl con las letras “ME”, me di cuenta que eran las iniciales de “Misterios Eleusinos”. Sabía que el contenido de las cestas estaba relacionado con la sabiduría ancestral del culto a Deméter-Ceres, pero aunque poseía el libro no sabía cómo encajar todas las piezas ni el papel que jugaba yo en medio de todo.

No podía explicar a nadie los cambios que sufría aunque algunos eran perceptibles para los que me conocían. El temor había desaparecido y tomaba decisiones con una total sensación de control, casi sin pensar, pero quizás el mayor de todos ellos fue a la llegada a la villa tras el viaje. Salí al jardín de noche buscando un resquicio de aire fresco. Muchas de las plantas y las enredaderas que cubrían los muros estaban marchitas por el efecto del calor y los días sin riego. Instintivamente fui hacia ellas para arrancar las hojas pero en cuanto acerqué las yemas de mis dedos los tonos ocres y castaños iban recuperando el intenso verde de la primavera. Podía notar como el calor emergía de mí para concentrarse en mis manos, las flores nacían sin control desplegándose por las enredaderas que seguían ocupando los espacios libres de la pared. Debí dejar de acariciarlas para frenar su crecimiento.

Sabía que ese don se había activado de alguna forma en el Santuario de Eleusis durante mi desmayo y que la mujer que posó su mano sobre mi cabeza me había proporcionado un poder que apenas era capaz de adivinar. No quería apresurarme a sacar conclusiones precipitadas así que intenté llevar mi vida con cierta tranquilidad.

Aproveché para colocar la foto de mis padres y la de mi madre portándome en brazos, en un marco sobre la estantería. Como bien dijo Max la primera vez que vino a mi casa, las imágenes que expones hablan de ti y tras la melancolía del resto que formaban parte de un pasado anodino, éstas se veían felices y renovadas a pesar de su antigüedad. Eran de hecho más parte de mi futuro que de mi pasado.

A finales de Agosto llegó un mensajero a mi casa.

—Buenos días, pregunto por la Sra. Penelope Pappas.

Tuve que contener la risa. Era evidente que aquel sobre venía de Max, lo que era increíble era cómo recordaba el nombre que le dije antes de subir a su coche.

Me metí en casa y abrí el paquete. Había un teléfono móvil de prepago. Miré el remitente y me sorprendió ver una dirección que desconocía. Sobre la caja precintada había recortado una flecha roja en la que ponía *“Ya no puedo más 3552”*

Me temblaban las manos pero lo conecté al cargador. En cuanto lo encendí se actualizaron los avisos de la mensajería. Me senté cómodamente en el sofá y empecé a responder los del único contacto que aparecía.

—Sra. Pappas, pensaba que ya no respondería y me estaba impacientando.

—Ha escogido usted un nombre muy peculiar para dirigirse a mí.

—Te echo de menos, no sabes cuánto…esto es una tortura, Minerva.

—Para mí también, en cuanto te vi el otro día tuve que marcharme para no hacer una locura.

—He hecho todo lo que me has dicho pero no sé cuánto podré aguantar, esto me está matando.

—Debemos esperar, por el momento ha funcionado.

—¿Has vuelto a tener visiones?

—Sí, las tengo muy a menudo. Pero creo que ahora me pasa algo más.

—¿A qué te refieres?

—Creo que desde que volvimos de Eleusis algo se ha despertado. En fin, déjalo, cambiando de tema, ¿cómo estás?

—Bueno, no está siendo fácil este mes. Silvana necesitaba explicaciones y se las di, anulé todo lo que habíamos contratado para que ella quedara liberada de cualquier responsabilidad, estaba calmada, algo que me sorprendió. Mi madre ha empeorado y está ingresada en el Gemelli, así que me paso el día del trabajo al hospital y del hospital al trabajo.

—Maldita sea, Max. ¡Quiero ir a verla!

—Tranquila, cualquier cambio que haya lo sabrás. Por cierto, me han dicho que el #griegopesadoconmuchapasta ha estado insistiéndote. Es que no lo aguanto…

—Jajaja…sí pero a mí no me sacan fotos cenando con una rubia despampanante.

—Veo que aunque no decimos nada nos enteramos de todo. Curioso, ¿no crees? Voy a encontrar la manera de verte, Minerva, estoy pensando en cómo hacerlo sin que nadie se entere pero lo haré, no te quepa duda. Debo dejarte unas horas porque entro en el ascensor del hospital y me quedaré sin cobertura, pero ten el teléfono a mano.

—Dale un beso de mi parte.

—Lo haré. La amo, Sra. Pappas

—Lo amo, Sr. Taxista.

Salí de casa para ir a comprar. Había llegado al final de la calle con la intención de cruzar el Viale Giotto, estaba poco transitado por las vacaciones estivales aun así esperé en el paso de peatones. En cuanto

di tres pasos escuché un coche acelerando por Largo Carlo Lazzerini. Fue imposible esquivarlo, sentí una mano que tiraba de mi brazo con intención de evitar el atropello pero no fue lo suficientemente rápida como para rehuirlo del todo. El impacto a esa velocidad hizo que me desplazara unos metros, golpeándome la cabeza sobre el asfalto que percibía intensamente caliente. Escuchaba el acelerón del coche que se alejaba en la carretera. Antes de perder el conocimiento, vi el rostro de una mujer joven cubierta por una capucha negra que estaba arrodillada a mi lado, tocaba mi cuerpo muy alterada.

—No, no, mi señora…no… —repetía.

Alcé la mano y acaricié su rostro. La mujer lloraba profundamente afectada.

—Gemelli, que me lleven al Gemelli. —le susurré antes de perder el conocimiento.

Lo único que sé es que desperté en una cama, dolorida especialmente en la cadera izquierda. Intenté incorporarme rápidamente pero un pinchazo en la cabeza me lo impidió.

—¡Oh, madre mía! —exclamé.

Flo estaba sentada en la silla, pálida y ojerosa.

—¡Minerva! No te levantes aun, quédate tal y como estás y descansa. —hizo un silencio mientras se colocaba a un lado de la cama —No vuelvas jamás a hacerme esto, ¿me oyes? ¡Nunca!

—¿Dónde estoy?

—En el Gemelli.

—¡Mi colgante!¡Y el bolso! —exclamé tocando mi cuello.

—Tranquila, Minerva. Está todo aquí. —abrió el estrecho armario blanco y sacó mis pertenencias. —La mujer que te atendió se lo dio a los de la ambulancia.

Reposé mi cabeza sobre la almohada. No podía quitarme de la cabeza a la joven de ojos claros y capucha negra que había cuidado de mí. Estaba convencida que la había visto alguna vez y que posiblemente fuera una de las que se ocultaban en las sombras. Seguía viéndolas cuando salía de casa, cuando iba hacia la oficina o cuando simplemente merodeaba por la ciudad, a diferencia de las primeras ocasiones no me intimidaban ni causaban temor y ahora que una de ellas había salvado mi vida, con menos motivo.

Habían pasado varias horas y Floriana seguía sentada en la silla.

—Flo, vete a casa. Estoy bien, no tienes de qué preocuparte.

—Ni de broma. Me voy a quedar contigo esta noche, el médico ha dicho que estás en observación.

—El médico ha dicho que estoy bien, contusiones solamente y en el TAC no ha salido nada, sólo estoy dolorida. Me quedo por el golpe en la cabeza pero si no fuera por eso me hubiera mandado a casa. Vete y cuida de tus niños. Yo mañana te llamo, ¿de acuerdo?

—Me voy pero no me hace gracia, que lo sepas.

—Adiós, mi niña, te quiero y gracias por venir siempre a rescatarme.

—Me voy porque sé que no estarás sola, si no fuera por eso no me iba. Adiós preciosa. Ya hablaremos de cómo vamos a solucionar el tema de tu protección y de la denuncia.

Floriana me lanzó un beso desde el pasillo que daba a la puerta. Todo se quedó en silencio. Me levanté y apoyé la pierna en suelo, poco a poco fui caminando hasta ir desentumeciendo mis músculos. Iba de un lado a otro repitiendo la escena en mi cabeza, sabía que no había sido fortuito que la intención era acabar conmigo.

La puerta se abrió lentamente. Era Max, con la cara blanquecina y barba de un par de días.

—¡Oh, Minerva!

Vino a mí abrazándome y cubriéndome de besos. Poco me importaba el dolor punzante de la cabeza. Aquel cuerpo sanaba mis heridas y aliviaba cada golpe.

—¿Cómo está tu madre? —susurré mientras le apartaba de mis labios.

—Estable pero creo que ya no va a salir de este hospital. —se le humedecieron los ojos. —Pero antes de nada, ya puedes estirarte en la cama y explicarme qué ha pasado. Sé algo por Floriana que me llamó en cuanto la llamaron los Carabinieri pero dime todo lo que viste, todo Minerva, quiero cada puñetero detalle.

Le expliqué todo respondiendo a cada una de sus preguntas.

—¡Joder, Minerva! ¡Esto se acabó! Tu plan no ha funcionado de nada, de hecho ha sido todo lo contrario, al estar separados ha sido imposible que te protegiera. No voy a permitir que sigas estando sola en tu casa ni voy a seguir haciendo como que no me importas, ¿me oyes? Me da igual lo que digas en este momento. Estoy harto de toda esta mierda, no sé qué narices pasa pero vas a estar conmigo.

—¡Para, Max, espera! Entiendo lo que me dices pero no vas a poder

protegerme veinticuatro horas al día. No puedes. Vamos a calmarnos.

—¡Y una mierda, vamos a calmarnos!

Cogí su cara y la acerqué a la mía, besándole profundamente.

—Pensaremos algo, ¿de acuerdo? ¿En qué planta está tu madre?

—En la cuarta. En la habitación 405. Esta noche se queda Betta con ella.

—Deberías ir a casa y descansar un poco.

—No, me voy a quedar aquí.

—¡Max, basta! Estoy en un hospital, ¡tranquilo! Además me han dado calmantes y me encuentro bien. Mañana vuelves y hablamos de qué hacer a partir de ahora.

Max me miraba atormentado.

—Cuando me he enterado casi me muero, Minerva. —susurró con las manos en la boca. —No sabes cómo se me ha estremecido el cuerpo. He bajado a urgencias y me he puesto como un loco buscándote y pidiendo información. Floriana ha venido rápidamente y me ha encontrado discutiendo con las enfermeras porque quería entrar al box.

—Eh, ya ha pasado todo, estoy aquí. —le abracé con toda la fuerza trayendo su cara a mi pecho.

—No podía imaginarme la vida sin ti. —susurró

Le obligué casi a empujones a que se fuera. Sabía que mi cuerpo se estaba regenerando muy rápidamente porque apenas sentía dolor y desde luego, de lo que estaba segura, es que no era por el efecto de los antiinflamatorios ni los calmantes. Percibía un calor que se concentraba en las dos áreas contusionadas y como poco a poco se iba desvaneciendo. En cuanto vino de nuevo el médico le dije que subiría a la planta cuarta a visitar a una persona. Al principio me miró con cara de incredulidad pero en cuanto comprobó mi descenso de la cama de un salto y cómo los moratones iban amarilleando, accedió, aunque sólo por un tiempo limitado.

Me puse el medallón y cogí la fotografía que llevaba en el bolso. Hacía tiempo que quería dársela a Max para que se la regalara a su madre pero con todo lo que había pasado no había sido posible.

Giré el pasillo de la cuarta planta. Me había colocado el vestido que se había rasgado en un lateral por el accidente pero prefería eso que la bata de hospital. Piqué suavemente la puerta y entré. Estaba en una

leve penumbra, con el silencio que presagia la enfermedad y la muerte temprana. Las máquinas iban trabajando por ella. Las manos estaban muy amarillas, tanto que contrastaban con las sábanas blancas de la cama. Respiraba con dificultad. Di la vuelta a la cama y me senté en la butaca que tenía a su lado, acaricié su pelo canoso dulcemente, enternecida por esa expresión de aceptación de un destino que llegaba a su fin. Suspiró con fuerza y abrió los ojos. Sonrió con la mirada colmada de asombro.

—Minerva…—dijo en un hilo de voz —¿estás aquí de verdad?

Asentí.

—Sí, Sra. Cesarini. He venido a verla y a traerle un regalo. —dije con ternura.

—Me queda poco, hija, como mucho unos días pero he tenido una vida larga y placentera. —me cogió de la mano —Max te necesitará, Minerva, y tú deberás estar a su lado. No sabes lo feliz que me hace saber que está contigo, es vuestro destino.

Saqué la foto y la coloqué entre sus dedos amarillos. Las lágrimas cubrieron sus mejillas.

—He encontrado esta foto en el desván. —sonreí.

—¿Ya has averiguado entonces de dónde vienes?

Asentí. La mujer se fijó en mi medallón y lo acarició casi sin fuerzas.

—Lo llevaba tu madre. Dentro había una foto tuya.

Lo abrí para que viera la imagen de mis padres.

—Eran muy guapos, verdad, ¿Sra. Cesarini?

Me miró con expresión de serenidad.

—Has cambiado desde la última vez que te vi. Mucho…Explícame qué ha pasado estos días. Todo, Minerva, no te dejes nada.

Relaté el viaje a Atenas. Era la única persona a la que le había explicado con detalle las visiones y mi encuentro con su hijo. La mujer a cada palabra que pronunciaba, a cada sentimiento que le revelaba se mostraba más y más feliz.

—Minerva, dime ¿qué has notado tras la revelación?

—Puedo controlar el crecimiento de las plantas, regenerarlas. También creo que puedo sanarme rápidamente.

Besó mi mano con ternura, a pesar de que casi no disponía de fuerzas.

—Ya no pueden frenarte, Minerva. Ya has abrazado tu destino. ¿Ves la gente que aparece en la imagen? Han esperado este momento desde que fueron instruidos. Algún día lo entenderás pero tal y como te dije es un viaje en soledad, que tú debes descubrir. Piensa un poco. Las visiones tienen que ver con Deméter ¿no es cierto? —asentí. —Bien, y en Roma existía una diosa equivalente, ¿verdad?

—Ceres. —dije.

—Ahí es donde debes buscar, Minerva. Busca a Ceres en Roma y hallarás algunas de las respuestas a tus preguntas. —la mujer estaba fatigada.

De repente, una imagen de mi mano sujetando la suya vino a mi mente como una visión.

—Sra. Cesarini, ¿confía en mí? —dije.

—Confiaría mi vida en ti.

Me levanté de la silla y la aparté. Agarré su mano y la entrelacé a las mías. Respiré profundamente concentrándome en un punto de fuerza que parecía venir de la boca de mi estómago. Un intenso calor iba desplazándose por todo mi cuerpo, percibía como mis cabellos iban moviéndose lentamente. Abrí los ojos para contemplar a la anciana mirándome totalmente emocionada. Todo mi cuerpo resplandecía, un aura tan blanca como el fulgor de miles de estrellas rodeaba mi contorno mientras escuchaba un leve zumbido. Acerqué los labios a los suyos inhalando su aliento para después exhalar el mío.

"Regenera, mi diosa, la brizna de vida que se halla en ella, que renazca renovada y dispuesta en tu misterio. Bríndale la luz que mana de tu cuerpo y la semilla que germina de tus entrañas"

Poco a poco fue bajando la intensidad de la energía hasta que mi cuerpo volvió a su estado normal. El ruido metálico se iba desvaneciendo mientras aparecía una enorme pesadez en mis extremidades. Me senté en la silla lentamente, todavía atónita por cuanto había hecho casi de forma inconsciente a pesar de que recordaba cada sensación y palabra que salía de mis labios.

La mujer se miraba las palmas de las manos, atónita. Sonreía con los ojos inundados en lágrimas. No tardó en agarrar las mías para besarlas con devoción.

—¡Oh, mi señora! ¡Por todos los dioses! —la mujer lloraba sin descanso.

—Aun no será su hora. Ahora debo irme, estoy muy cansada. —casi

no podía articular las palabras, necesitaba dormir.

—¡Mi señora! —exclamó mientras me giraba. —he consagrado toda mi vida a la hermandad sólo con la esperanza de ver este momento. Creía que Ellos no me lo permitirían. —dijo con el dedo señalando el cielo —¡Que el mundo se prepare para los nuevos tiempos que están por venir! ¡Que los dioses la protejan!

Cerré la puerta y caminé hacia el ascensor. Llegué a mi habitación exhausta cogiéndome de la barandilla para alcanzar la cama. Caí en un profundo sueño casi en segundos.

A la mañana siguiente me desperté hambrienta, en cuanto llegó el desayuno lo engullí como si hiciera años que no hubiera probado bocado. No tenía dolor y el cansancio había desaparecido, por un momento dudé de que lo que había ocurrido la noche anterior fuera real. Hasta que llegó Max.

Apareció por la puerta con la cara desencajada. Se sentó casi con dificultad en la silla, contemplándome con lágrimas en los ojos. Yo no sabía qué hacer ni decir, por un momento pensé que igual me temía, que lo que había hecho lo alejaría de mí. ¿Quién va a poder amar a quien le intimida?

Max se puso las manos sobre la boca.

—No sé cómo lo has hecho, no lo sé… —dijo estupefacto. —Esta mañana me ha llamado Betta diciendo que mi madre estaba sentada en la cama, sonriendo. He venido corriendo, no me lo podía creer. Pero estaba el médico, Minerva, auscultándola, atónito. Se ha estabilizado. Aún le están haciendo pruebas porque no dan crédito. Ni él ni nadie. Sólo ha logrado decirme que tú le habías curado como si fuera un milagro.

Me levanté de la cama, intentando coger aire sin una respuesta que darle porque yo tampoco las tenía para las miles de preguntas que me arrollaban por dentro, no sabía por qué tenía ese don pero lo tenía, no sabía por qué era yo su custodia pero lo era, ¿qué podía hacer?

—Si tienes miedo de mí puedes irte. —estaba sobrepasada por todo lo que me estaba ocurriendo. —No puedo retenerte, Max.

Max vino rápidamente y me cubrió con los brazos mientras besaba mi cabello.

—Estás de broma, Minerva. —me giró para que pudiera contemplar sus ojos aún absortos. —Escúchame bien. No sé por qué razón tienes esta capacidad, ni entiendo nada de lo que está ocurriendo. Has dado más vida a mi madre, aún no sé cómo. Quiero saber cómo ayudarte,

quiero estar a tu lado para acompañarte en esta transformación. Sé que hay algo en ti que no puedes controlar…yo, yo… —balbuceaba —Yo no sé si eres una santa o estás tocada por un dios, es que no lo sé... —alcé la mano y cubrí sus labios.

—Esto no viene de dios, Max. Es más antiguo que el tiempo.

—¿A qué te refieres? —dijo intrigado.

—Si hay algo que sí sé y de lo que soy plenamente consciente es que el poder que va creciendo en mí es tan orgánico como la naturaleza en sí misma. Todo cuanto me rodea está impregnado de sensaciones que soy capaz de reconocer pero hay una energía vital que encierra cada ser vivo que ahora puedo manipular. Cada persona posee un destello único, diferente de cualquier otro y que atesora una información valiosa de cuanto ha acontecido en su vida, del tiempo pasado, de lo aprendido a lo largo del tiempo. No se trata de un Dios o de la Iglesia o de un milagro, se trata de poder ver, simplemente eso, detenerse a mirar más allá de cuánto perciben tus ojos. El despertar de la conciencia, Max.

Se sentó, profundamente sobrepasado.

—¿Qué quieres hacer? Yo estaré a tu lado.

—¿Te ha enseñado tu madre la foto? —negó con la cabeza extrañado mientras me apoyaba en la cama con los brazos cruzados.

—Todo el mundo parece conocer más cosas que tú y yo. Mi camino debo hallarlo por mí misma pero sé que es necesario que tú estés a mi lado y aún no sé por qué.

Max frunció el ceño y fijó sus ojos en los míos.

—Quiero saber absolutamente todo lo que tú sabes, cada detalle, Minerva. No sé cuál es el propósito de toda esta locura pero si hay una sola cosa que sí sé, es que voy a protegerte con mi vida si es necesario.

Me abalancé a sus brazos, envuelta en lágrimas. No estaba asustada ni tan siquiera me cuestionaba lo que me pasaba, lo único que sentía es ese inmenso amor que hace doler hasta lo más recóndito del alma. Le besé apasionadamente.

—Te llevaré a mi casa, debo enseñarte algo.

Capítulo XVIII

Floriana había acompañado a Minerva a su casa. A mi madre le habían dado el alta, todavía sin una explicación médica para su caso. El médico se rascaba la coronilla insistentemente sin poder articular palabra. Según él había cosas a las que los médicos no podían dar respuesta, pocos casos se habían encontrado pero los había. Mi madre sonreía divertida mientras contemplaba la retahíla de explicaciones médicas que parecían justificaciones más que certezas.

Llevé a Betta y a mi madre a su villa y recogí la correspondencia y varias mudas para trasladarme con Minerva. Se acabó el fingir una situación que no era real, se acabó simular una vida que hacía mucho que nos había transformado para siempre. Quería estar a su lado, era como una droga a la que no puedes ni quieres desengancharte y por la que sabes que vas a morir. No me importaba.

Llegué a su casa. Ambas estaban en el jardín sonriendo y hablando. En cuanto Floriana me vio aparecer, se levantó y recogió su bolso.

—Yo aquí sobro. En fin, me voy con mis fieras que me están volviendo loca. —vino hacia mí susurrándome- —Lemos la ha estado llamando durante días y le he ido dando largas. Está obsesionado con ella. Deberíais decirle que estáis juntos para que se vaya a Atenas de una vez y que se entretenga viendo llegar los barcos al puerto del Pireo. ¡Qué pesado¡

Abracé a Floriana y le propiné un beso en la mejilla.

—Gracias por cuidar de ella siempre. Eres la mejor de las amigas.

—Soy mucho más que su amiga. Cuídala, Max —dijo con preocupación —Temo por ella y por toda esa gente rara que la sigue.

Asentí mientras cerraba la puerta de entrada. Contemplé la figura de Minerva con esa amplia sonrisa que me nublaba la razón. No veía nada más, no quería ver nada más. Fui hacia ella y la despojé de su ropa. Olía cada centímetro de su piel impregnándome de un aroma que me erizaba el cuerpo. La cogí en brazos y la llevé a su cuarto. Intentaba retener cada instante a su lado, acariciar cada contorno. La poseí con intensidad, con una fuerza comedida pero pasional. En cuanto me estiraba rozando su cuerpo volvía a desearla, incapaz de saciarme de ella.

Cada poco tiempo miraba por la ventana. Esa misma tarde había colocado un montón de cámaras rodeando su villa y conectadas a mi móvil por si detectaban algo mientras estábamos dentro. Ella parecía ajena a esas cuestiones, como si no le importaran lo más mínimo.

—Es hora de que conozcas mi secreto. Ven. —me dijo mientras estiraba mi mano.

Minerva cogió una escalera y abrió la trampilla de lo que creía que era un simple altillo. Vi asomar una cabeza divertida con los cabellos hacia abajo.

—Sube. —me guiñó un ojo.

Fui ascendiendo lentamente. Era un precioso desván decorado con muebles antiguos de maderas oscuras. No sabía hacia dónde mirar. Era extraño, al final de la sala había un galán con un vestido precioso en color blanco, al principio interpreté que era un traje de novia antiguo.

—¿Qué narices es esto? —dije.

—Mi hogar, Max. El lugar donde se origina todo.

Intentaba abarcar toda la información que podía echando un simple vistazo pero mi curiosidad me inducía a abrir el arcón que había junto a Minerva. Me arrodillé.

—¿Qué hay aquí dentro? Déjamelo ver.

Minerva me miraba extrañada.

—Vaya, ahora lo entiendo. —dijo.

—El qué —pregunté mientras una hilera de dientes iluminaba su cara.

—Has cambiado la expresión en cuanto has visto el arcón, Max. Creo que lo que hay en su interior no ha sido nunca mío.

Minerva deslizó unas piezas móviles de un candado. Abrió el baúl mientras un escalofrío me recorría el cuerpo. Abalancé mis manos en su interior y cogí un libro. Tenía serigrafiadas tres letras “AAR” sobre una tapa rojiza. Contemplé mis manos abriendo el libro, pero no eran las mías, veía como bajo el libro habían unas losas de mármol de colores y mis brazos acababan en una especie de túnica ancha y blanca. Aparté el libro atónito. Seguí rebuscando en el arcón. Saqué unas cestas de mimbre redondeadas con una tapa sobre ellas, al abrirlas aparecieron unas figurillas doradas en formas diversas, serpientes, unos extraños huevos, piñas…Cogí una de ellas y la acaricié. De nuevo la visión me trasladaba a un lugar en penumbra,

levemente iluminado por antorchas. Era capaz de escuchar mi propia voz pronunciando palabras que no era capaz de reconocer, con una entonación que me recordaba a los mantras pronunciados por monjes. Me senté en el suelo con la espalda apoyada en el arcón. Me llevé las manos al rostro intentando comprender lo que me estaba pasando.

—Has tenido visiones, ¿verdad? —dijo Minerva que me contemplaba con una sonrisa en los labios. Asentí.

—¡Qué equivocada estaba, Max! El contenido no me pertenece a mí sino a ti. Yo no he tenido visiones con ninguno de los elementos que hay en su interior. Este libro me lo he leído decenas de veces pero ahora entiendo que no está escrito para mí sino para que lo interpretes tú.

Minerva fue relatándome paso a paso y con detalle todo lo que había pasado entre esas cuatro paredes. Me enseñó la caja que se ocultaba bajo las lamas del suelo y la extraña llave de tres cabezas que su madre le había dejado.

—Un momento, espera. —intentaba asimilar todo lo que explicaba — ¿Fue mi madre quien te avisó de que buscaras aquí para encontrar respuestas? Eso no es posible, Minerva. Mi madre no reconocía apenas, tenía sólo ciertos resquicios de lucidez pero que duraban poco tiempo, minutos, como el día que fui a su casa o el día que la llevé a la oficina y se fue contigo, si recuerdas puse una cara rarísima porque era muy extraño que reconociera a Enzo y que quisiera buscar un espacio de intimidad con alguien que no conocía.

—Max, ni una sola vez de las que he visto a tu madre, me ha parecido que tuviera problemas en sus recuerdos, sino todo lo contrario.

—Minerva, mi madre no ha pronunciado una sola palabra desde ayer. Sólo sonreía al médico pero se ha pasado el camino sin decir nada.

—Conmigo es capaz de mantener conversaciones fluidas, muy detalladas.

—Pero ¿por qué contigo sí? —pregunté.

Minerva sacó el móvil y puso una foto en la pantalla.

—A tu madre le di el original de esta imagen pero antes le hice una foto. ¿Los reconoces?

—Son mis padres y este soy yo agarrado a sus piernas. —sonreí con ternura —aún le echo de menos.

Minerva deslizó su dedo, hacia la pareja con un bebé que había junto a mi madre.

—Estos son mis padres y la niña soy yo, Max.

La miré atónito, volví a ampliar la imagen para intentar centrarme en los detalles.

—¿Quién es toda esta gente?

—Aún no lo sé, Max. Son todas estas cosas las que no logro unir. Qué tienen que ver tus padres y los míos o por qué tú y yo estamos destinados a estar juntos es lo que no consigo descifrar.

Estaba totalmente decidido a averiguar y atar los cabos sueltos. Era consciente al igual que ella que el destino había cruzado nuestros caminos, no de forma caprichosa sino con un fin último que iba más allá de nuestra comprensión.

—Qué fue lo último que te dijo mi madre, Minerva.

—Me hizo un paralelismo con Deméter y Ceres y me dijo que buscara en Roma. Sé que las letras ME del candado corresponden a los misterios eleusinos y que la Diosa es la que va guiando mis pasos a través de visiones y sueños.

—Los misterios eleusinos acabaron con el emperador Teodosio, pero muchos siglos antes se habían extendido por todo el imperio romano, de hecho muchos emperadores se habían iniciado en ellos. A los cristianos les costó mucho acabar con los reductos de paganismo que aún quedaba, de hecho pasaron siglos antes de poder diluirlos con sus propios ritos. Pero no sabemos prácticamente nada de su celebración, ni de qué usaban ni de cuáles eran sus plegarias ni cómo era el procedimiento exacto. —hice un paréntesis para poder condensar mis ideas y dar algo de luz. —Hay muchos estudios sobre qué tomaban los iniciados para poder entrar en un estado de semiinconsciencia que les llevaba a tener visiones, algunos lo relacionan con un hongo que se hallaba en los cereales. Pero es todo muy opaco, Minerva.

—Max, hay un nexo de unión entre Apia Annia, los Misterios y lo que está pasando. Tiraremos del hilo para averiguarlo partiendo de ella.

Asentí todavía alterado por las visiones. Acaricié la piña dorada que tenía entre mis manos.

—Todo esto es una locura. Es como estar metido en un sueño en el que cuando piensas que has descubierto algo se abren más incógnitas y más complejas.

Minerva me cogió la cara entre sus manos.

—De todo cuanto ha pasado en mi vida, sólo hay una cosa por la que vale la pena vivirla, Max, y ese eres tú. No me importa dónde me lleve

todo esto si es para estar a tu lado.

Amaba a esa mujer más que a mí mismo, la abracé y besé apretando mis ojos con fuerza, intentando atrapar el sabor de su lengua y perdiéndome en cada contacto de su cuerpo. Cuantas más veces la poseía más se acrecentaba mi dependencia a ella.

Al día siguiente, tras el desayuno, aproveché para abrir la correspondencia que había llegado a mi casa.

—Ah, no…me encanta que vengas a vivir a mi casa pero las facturas puedes dejarlas en el buzón de la tuya- —Minerva sonreía encantadoramente mientras sorbía un café.

—Mi amor, todo viene en el pack, Maximiliano Cesarini y sus facturas, son como hijas para mí. Deberás aceptarlas como si fueran tuyas porque es la única manera que funcione nuestra relación. —reíamos los dos. Era inmensamente feliz a su lado.

Cogí un sobre americano que tenía mi nombre escrito pero sin dirección. Al principio pensé que era propaganda de alguna empresa pero en cuanto la abrí pude ver la letra de Silvana. Minerva besó mi cabeza mientras se alejaba hacia la cocina.

“Mi estimado Maximiliano, mi estimado Max,

Te preguntarás porqué te escribo esta carta teniendo en cuenta que podría enviarte cualquier mensaje a tu móvil o un simple audio para explicarte lo que llevo años intentando ocultar, pero he preferido hacerlo de una forma tradicional quizás porque son tantas las cosas que quiero decirte, que quiero releerla una y otra vez hasta vomitar todo sin dejar nada oscuro en mi alma.

¡Hay tantas cosas que no sabes! No puedes imaginar lo sucia que me siento, ni siquiera sé por dónde empezar…

Hace años y antes de conocerte, yo era novicia en el Convento de Villa Rosa, era la mujer más feliz del mundo, Max. Me había pasado toda la vida deseando consagrar mi vida a Dios, desde que en el colegio religioso las veía ayudar como misioneras o dando de comer a los pobres que los domingos se agolpaban en las puertas de la iglesia. Una tarde vino fray Antonio al convento por orden de nuestro párroco y me llevó a un despacho del edificio. Sola y sin tener más apoyo que el de mi propia fe, me encomendó un trabajo que requería del mayor de mis sacrificios, Durante horas, fray Antonio, se dedicó a relatarme que una facción de su orden, muy reducida y ajena a cualquier conocimiento del resto de sus hermanos, se había pasado siglos garantizando la fe en nuestra iglesia y la perpetuación de las normas que nos rigen. Una tarea que emulaba a los soldados del señor que durante tiempos pasados habían salvaguardado la

creencia en nuestro Dios. Una y otra vez me repetía que estos últimos años serían los decisivos de toda la historia de la cristiandad y que el demonio había venido a nublar el juicio de los buenos hombres. Estaba abrumada y asustada por cuanto me explicaba, Max. Alguien como yo totalmente entregada a la causa hubiera hecho cualquier cosa por mi señor y él lo sabía. Fray Antonio me explicó en qué consistía mi cometido, debía alejarte de cualquier mujer pero especialmente de aquella por la que mostraras debilidad. Decía que sería fácil saberlo pues el Maligno tiende a tentar a los hombres cuando estos pierden la mirada volviéndose vulnerables e inseguros ante sus encantos. Alquilaron un piso e idearon una familia para mí, ninguno de los miembros que conociste en la casa eran de mi sangre, todos pertenecían de alguna manera a los mismos propósitos que fray Antonio al igual que yo. Como ningún hombre me había tocado, se apresuraron a hacer que me desvirgaran. Yo acepté, Max, acepté porque pensaba que había virtud en mis actos y que mi señor compensaría mi sacrificio.

Durante los años que estuve a tu lado fui muy feliz, me trataste con tanto respeto y cariño que nunca podré compensártelo suficiente. Por las noches pensaba en aquello que te estaba haciendo y cuanto más tiempo pasaba a tu lado más me daba cuenta que ese propósito por el que creía que luchaba no era más que un engaño. Pero llegó Minerva, apareciendo en la sala de aquel despacho y entonces lo vi tan claro, tiraste tu cuerpo hacia delante y tus ojos brillaban de forma diferente tal y como el maestre me había dicho. Lo supe, Maximiliano, lo supe.

Cada día enviaba al fraile un detalle de todo lo que había pasado o si había novedades. En cuanto expliqué la llegada de Minerva, fray Antonio enloqueció de ira, una vez incluso llegó a sacudir mis brazos amenazándome de que el Señor me castigaría si no te separaba de ella. Pero, qué podía hacer yo cuando el amor se clava en el alma, nada más que intentar en vano apartarte. Todo se calmó cuando aceptaste casarte conmigo, por primera vez fray Antonio se mostraba esperanzado. Pero no duró demasiado y como yo misma presagiaba no tardaste en abrazar el amor que te une a ella.

Perdona todos los insultos, todas mis palabras llenas de una ira que no era más que un inmenso terror ante lo que podía pasarme, ante un fracaso que no sabía dónde me conduciría.

Fray Antonio me apartó de mi Congregación y ahora me aísla en el convento donde deberé guardar silencio, es por eso que he decidido explicarte todo antes de que mis labios queden sellados y no puedas contactar conmigo. Desconozco quienes son los miembros de esa extraña orden dentro del seno de los dominicanos más que aquellos con los que me relacioné como familia pero sé que hay más, Maximiliano, No sé quién es

Minerva ni porqué la desprecian y temen tanto, no soy capaz de entenderlo pero sé que no pararán hasta acabar con ella de una forma u otra. La seguían y la tenían controlada, día y noche. Me da miedo pues sé que son capaces de cualquier cosa y no me perdonaría si supiera que os pasa algo por mi silencio, especialmente a ti.

Espero que seas feliz y goces de todo el amor que mereces, yo por mi parte asumiré las consecuencias de mis engaños y espero que Él se apiade de mí.

Por siempre, Silvana.

No podía esbozar una sola palabra, era tal la rabia que albergaba que si me ponía en pie sabía que saldría por esa puerta para acabar con fray Antonio hasta dejarlo sin vida y que con ello condenaría no sólo la mía sino que dejaba desprotegida a Minerva.

Minerva me miraba escudriñando cada gesto ausente de mi rostro.

—¿Qué ocurre ahora? —dijo percatándose de que algo no iba bien.

Extendí el brazo con la carta en mi mano para que pudiera leerla, no quería secretos que condicionaban nuestra vida ni ahora ni nunca. Se mantuvo callada, leyéndola atentamente. No se adivinaba ningún gesto. Acabó y me la entregó mientras se levantaba de la silla para desde mi espalda abrazarme con fuerza.

—Todo era una puta mentira, Minerva. Fray Antonio, menudo hijo de…

—Max, espera. Silvana no ha sido más que una víctima. No quiero pensar todo lo que ha debido sufrir durante estos años. Confío que pueda hallar la paz.

—¿Me hablas de Silvana y no de fray Antonio? —dije incrédulo ante su reacción.

—¿Recuerdas la vez que coincidimos en el restaurante? —asentí —ahí ya supe que no era de fiar, me repelió como el agua al aceite. Sabía que ocultaba algo, lo que no sabía era que tenía esa devoción por mí.

—¿Cómo puedes bromear sabiendo que este loco, este tarado con hábito quiere acabar contigo? Voy a llevar esta carta a los carabinieri y voy a hacer que lo detengan.

—Max, en esa carta no hay nada que lo haga culpable. ¿Qué les vas a decir? ¿Que Fray Antonio, maestre de su orden, me tiene manía por una extraña razón que se remonta a siglos atrás? Lo primero que van a decir es que Silvana es una mujer despechada y encima cargarán sobre

ella más presión. Lo que le faltaba a la pobre.

—¿La pobre? Odio la religión, Minerva, odio ese control sobre los hombres y esa facilidad con la que se creen con el derecho de usarla en su beneficio, estoy harto de que…—Minerva cogió mi mano y se sentó a mi lado.

—La religión jamás ha sido el mal del mundo, Max. La religión ha dado esperanza cuando todo parece perdido, ha sido el brazo donde agarrarse cuando no te queda nada y también el motor que ha inspirado a las almas a ayudar a los demás sin esperar recompensa. No es la fe en uno u otro dios lo que condena a los hombres, es el uso de esa fe para controlarlos. Nada tiene que ver con profetas, santos y mártires sino con aquellos que aun creyendo que hacen las cosas por un bien mayor es únicamente para aplacar sus ansias de poder o por una intransigencia alimentada por una mente marchita y oscura, enquistada en dar por buenos, errores que no pueden cuestionarse jamás. Fray Antonio es un alma perdida, no sabemos de dónde procede ni la vida que ha tenido, es posible que su religión sea lo único que le mantiene cuerdo y quiera preservarla a cualquier precio. Él lucha por proteger en lo que cree y tú estás dispuesto a luchar por mí, ¿cuál es la diferencia?¿la verdad, quizás?¿y cuál es esa verdad, Max?

—Quieres saber la verdad, Minerva. Yo te la daré. Tú eres esa verdad. He visto con mis ojos cómo has sanado a mi madre cuando le quedaban días de vida, he visto como regenerabas tus heridas en horas y aún no sé qué eres capaz de hacer, nadie lo sabe posiblemente ni tú misma. ¿Qué te diferencia de otros que han sido conocidos por las mismas cosas? ¿Por qué debería creer en otros si veo en ti el milagro de la vida? —dije con lágrimas en los ojos, emocionado.

—Porque la fe no está en una persona, Max. ¿Qué pasaría si tú mañana desarrollaras un poder parecido? Lo estás centrando en mí cuando la pregunta es, para qué. Es algo que escapa de la mortalidad, del tiempo o de cualquier forma de medir. No busques racionalidad donde no la hay, sólo deja que la vida fluya y olvida qué mueve a los demás. —sus ojos castaños brillaban con una luz que no era capaz de entender. Besé sus manos.

—Debo averiguar dónde empezar a buscar. —dije.

—No, tú y yo nos vamos ahora mismo a Perugia. Haz una maleta con unas cuantas mudas. —dijo guiñándome un ojo.

Realmente, después de aquel mes y medio de cambios y con todo lo que había pasado me parecía una idea perfecta. Me dejé llevar inducido por ella, sin cuestionarle nada, pendía de sus manos como si

mi vida ya no me perteneciera.

Llegamos a un precioso hotel con encanto en medio de un extenso viñedo bañado por el sol. No había más de siete u ocho habitaciones con unas terrazas extensas donde gozar de una privacidad total y con unas vistas increíbles de toda la llanura. Dejamos las maletas y abracé a Minerva por la espalda mientras contemplábamos el paisaje.

—Podríamos vivir aquí para siempre. Yo teniendo wifi ya me apaño. —dije.

—¿Y dejar todas nuestras amadas piedras en el foro sin tu supervisión? No….no me lo creo, mientes. —respondió con ironía.

La giré para besarla intensamente, dejé las ventanas abiertas para que el aire sacudiera las cortinas mientras lamía su cuerpo sobre la cama. Acariciarla con las yemas de los dedos mientras notaba como la piel se erizaba, proporcionaba un inmenso placer en mí. La amé lentamente, quería que aquel momento permaneciera en nuestro recuerdo. Minerva subió sobre mi cuerpo, dejándome apreciar cada contorno, cada estremecimiento, cada músculo contraído por el placer.

Por la noche, el restaurante del hotel ofrecía una de esas experiencias gastronómicas con degustación de vinos. Contemplé a mi mujer colocándose los aros dorados y recogiéndose su pelo en un moño bajo que dejaba dos mechones sobre su cara. Llevaba un mono de color cereza sujeto a su cuello. No podía parar de mirarla.

—Vas a hacerme transparente de tanto mirar —sonreía mientras ajustaba uno de sus pendientes.

—Tengo toda la vida para contemplarte y no pienso perderme ni un solo instante —dije sentado en la butaca.

Fue una velada única. El dueño del pequeño hotel y de las bodegas que la rodeaban nos explicaba la historia de su villa, encajada en una zona alta y heredada de sus abuelos. Minerva estaba feliz, sonreía relajada deleitándome con las pequeñas arrugas que bordeaban sus ojos. Vincenzo a duras penas podía sostener su mirada en mí, inconscientemente le explicaba a Minerva que en pocos días se inauguraba la temporada de vendimia y que ésta no sería de las mejores cosechas. El cambio climático y las plagas resistentes por el intenso calor estaban haciendo mella en los cultivos. El hotel estaba regentado por toda la familia, incluidos los hermanos y sus propios hijos. Al finalizar la cena, iluminados por las guirnaldas de luces cálidas, nos cantaron canciones de la zona, algunas a coro, mientras Minerva los contemplaba totalmente emocionada.

—Caminemos, Max. —Minerva cogió mi mano y me condujo por la bajada que daba entrada a la finca.

Fuimos paseando por el camino de tierra, rodeados por álamos que se mecían por el viento. El ruido del hotel iba quedando lejano casi imperceptible. Todo estaba oscuro, a lado y lado del camino, las cepas se enredaban dejando caer algunos racimos.

—Como sigamos caminando en la penumbra, vamos a estamparnos contra un árbol. —dije.

Minerva sonreía.

—Qué exagerado eres, tienes la luz de la luna, es más que suficiente.

La agarré para besarla con fuerza, deslizando mi mano por su espalda desnuda. Tocó mi rostro con sus yemas.

—Te amo, Minerva. Te amo con toda mi alma y para siempre.

Ella, emocionada por mis palabras, me agarró de la cara para perderse en mis labios. Continuamos caminando por el sendero abrazados.

—Voy a regalarles algo. —dijo mientras se despojaba de sus zapatos.

Minerva se adentró descalza por los viñedos. Sorteó los alambres y se quedó a escasos metros de mí. Me regaló una sonrisa cómplice que no olvidaré jamás. Levantó las palmas hacia arriba mientras un viento nacido de la nada empezó a soplar agitando sus mechones. Las manos empezaron a iluminarse con un destello amarillento, cerró sus ojos y acarició levemente una de las hojas. El aire fue llevándose la fuerza de su poder, extendiéndola por toda la zona de cultivo. Aunque el resto de los viñedos estaban en la oscuridad apreciaba por el resplandor de sus manos, como las cepas que quedaban a su alcance se cubrían de racimos que pendían con fuerza tensionando las ramas.

Estaba atónito, incrédulo y maravillado por cuanto contemplaba. Me arrodillé en el camino con la emoción contenida. El resplandor se fue haciendo pequeño hasta desaparecer definitivamente, el aire había amainado. Como si lo que hubiera hecho careciera de valor, volvió por donde había venido sacudiéndose los pies antes de volver a enfundarse sus zapatos.

Minerva apreció algo que la mantuvo alerta. Giró su cabeza y vio a un joven en medio del camino de unos quince años, boquiabierto y paralizado por la situación. La vi sonreír dulcemente, levantó su mano y puso uno de los dedos sobre sus labios para que el muchacho guardara silencio. El joven desapareció corriendo por el lado opuesto al hotel.

—Yo, yo…espera que me estoy mareando. —dije agarrándome las rodillas. —¿Desde cuándo puedes hacer eso?

—Desde que volví de Atenas. Jamás he tenido el jardín mejor cuidado. —carcajeó divertida.

—¿Cómo puedes bromear ahora, Minerva? —dije contrariado.

Ella me miraba enternecida.

—Max, tranquilo.

—Te ha visto, el crío te ha visto.

—Lo sé, no pasa nada. —dijo sonriendo.

—¡Oh, Minerva! —dije con las manos en la cintura mientras venía hacia mí.

—Cálmate y volvamos a la habitación. Cuando hago esto estoy muy muy cansada.

Recorrimos el camino de vuelta lentamente y en silencio, poco a poco era consciente de que la mujer que tenía a mi lado era un ser divino, tocado por algo o alguien que había visto en ella una luz diferente a cualquier otra. Tenía un don para los demás y una maldición para ella.

La desnudé y la metí en la cama.

—Duerme, mi diosa, descansa.

Iba cerrando poco a poco sus párpados.

—Max…

—Sí, dime.

—Piensa en lo que nos vamos a ahorrar en jardineros. —Minerva sonrió divertida y se quedó inmediatamente dormida. La besé en la frente.

No podía dormir, era imposible conciliar el sueño después de haber visto todo. Al día siguiente durante el desayuno, Vincenzo trajo un racimo enorme que colocó sobre la mesa. El hombre miraba atónito a Minerva, como si contemplara una aparición.

—No sé cómo lo ha hecho. —susurró. —Dios le ha dado un don, es una santa. —el hombre besó su mano.

—Dígame Vincenzo, ¿a quién adoraban sus abuelos para las cosechas?

—San Isidro, mi señora.

—¿Y los abuelos de sus abuelos?

—Lo mismo, supongo. —contestaba el hombre algo aturdido.

—¿Y los abuelos de los abuelos de sus abuelos?

—No entiendo. Perdóneme. —le temblaban las manos.

Minerva cogió la mano de ese hombre y rozó los callos con la yema de sus dedos.

—Vincenzo, mucho antes de San Isidro, otros dioses protegieron las cosechas y fueron sus antepasados quienes les rindieron culto manteniéndolos vivos a través de sus ritos. —hizo un silencio —Mi poder no proviene de Dios, sino de la Diosa que proveyó de grano a sus ancestros. Agradézcaselo a ella no a mí.

El hombre se arrodilló junto a la mesa, besando la mano de Minerva. Sollozaba incrédulo.

—Señora, ¿cómo puedo pagárselo?

—Nada debes pagar, nada.

Abandonamos el hotel con toda la familia esperando en la puerta de recepción. Minerva abrazó cariñosamente a cada miembro proporcionando tranquilidad a sus almas aún incrédulas. En cuanto llegó al joven que la había delatado, Minerva le propinó un beso en la mejilla y acarició su rostro.

—Lo siento, no pude quedarme callado. —dijo balbuceando con un hilo de voz el muchacho.

—Quizás así es como debe ser. —respondió Minerva.

Conduje en silencio. Durante los siguientes días vivimos nuestra vida con normalidad, sin más sobresaltos recorriendo los pueblos de la zona. Únicamente ella y yo, entregados a amarnos a cada instante, devorando el tiempo y haciéndonos dueño de él.

—Te amo, Max, no lo olvides jamás. Me has dado los mejores años de mi vida.

Volvimos a casa. Había dejado el coche frente a la verja de la entrada. Minerva cogió las maletas y las metió en el salón. Cerré el capó del coche y miré las cámaras, todas estaban enfocando arriba. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, subí los peldaños rápidamente notando mi corazón totalmente acelerado.

—¡Minerva, Minerva! —no oía nada.

Giré el pasillo. La vi de pie en la habitación con un cuchillo rodeando su garganta, recordé el sueño entre campos de trigo, aquel en el que

me levantaba cubierto por el sudor que provoca el pánico. Me acerqué lentamente. Junto a ella el brazo de Lemos le agarraba la cabeza hacia atrás. El armador sollozaba mientras olisqueaba su piel.

—¡No te acerques más, Maximiliano!

—Vasilis, aparta ese cuchillo, te lo suplico. No quieres hacerle daño, tú jamás le harías daño a Minerva. Bájalo.

—Te equivocas amigo. Te ha hecho perder el juicio como a mí. Es un demonio, Max, el Maligno con forma de mujer.

—Vasilis, Minerva no es nada de lo que dices. Cálmate, por favor, hablemos.

—No des un paso más. —dijo con los ojos fuera de sí. —Es una bruja, traída para nublar nuestros sentidos. Fray Antonio ha sido un inepto, pero yo voy a acabar lo que él no ha podido hacer, Maximiliano. Voy a liberarte a ti y a todos de su poder maldito, de sus artes oscuras. Me lo agradecerás, ya lo verás. —Estaba fuera de sí, totalmente loco.

—Minerva no es nada de lo que dices, Vasilis. Te lo ruego no cometas un error del que te vas a arrepentir. Deja el cuchillo y hablemos tú y yo, ¿de acuerdo?

Negaba con la cabeza.

—Llevamos siglos tras su sangre. Mi familia y ahora yo hemos invertido toda nuestra vida en encontrarla, en seguirla y ahora que por fin la tengo entre mis manos no voy a dejarla huir. Sólo debías hacer una puta cosa, Max, una sola…no tocarla, no enamorarte de ella. Tendrías que haberte casado con Silvana y se hubiera frenado todo. Ahora que te has acostado con ella sólo puedo acabar con su vida. Yo debía ocupar tu lugar y así garantizar que no despertara jamás. ¡Era sencillo, Max y tú lo jodiste todo! —Olisqueaba su pelo y la besaba mientras ella intentaba apartar la cara. —Es hija del diablo y él la hace hermosa y dulce para cegarnos. Pero ya no vas a torturarnos más, a las brujas o se las quema o se las degolla…

El tiempo se paró para mí, únicamente sentía mis latidos. Salí corriendo para atraparlo pero sabía que no llegaría a tiempo. Escuché un disparo desde el ventanal de la habitación que desplazó la cabeza del armador haciendo caer a Minerva por el impacto. Durante unos instantes pensé que la habían alcanzado pero sólo estaba manchada por la sangre salpicada del hombre que yacía muerto junto a la cama.

La aparté y la obligué a agacharse, acurrucándola entre mis brazos. Repté por la habitación y miré a través de las cortinas, pero no pude ver a nadie. Cogí el móvil y llamé a emergencias. En apenas unos

minutos la calle se llenó de coches de los Carabinieri y ambulancias. Sentados los dos en el comedor, relatamos lo que había pasado. El policía iba tecleando en su ordenador con el porte serio mientras el equipo de criminalística iba haciendo su trabajo. Habían sacado el cuerpo de Vasilis cubierto por una lona negra. Minerva se mantenía reservada, en ocasiones se miraba las manos que aún llevaban sus salpicaduras.

—¿Tienen dónde alojarse? —dijo el inspector.

—Sí, podemos ir a mi casa. —respondí.

—¿No tienen ni idea de quién disparó desde la calle? —negué con la cabeza. —Desde luego puntería tenía. —dijo sarcásticamente.

Un policía apartó al inspector a un lado del comedor, para mostrarle algo en su móvil. El hombre iba desplazando las pantallas mientras el inspector agrandaba las imágenes. Regresó con el ceño fruncido mientras se sentaba en una de las sillas junto a la mesa de madera.

—Nuestro amigo griego tenía una extraña fijación con usted Sra. Mancini. Se había alojado en un ático de la zona alta y había empapelado las paredes con fotos suyas sacadas en cualquier momento del día. La tenía vigilada y es posible que el accidente de hace unos días fuera también por orden suya. Eso es lo que intentaremos averiguar. Les voy a ahorrar los detalles porque no creo que sean necesarios.

—Les daré mi dirección. —dije.

—Les pondremos seguridad pero creo que ya pueden descansar tranquilos. Quien haya disparado o es amigo suyo o un ángel caído del cielo, Sra. Mancini.

Tranquilos, decía...Nada más lejos de la realidad. Vasilis no era el único que iba tras ella y si no hubiera sido por ese extraño que disparó desde la calle, hubiera rajado su cuello delante mío. Me sentí como una mierda. Si no era capaz de protegerla de qué le servía. Como si hubiera leído mis pensamientos, Minerva me cogió de la mano.

—No era mi momento, Max y esto no es culpa tuya. Podría haberle frenado yo misma si hubiera querido.

—¿Cómo dices?

—Podría haberle quemado el brazo sólo con concentrar mi energía en él.

—¿Y por qué no lo hiciste? —pregunté incrédulo.

—Porque te hubieras abalanzado sobre Vasilis sin pensar y ahí te hubieras puesto en peligro tú. Sabía que no me pasaría nada. Sólo con pensar que podía perderte, prefería morir si era necesario, pero mi destino y el tuyo es permanecer aquí aun —dijo con lágrimas en los ojos.

La llevé a mi casa. Al día siguiente las noticias cubrieron la muerte de Vasilis, sin dar más información sobre nosotros o los motivos oscuros que le convirtieron en un fanático.

Capítulo XIX

Max se volcaba en mis cuidados. Creía que estaba conmocionada con la situación vivida con Vasilis pero la realidad era que yo no temía perder la vida sino que por mi culpa, él perdiera la suya. Se reincorporó al trabajo y contrató una empresa de reformas para que dejaran mi casa en el mismo estado que antes del encuentro con el armador. También había solicitado los servicios de un guardia de seguridad privado que se mantenía apostado en el jardín de su casa. Él estaba más tranquilo y yo no puse ningún impedimento.

Durante la siguiente semana, fui investigando sobre los Misterios Eleusinos, sus orígenes, consultando fuentes clásicas, intentando averiguar qué pasó tras la prohibición del emperador Teodosio pero la información era parca, seccionada y poco fiable. Un mediodía, Max llegó visiblemente emocionado.

—Siéntate, no vas a creerte lo que he averiguado. —dijo nervioso.

Dejó el maletín sobre la mesa. Iba con un traje gris y una camisa blanca que hacía destacar un favorecedor bronceado. No podía apartar la mirada de él mientras dejaba la americana sobre el respaldo de la silla.

—Entorpeces mi concentración. —dije divertida.

Me miró con una media sonrisa, de esas que derriten el corazón de quien te ama.

—Sra. Mancini, debería ser una alumna más aplicada. Concéntrese.

Abrió el portátil. En la pantalla había una carpeta con las iniciales AAR que inmediatamente clicó para mostrarme su contenido. Pude ver que había varias imágenes que abrió en el programa gráfico.

—¿Qué es? —pregunté curiosa mientras Max sonreía emocionado como un niño.

—Esta es una imagen aérea de un tramo de la Via Appia antica. Toda esta zona correspondería al Triopio de Herodes Ático, es decir cuando Apia Annia Regila murió, su casa aunque la heredó uno de sus hijos varones, éste aún era menor de edad, así que la gestionó el padre poniéndole al conjunto el nombre que recibía el monte cercano al

lugar donde se ubicaba el templo de Deméter en Cnido, es decir Triopio. Es curioso cuanto menos que llames a todos los terrenos de tu mujer de la misma forma que un lugar sagrado en Turquía. —asentí intentando procesar la información. —Bien, sigamos, espera que abro la siguiente imagen, ¿este edificio sabes cuál es?

—Me resulta muy familiar —respondí mientras un escalofrío me recorría la espalda.

—Este es el Cenotafio de Apia Annia Regila. Construido por Herodes en los terrenos de su finca, al principio se creyó que era el lugar donde descansaban sus restos, pero Apia murió en Grecia, así que hay bastante consenso en que ella está enterrada en algún lugar de Atenas que aún se desconoce.

—Explícame que es este edificio rectangular por favor. —Max me miraba enternecido por mi curiosidad.

—Es por tanto como un lugar de culto a ella pero sin restos por eso no podemos llamarle mausoleo. Dispone de unas hornacinas para albergar a otros fallecidos. Originariamente eran dos pisos, el de arriba era como un espacio de culto y oración y el de abajo sin ventanas el de reposo de los difuntos. Ahora no hay la diferenciación de los dos pisos porque se derrumbó la primera planta quedando como un espacio diáfano. Se conserva tan bien porque con los siglos se convirtió en un granero y está totalmente adaptado para visitarse.

Era un edificio en bloque de ladrillo en dos colores, rojizos y ocres con pilastras en el exterior. Me parecía sobrio pero elegante. Todo a su alrededor estaba rodeado de pinos y accesos verdes que ofrecían una sensación de tranquilidad y sosiego.

—Es bonito. —dije —Seguro que a ella le hubiera gustado.

—Herodes fue seguramente quien la mató, así que por más reconocimientos, estelas, inscripciones y ninfeos que le construyera no creo que ella le perdonara.

—Ella estaba por encima de eso, Max. Seguro. —respondí.

—Ahora viene lo mejor. Abrió Google Maps. Este es el Cenotafio, ¿de acuerdo? —asentí viendo como desplazaba el cursor hacia la derecha —Seguimos en la finca de los Annios ahora rehabilitada por Herodes. ¿Ves esto de aquí?

—La Iglesia de San Urbano alla Caffarella. —dije.

Max sonrió con una hilera de dientes blancos.

—Pero antes fue otra cosa. La Iglesia se había construido

aprovechando los restos romanos de un templo que se atribuyó erróneamente al dios Baco, pero no…

—Vas a matarme, dilo ya… —exclamé impaciente.

—Estás viendo el Templo de Ceres y Faustina.

—¡Cuéntame todo lo que sepas!

—Págame con un beso —dijo encantadoramente.

Lo colmé de abrazos y besos intermitentes.

—Vale, por el momento acepto estas minucias pero me lo voy a cobrar todo con creces. Sigo, es muy curioso porque este templo estuvo en manos de la propia ciudad en el 2002 pero fue entregado, ¡oh qué casualidad!, a la Diócesis de Roma unos años más tarde. Si te fijas es un edificio muy compacto, piensa que todo es original menos esos contrafuertes laterales y el tapiado con ladrillo entre las columnas que sirvió para cerrar el acceso al antiguo templo. Al sellarlo ganaron algo parecido a un cuarto de entrada. En el s.XI fueron añadidas las pinturas cristianas que aún son visibles y el cardenal Francesco Barberini en el s.XVII, volvió a restaurar el exterior incorporando los contrafuertes de los que te he hablado antes. Toda la zona que te estoy indicando pertenecía a las propiedades de la familia de Annia Regila, si mi madre tiene razón es aquí donde debemos empezar a buscar.

—Creo que ya estamos tardando. —dije impaciente.

Max había solicitado un permiso para ir aquella misma tarde, no le agradaba demasiado la idea de visitarlo cuando empezaba a oscurecer pero a mí me pareció la mejor de las opciones. Antes le hice pasar por mi casa, necesitaba recuperar la llave de tres cabezas que mi madre me había regalado. Aún eran visibles los plásticos de los obreros que llevaban a cabo las obras pero preferí no mirar ni entretenerme con nada. La cogí y me metí en el coche en silencio.

Le pedí a Max que fuera por la Via Appia Antica, me encantaba contemplar la carretera estrecha y averiguar qué yacimiento se hallaba a cada lado de la calzada oculto entre árboles y setos. Aquel pulmón verde adosado a Roma era posiblemente el yacimiento de yacimientos, no sólo por su importancia como vía sino porque estaba salpicado de joyas arqueológicas a cada metro que recorrías. Cuánto más me acercaba al Valle della Caffarella, más extraña me sentía, era como un imán que me atraía sin remedio. Detuvo el coche en el Green Garden, era un espacio de biodiversidad que conectaba con el Vicolo Sant Urbano, para entonces comenzaba un camino de tierra.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado.

—Sí, sólo atenta. —respondí.

Caminamos el sendero, era un lugar especial donde los árboles te abrazaban a cada lado. Debimos dar un rodeo para encontrar la verja por la que se accedía al antiguo Templo de Ceres. Un hombre de unos sesenta años la abrió en cuanto Max se identificó. Yo sólo podía centrar mi vista en aquel edificio rodeado de hierba verde, con cuatro columnas corintias que se alzaban sencillas pero majestuosas bajo un pórtico de ladrillo. Escuchaba el crujir del parterre por el impacto de mis zapatos. Entramos. Max se mantenía en completo silencio respetando ese momento que significaba tanto para mí, los ojos se alzaron inconscientemente a los casetones del techo. En el centro un relieve dejaba entrever la imagen de dos mujeres, una la esposa del emperador, la otra Apia Annia Regilla. Bajo el techo y rodeando todo el perímetro se adivinaban escudos, armas y lóricas romanas que sin duda recordaban los orígenes de los Annios y su impronta en el imperio.

Convertido en iglesia, el lugar estaba rodeado de pinturas con escenas religiosas y mártires que aunque maltrechas por el tiempo seguían preservando su colorido. En el fondo de la pequeña estancia resaltaba el altar religioso con un gran crucifijo de hierro. Nada de eso me interesaba, pero sí el pequeño cilindro de piedra rodeado con el símbolo de la serpiente, icono del trasiego de las almas, e inscripciones en griego. Lo acaricié. Sólo rozarlo con los dedos, la serpiente se iluminó con decenas de escamas doradas que parecían ondularse. Cerré los ojos y las visiones volvieron a mí. Un hombre oficiaba una ceremonia sobre ese mismo altar, las espigas de los cereales se amontonaban sobre la superficie mientras otros iniciados en los misterios portaban ramas entre sus manos, todo se mantenía en una penumbra únicamente rota por los destellos de las antorchas. Desperté de mi ensoñación pero seguía viendo, como si fueran espectros mezclados con la realidad, la procesión que seguían desde la puerta del Templo. Podía percibir la incredulidad de Max al verme abstraída, pero salí tras ellos siguiendo sus pasos. Aceleré la velocidad para no perderlos. En línea y siguiendo el camino de las antorchas descendían en dirección a la zona que ahora era el Palacio de Majencio. Max venía tras de mí, me agarró del brazo en cuanto llegué a la altura de la carretera.

—Necesito ir al otro lado —le susurré.

—Ven conmigo, deberemos saltar el muro que da acceso a la puerta de entrada al yacimiento.

Con dificultad, Max me ayudó a sortear la pared de ladrillo. En cuanto descendí, seguí la hilera de los destellos iluminados que se

encaminaban hacia el Mausoleo de Rómulo, ahí se desvanecieron como llevados por el viento.

—Es ahí donde debemos ir, Max.

Me miraba extrañado.

—¿Al Mausoleo de Rómulo? Ese edificio fue construido siglos después de la muerte de Apia Annia.

—Esta zona seguía siendo la propiedad de Apia, ¿verdad?

—Sí, de hecho Majencio se quedó parte de los terrenos de Herodes para construir su palacio, el circo y el mausoleo.

—Pero antes, Herodes había construido un criptopórtico, he podido verlo. Es posible que el Mausoleo se construyera sobre un edificio previo o sobre una zona que quedaba oculta.

—Tú mandas, Minerva. Yo iré reventando puertas si es necesario.

Pero no lo fue, en cuanto bordeamos el edificio circular de ladrillo y llegamos a la puerta, ésta se abrió sola. Había oscurecido completamente y Max encendió la linterna de su móvil. El Mausoleo tenía una estructura en el centro que soportaba el techo. En él se apreciaban unas hornacinas donde reposarían los sarcófagos de la familia imperial durante la época de Majencio a pesar de que Constantino acabó antes con su reinado. El resto de la estancia disponía de otras hendiduras iguales, unos cuantos orificios al exterior apenas ofrecían ventilación.

—Aquí no parece que haya nada, Minerva.

—No te fíes de tus ojos. —respondí.

Saqué la extraña llave del bolsillo de mi chaqueta y la posé sobre la palma de la mano. Al instante las tres caras se iluminaron creando un destello parecido a una llama. Un intenso viento circulaba alrededor de la estancia agitando con fuerza nuestros cuerpos. Me elevé unos centímetros con la cabeza mirando hacia el techo, fuera de cualquier control. Las enredaderas empezaron a cubrir las paredes surgiendo de la tierra con una fuerza imparable mientras el suelo se desvanecía dejándonos entrever, como en una visión, las escaleras que conducían a una sala subterránea. Lo que percibían nuestros ojos y la realidad se solapaban una con la otra. Hombres y mujeres ataviados con túnicas claras, sacudían sus pequeñas ramas y oraban a la Diosa por la que darían la vida. Frente a ellos, una pequeña gruta se adentraba excavada en la roca, ésta se iluminó de la misma forma que durante mi visión en el Santuario de Eleusis. Noté como un calor que me ardía

por dentro se dispersaba por cada rincón de mi cuerpo, Ceres había completado mi transformación Las plegarias que aquellos seguidores de su culto entonaban era la petición de proteger el linaje que ella había iniciado hacía siglos y que por fin acababa. La verdad de mi destino me fue revelada y acaté, solícita y dispuesta, todo lo que quedaba por venir.

Caí al suelo de losas de piedra mientras todo volvía a su sitio, escuchaba los alaridos de Max pronunciando mi nombre entre lágrimas. Abrí los ojos y acaricié su rostro.

—Max, ya sé cuál es mi destino. Ahora ya lo sé. —sonreí. —¿Has visto la gruta bajo nuestros pies?

—Sí, lo he visto todo. —dijo entre lágrimas —Te llevaré en brazos fuera para que cojas aire.

Los brazos de Max estaban calientes por mi contacto, la energía que había proyectado era tan lesiva que enrojecía su piel aunque él parecía obviarlo. Me agarré a su cuello mientras salíamos por la puerta del Mausoleo, en total penumbra.

—¿Pero qué …? No os acerquéis un metro más. —dijo Max.

Capítulo XX

Llevaba a Minerva sobre mis brazos, acurrucada en mi pecho. Apenas podía soportar el calor que manaba de su contacto. Jamás olvidaría lo que había contemplado dentro de esas paredes, la visión de toda esa gente deambulando bajo mis pies como si estuviera sobre una superficie transparente mientras Minerva levitaba con los brazos extendidos, era algo que se quedaría grabado en mi retina hasta el último día de mi vida.

Al salir del Mausoleo y a pesar de la penumbra, pude apreciar el contorno de varias siluetas iluminadas por unas cuantas linternas. Descendí a Minerva y la coloqué tras de mí.

—No os acerquéis a ella. —dije convencido de que si veía cualquier intento de dañarla no iba a quedarme quieto.

Una de las figuras fue acercándose a mí lentamente.

—Por favor, no temáis, jamás os haríamos daño.

Esa voz…Mi cabeza iba intentando buscar algo que me evocara a una conversación con esa mujer. Era muy conocida para mí, familiar…No podía creérmelo.

—¿Betta? —pregunté atónito.

La mujer se acercó hasta que pude reconocer sus rasgos.

—No te acerques. Ni la toques. ¿Cómo he sido tan estúpido? Tú fuiste recomendada por fray Antonio. Cómo pudiste…

No dejó que acabara la frase.

—Te estás equivocando, Maximiliano. Es todo lo contrario. ¿Mi señora está bien? —preguntó alterada. —Necesita descansar de inmediato. Cuando tiene las visiones se queda débil y es más vulnerable. Debéis acompañarnos al Templo.

—No vamos a ir a ninguna parte. —respondí.

Minerva posó la mano sobre mi hombro relajando cada músculo y aliviando de inmediato las quemaduras de mi piel.

—Vayamos con ellos, únicamente así obtendremos las respuestas que

necesitamos.

Eran unas diez personas pero únicamente había visto a Betta, del resto sólo apreciaba el sonido de sus sandalias sobre la hierba. Abrieron las puertas y regresamos por el sendero que conducía a Sant Urbano. Nos mantuvimos atrás, yo desconfiaba de todo y todos.

—Relájate. No van a hacernos nada, confía en mí. —dijo Minerva.

El hombre que nos había abierto el acceso hacía unas horas estaba apostado en la puerta con una linterna antigua asida a su mano. En cuanto vio a Minerva se postró en el suelo como si viera una aparición, ahora ya consciente de que ella sabía quiénes eran. Se acercó a él y abrió su mano haciendo brotar una rosa aterciopelada entre sus dedos. El hombre abrumado la agarró entre las suyas, totalmente rendido a la vida que ella albergaba.

Entramos de nuevo en el edificio. La penumbra se hizo claridad con el resplandor de los focos amarillentos. Me quedé petrificado en la puerta junto a Minerva. Al igual que yo, abrió su boca incrédula, al contemplar a Floriana junto a Betta, envuelta en lágrimas y sin osar ni tan solo mirarla.

Minerva desapareció de mi lado para fundirse en un abrazo con ella. Flo apenas podía respirar de la emoción producto de la liberación de los secretos mantenidos durante todo este tiempo. Ahora sabía que efectivamente, ésta se hallaba entre sus custodios, entre sus fieles. Uno de ellos era un joven al que reconocí enseguida, había estado vigilando su casa el día que fui a verla, el mismo que perseguí entre las callejuelas.

Minerva reconoció al instante a una joven de ojos claros. Le susurró unas palabras mientras acariciaba su rostro. La muchacha emocionada por su contacto, se secaba las lágrimas que se deslizaban sobre las mejillas.

Betta, ¿cómo podía ser?, Betta…

Todos ellos fueron sacando unas sillas que colocaron en semicírculo. Minerva y yo nos sentamos en el saliente de hormigón de la pared. Trajeron fruta, pan y agua para que de alguna forma nos recompusiéramos. Minerva abrió su mano vacía e hizo que de ella brotara una rama repleta de flores blancas y rosáceas que crecían rápidamente, poco a poco se desarrollaron unas manzanas rojas que se deslizaban por sus dedos hasta caer al suelo. Permanecimos atónitos contemplando como rodaban por las losas de piedra. Floriana cogió una, la observaba con detenimiento mientras Minerva permanecía callada con una sonrisa en sus labios.

—Mi señora, ¿cómo podemos ayudarte? —susurró Betta.

—Ha llegado el momento de dar respuestas, Betta. —dijo con solemnidad. —Conozco mi destino pero no el pasado de ambos.

Cogí su mano y la llevé a mi cuerpo. Necesitaba tenerla cerca y notar su calor. Entrelazó sus dedos a los míos.

—Por dónde empezar…—dijo Betta respirando profundamente. —Hace casi dos mil años nació la Hermandad. Nuestra sacerdotisa, Apia Annia Regilla, fue la primera de ellas. La Diosa Ceres le había revelado durante la celebración de las Panateneas y bajo el Templo de Atenea Victoriosa, que el fruto de su vientre albergaba un linaje sagrado que debía perpetuar su culto a través de los siglos. En aquel momento, nada hacía presagiar que peligraban sus ritos y creencias, pero siglos antes de que se desvanecieran con la llegada de la nueva religión, Apia había dado inicio a una descendencia en total secreto. La niña nació con una señal identificativa en la piel en forma de hoja y recibió el sobrenombre de Atenea por el lugar donde su madre había tenido la revelación. Apia además se convirtió en sacerdotisa del Templo de Deméter en Olimpia y buscó un grupo reducido de personas que de alguna forma habían recibido la llamada de la Diosa. Ellos debían aprender los ritos y las oraciones en secreto que posteriormente debían ser utilizadas y que no se correspondían exactamente con los Misterios Eleusinos, sino que Ceres se los proporcionaba en sueños a Apia y luego ésta los transcribía en pergaminos. Estos ritos y fórmulas servían para los iniciados. Con ellos los nuevos discípulos tenían visiones que les acercaban a la diosa y les eran reveladas las atribuciones que les tocaban.

—Minerva, tú tienes la misma marca de la hoja en el cuerpo. —dije.

—No sólo eso Maximiliano, posee el nombre también con la atribución romana.

—La Atenea griega y la Minerva romana. —empecé a atar cabos.

—Entiendo entonces que Minerva viene directamente de Apia Annia Regilla, ¿no es cierto? —pregunte mientras Betta asentía.

—Así es. La hija de Apia murió dando a luz pero siguieron teniendo descendencia a lo largo de los siglos. No obstante, antes debo explicarte otra cosa, especialmente a ti, Maximiliano, porque es muy importante. Mientras Apia estaba en Olimpia, su máximo sacerdote y una de las sacerdotisas, se enamoraron. Fruto de esa unión ella quedó encinta. Apia al conocer la noticia de la boca de ella tuvo una revelación de Ceres que le conminó a que les ayudara.

Me giré hacia Minerva con expresión atónita.

—Esa fue mi visión en Olimpia. Vi a dos mujeres, una embarazada en el Templo.

—Apia lo preparó todo para que ambos salieran de Grecia y llegaran a su villa en Roma, justo donde estamos ahora. Aquí tuvieron a su hijo. Y aquí es donde entras tú, Max. Tú eres el descendiente de esos sacerdotes de Ceres.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Contraje mis dedos comprimiendo los de Minerva casi al instante. Me besó en la cara con dulzura.

—¿Qué significa eso, exactamente? —pregunté.

—Durante los siglos siguientes, la Hermandad fue creciendo y ampliándose de forma secreta. La descendencia de Apia estaba protegida por nuestros antepasados pero no sabíamos por qué ninguno de los descendientes acababa desarrollando su poder. Tenían visiones, es cierto, pero ninguno sobrepasaba los niveles o progresaba más allá de eso. Hasta que nos dimos cuenta hace mucho tiempo, que era muy posible que el despertar de los elegidos estuviera condicionado a que ambos linajes se unieran.

Minerva sonrió pero seguía manteniéndose en silencio.

—Todos nosotros somos los hijos de los iniciados y sacerdotes que durante años han preservado la Hermandad. Floriana tiene un apellido griego que se remonta a siglos atrás y como ella cualquiera de los que estamos aquí y los miles que están a la espera. Hemos heredado de nuestros ancestros el cuidado y la protección del linaje de mi señora y el tuyo. —hizo un paréntesis —Durante el imperio de Teodosio nuestros Templos fueron destruidos pero nosotros resistimos huyendo a otros países y diseminándonos para hacernos más grandes pero siempre en el más absoluto secreto. La Iglesia en cuanto cogió el poder no tardó en perseguirnos, sabía que en cualquier momento el regreso y las prácticas del paganismo, podían hacer peligrar su nuevo estatus. Durante siglos y siglos fuimos acosados, masacrados y asesinados. Condenados en juicios por brujería o como adoradores del diablo. Creemos que en algunas de las muchas torturas que aplicaron a los fieles durante el s.XVI, alguno de los nuestros relataría el propósito de la Hermandad y con ello se desató el caos. Los dominicos habían copado los tribunales de la Inquisición y algunos de ellos se congregaron para darnos caza pero sobre todo sus esfuerzos se centraron en localizar el linaje y acabar con él.

—Pero, espera Betta, ¿por qué si lo sabíais antes no unisteis a mis antepasados con los de ella?

—Ya se intentó, pero la unión debía ser real no impuesta. Sabíamos

quiénes eráis ambos y fray Antonio no tardó en averiguarlo también. Por esa razón llevó a Silvana hasta ti. Al principio no creo que quisiera acabar con Minerva sino simplemente mantenerla fuera de tu alcance, como eso no ocurrió fue a más. Nosotros para protegerla, pusimos a Floriana en su camino. Intercedimos a través de nuestros contactos para que ambas fueran contratadas el mismo día y para que la agencia se hiciera cargo de los trabajos de la *Superintendezza,* forzando el encuentro pero no la relación entre ambos. Yo por mi parte me infiltré hace años en Santa María del Rosario y me acerqué a fray Antonio. Me gané su confianza lo suficiente como para que me adoptara como miembro de los suyos. Ahí pude ver que Vasilis Lemos estaba con él, financiando todo desde hacía años. Así que al igual que el armador seguía a Minerva, nosotros lo seguíamos a él. Fue gracias a eso que pudimos frenarle en su casa. Siempre os tuvimos protegidos aunque pensarais lo contrario. Con la madre de Minerva, cometimos un error que la condenó. Jamás volveríamos a dejar a solas ni a tu madre, Maximiliano, ni a vosotros dos, jamás, aún a costa de nuestras vidas.

—¿Quién disparo a Lemos? —dije intrigado.

—El mismo hombre que ha abierto la puerta de este templo. No tenéis de qué preocuparos, el inspector es uno de los nuestros.

Minerva se incorporó de su asiento para observarles detenidamente, mientras yo intentaba asimilar toda la información.

—Habéis honrado a todos vuestros antepasados y a la diosa a la que prometisteis fidelidad eterna. No tengo palabras de agradecimiento por todo el sacrificio que durante siglos nos habéis dedicado.

La miraban totalmente rendidos a su presencia, estaba convencido que cada uno de los que estaban allí darían hasta la última gota de su sangre para protegerla.

—Mi señora, hemos sido afortunados. —dijo Betta emocionada —De entre todos nuestros ancestros y hermanos nosotros somos los únicos que hemos podido contemplar el milagro de su despertar. Acabamos de presenciar como la vida germina entre sus manos con nuestros propios ojos y yo misma he sido testigo de cómo libró de la muerte a la Sra. Cesarini. Ha sido, es y será un honor servirle y protegerle.

Minerva tocó su cara. La mujer entrecerró los ojos y sonrió, estaba convencido que ella le estaba mostrando algo a través de su contacto. Betta derramó una lágrima emocionada, mientras besaba sus manos.

—¿Y ahora qué debemos hacer? —pregunté.

Minerva vino hacia mí posando su mano sobre mi hombro.

—Por el momento, esperar, Max. Confía en mí, todo está escrito. Vendrá a su debido tiempo. —se volvió a sentar —Betta, ¿qué le pasó a mi madre?

—Mi señora, su madre era la heredera del linaje al igual que la madre de Maximiliano, por tanto esa generación no servía a los propósitos de Ceres. Hasta ese momento quienes les perseguían no temían nada porque sabían que sin un varón y una hembra no podía iniciarse el proceso. En cuanto Maximiliano nació empezaron a reagruparse entre ellos, y entonces llegó usted. Sus padres intentaron mantenerla apartada y que su nacimiento fuera secreto pero fue imposible. Si recuerda, en la foto que le regaló a la madre de Maximiliano, estábamos todos. En la parte de atrás estaba yo misma y los parientes de algunos de los que estamos aquí incluyendo los de Floriana. En aquella reunión se decidió que debíamos sacarla del país para borrar su pista. Así fue como sus padres adoptivos se la llevaron de noche, saltándose la frontera sin ser vistos. Tuvimos que eliminar todo rastro de su nombre, para ello los hermanos que tenemos en la administración y en la policía nos echaron una mano con el registro y el cambio de nombre de las propiedades. Durante unos años pensamos que estaba segura, hasta que supimos que sus padres habían muerto en un accidente y que se había casado.

—Explícate —dijo frunciendo el ceño Minerva.

—Al no recibir noticias de sus padres adoptivos supimos que algo había ido mal. El accidente nos pareció provocado y descubrimos que se había casado poco antes con un joven de la zona. Realizamos nuestras pesquisas y pudimos averiguar una conexión entre el muchacho y una congregación religiosa asentada en Tarragona. Ahí empezamos a perder la esperanza ya que la idea inicial consistía en que sus padres la hicieran volver a Roma en algún momento de su vida. El matrimonio con él frustraba cualquier posibilidad de retorno. Respecto a sus padres quedaron devastados por su partida pero ellos eran conscientes que era su única posibilidad de supervivencia. Pasaron unos pocos días cuando dos de nuestros hermanos fueron a su casa. La encontramos en la bañera con las muñecas abiertas y una carta de suicidio, mientras su padre había desaparecido sin dejar rastro. Sabíamos que ellos jamás habrían hecho tal cosa. No supimos protegerles como debíamos.

—¿Mi padre murió? —preguntó Minerva.

Beta asintió.

—Fue cargado en un mercante de bandera griega, de ahí pudimos averiguar la conexión con la familia Lemos. Siento darle toda esta

información tan terrible.

—No es culpa vuestra, Betta. Debéis entender que todos tenemos un propósito y el de mis padres fue ese, por más injusto que parezca. —dijo Minerva.

—Mi señora, nosotros seguiremos con nuestro trabajo en silencio y ocultos como si este encuentro jamás se hubiera dado. No sabemos cómo proceder a partir de ahora así que esperaremos sus instrucciones.

—Por el momento, todo seguirá igual, Betta. Cada uno ejercerá lo que estaba haciendo para no levantar sospechas. —hizo un silencio que inundó la sala —No sabéis cuánto os amo a todos. Sé lo que habéis sacrificado por nosotros y nuestras familias.

Salimos del templo abrazados por la oscuridad de una noche estrellada. La llevé a mi casa con una sensación extraña, por un lado liberado por conocer el origen de todo ese entramado que nos había conducido hasta allí a ambos, por otro inquieto por Minerva, por el amor de mi vida, conmocionado por su poder y por un destino que no se había dilucidado y del que parecía ser ella, su única custodia.

Picamos algo en casa rápidamente. Se duchó y vino hacia mí oliendo a jabón y vainilla. Se puso encima de mis piernas abrazándome con fuerza.

—¿Estás bien? —pregunté.

—¿Y tú? —dijo con una sonrisa.

—No lo sé, esto es de locos, Minerva. Lo que hoy he visto me ha dejado tocado. Estabas a dos palmos de tierra levitando como si fueras una diosa con las manos totalmente iluminadas. No puedo protegerte de todo. No podré aunque quiera.

—Tu destino no es el de protegerme, Max, jamás ha sido ese. Por el momento ya has cumplido uno de tus propósitos que es el de amarme y con él has iniciado el mío. El siguiente va unido a lo que era tu familia. Tú debes abrir el camino a los demás, tienes la tarea más importante de todas, incluso más que la mía.

—¿Cuál es la tuya? No te pido que me expliques lo que no puedes, sólo dame una razón. —dije.

—Hacer que crean. Sembrar la semilla de la fe en cada hombre.

Me emocionaba contemplar aquellos ojos castaños de los que brotaba una inocencia que se calaba en cada hueso de tu cuerpo, una dulzura que te atrapaba sin control rasgándote el alma. La amé embriagado

por su aroma, cada vez más rendido a ella sabiendo que el resto de mi vida dependía de la suya.

Al día siguiente nos despertamos abrazados, cubriéndonos de besos tiernos entre risas y juegos.

—Max, debemos ir a Massarosa.

La miré extrañado.

—¿Qué se nos ha perdido en Massarosa? ¿No prefieres ir a mi casa del valle del Orcia?

—Massarosa y debemos ir hoy para estar esta noche.

—¿Hoy?

—¿Tienes algo mejor que hacer? —preguntó sonriendo.

—No. Reservaré algo.

—Le pediré a Betta que nos facilite el nombre de otra persona que no esté en el país para poder hacer la reserva y busca un lugar donde la recogida de llaves sea autónoma. —dijo.

Hice lo que me pidió, de alguna manera sus decisiones estaban condicionadas y prefería no preguntar. Subimos al coche y nos dirigimos a la Toscana, había alquilado una casa sencilla cercana al Lago de Massaciuccoli. Antes habíamos parado a comprar tortas pupporinas que Minerva devoraba con los ojos cerrados.

—¿Quieres? —dijo con la boca llena.

—Madre mía, Minerva llevas dos, te vas a empachar con tanto dulce. —dije sonriendo mientras ella me acercaba un trozo con una cereza confitada a los labios.

—Cóme algo, Max. —me agarró el mentón y empezó a besarme rápidamente por todos lados. —Come, come, come, come… —repetía mientras me llenaba de migas.

—Vamos a estamparnos contra el muro de alguna casa. —dije falsamente ofendido.

La veía feliz, distendida. Parecía como si lo que habíamos vivido durante estos meses no fuera con ella. En ocasiones pensaba por qué no podíamos disfrutar de la normalidad de cualquier pareja. Añoraba vivir a su lado sin sobresaltos sin la necesidad de cumplir con ningún propósito más allá de nosotros.

La casa era sencilla pero disponía de un bonito patio con árboles frutales y de algunas macetas maltrechas por el sol de la Toscana.

Minerva se detuvo y posó la mano sobre la tierra seca haciendo brotar hortensias y jacintos de colores vivos que rodeaban el parterre junto a los troncos.

—Mucho mejor así. —aseveró.

—Y mañana cuando dejemos las llaves y vuelva la dueña le parecerá todo muy normal—Minerva reía a carcajadas.

—Le dejaremos una nota diciendo que somos de la ONG Floristas sin fronteras. —dijo.

—Te arriesgas mucho. Cualquier día te verán, como ya pasó en el hotel.

Me sonrió sin decir nada. Aquella noche fuimos a una pizzería sencilla donde disfrutamos de las bromas de un camarero al que se le notaba que no atendía a demasiados turistas. En cuanto salimos, Minerva se colocó la capucha blanca de su gabardina y miró en dirección al este, a pesar de que apenas se divisaban las colinas y montes cubiertos de frondosos bosques.

—¿Qué miras en esa dirección? —pregunté.

—¿No notas nada?

Agudicé mis sentidos, un intenso olor a madera quemada vino de repente.

—Max, vayamos por la Via per Chiatri.

No cuestioné su petición, cogimos el coche adentrándonos por una carretera que serpenteaba elevándose por la colina. Cuanto más subíamos, el aire se hacía más y más denso. Vimos una familia acercándose a nuestro coche haciéndonos señas para que paráramos.

—¡Den media vuelta! —decía el hombre asustado. —Ya hemos llamado a los bomberos pero está descontrolado en el valle. No creo que tarden en cortar esta carretera.

—¡Suban y les llevamos! —respondí con preocupación.

Minerva bajó del coche como si no hubiera escuchado nada, caminando lentamente con la cabeza cubierta.

—¿Su esposa no me ha oído? —preguntó el hombre atónito.

La vía estaba salpicada de unas pocas casas. Contemplábamos a los vecinos intentando llenar los coches con lo más imprescindible mientras otros observaban aterrados una línea de llamas que iba devorando sus campos ladera abajo. Un niño se llevaba el puño a la

boca mientras su madre lo cogía en brazos conmocionada con la escena. Minerva se colocó en la parte más alta del camino, se escuchaba a lo lejos las dotaciones de bomberos llegar. Fui en dirección a ella para insistirle en que volviéramos pero antes de alcanzarla me miró fijamente alzando la mano.

—Aléjate unos cuantos metros de mí y graba con el móvil.

Aquella petición me pilló desprevenido, aun así cogí mi teléfono y enfoqué hacia ella. Apenas era perceptible ninguno de sus rasgos únicamente unos cuantos mechones se balanceaban con el viento. El color rojizo empezaba a mezclarse con el humo denso que subía por la ladera. Minerva apoyó su rodilla izquierda en el suelo y cogió impulso para posar la mano con fuerza sobre la tierra que había bajo nuestros pies. El golpe seco creó una onda expansiva que nos impulsó a todos hacia atrás levantando una nube de polvo. Continué grabando mientras los vecinos miraban atónitos en su dirección, totalmente inmóviles. La onda fue bajando ladera abajo cada vez a mayor velocidad, en dirección a la línea de fuego que se veía a un par de quilómetros. Poco a poco los destellos rojizos y anaranjados fueron disminuyendo hasta quedar apagados por completo. La gente empezó a murmurar mientras el hombre que había parado nuestro coche se acercaba al saliente por donde se vislumbraba el valle.

—Lo ha apagado. ¡Lo ha apagado! —dijo incrédulo mientras miraba al resto de sus vecinos. —¡Es una enviada del Señor! —exclamó mientras se arrodillaba a escasos metros de ella.

—¡Os equivocáis! Quien me envía es Ceres, la Diosa que vuestros antepasados veneraban. La que protegía vuestros cultivos, la que germinaba las semillas cada primavera. Esa diosa pagana que cuidó de vuestras cosechas durante siglos.

Minerva encendió su mano derecha y la posó sobre la misma tierra iluminándose con varios regueros de luces amarillentas. A pesar de la oscuridad de la noche, la luna dejaba entrever como recorrían la pendiente y se dispersaban por la llanura. Todo aquello arrasado por el fuego volvía a recobrar el verdor de antes, cubriéndose de un manto espeso de hierba y de miles de flores, regenerando con su energía los viñedos que las brasas habían calcinado minutos antes.

Los vecinos se arrodillaban con lágrimas en los ojos, balbuceando plegarias y levantando sus manos para poder alcanzarla. Una anciana la besó mientras Minerva le susurraba al oído. Paré la grabación. Supe que debía alejarla de allí antes que aquellos hombres y mujeres arrancaran sus ropas o se pelearan para alcanzar a tocarla.

Minerva se giró y elevó la voz.

—¡Recordad que aun seguís siendo los hijos de los primeros Dioses! ¡Ellos siguen protegiéndoos y contemplándoos desde su morada! No olvidéis la esencia de donde germina todo, el culto de nuestra naturaleza ancestral. Ceres provee, Ceres os ama.

Me la llevé rápidamente, totalmente sofocado e intentando analizar la situación.

—Debemos volver a Roma ahora mismo. Por suerte apenas habíamos deshecho la maleta. —dije contrariado. —¿Por qué te has dejado ver, Minerva? Te has expuesto a un peligro extremo. Había un joven que ha empezado a grabar cuando regenerabas los campos. ¡Qué pasará si lo sube o lo manda a la prensa! —estaba molesto por esa falta de previsión que la hacía vulnerable.

—Max, primero no vayas tan rápido por la carretera que voy a vomitar. Lo segundo, en cuanto te he dicho que grabaras es por un propósito.

—¿Vas a hacerlo público? —dije alterado por lo que significaba todo eso.

—Aún no, Max. Aún no. —respondió mientras se retiraba la capucha.

No tardamos ni veinte minutos en salir de la casa para alejarnos de vuelta a Roma. Conduje de tirón y llegamos a la madrugada, aún olíamos a humo. Mientras se duchaba revisé el vídeo. Resultaba casi más impactante; el golpe, su figura entre la penumbra, la mano iluminada…todo adquiría una apariencia extrañamente mística y cautivadora.

—Ahora entiendo por qué no querías que reservara a mi nombre. Ya lo sabías, ¿no? —pregunté mientras ella asentía.

—En ocasiones me siento avergonzada, Max. Me odio a mí misma por arrastrarte a mi lado sin poder decir nada. Ojalá no te vieras envuelto en todo esto.

—Tú no me has arrastrado a ningún lugar, Minerva. Somos compañeros de camino, sé que no tengo tu poder y créeme que tampoco entiendo qué narices pinto yo entre todo esto, pero si de una cosa estoy seguro es que voy a permanecer a tu lado, siempre. Óyeme bien, siempre.

—Cásate conmigo, Max. Déjame que te regale un compromiso eterno. —dijo con los ojos humedecidos.

Capítulo XXI

Max permanecía estático, de pie, inmóvil por una petición apresurada. Esbozó una sonrisa emocionada y me cogió en brazos.

—Acepto, mi Señora. ¿Dónde está mi anillo de compromiso? No pensarás que puedes pedirme algo así de repente y que no haya nada que lo consolide. Luego te echas para atrás y ¿qué? —de todo hacía broma, era algo que adoraba de él.

Me separé unos centímetros, cerré mis ojos y abrí la palma de la mano concentrando mi poder en la esencia de la creación que manaba de mí. Finas briznas de hierba se enredaron sobre sí mismas, anudándose y trenzándose en un baile casi acompasado. Poco a poco fueron formando dos círculos dorados que se endurecían rápidamente. Max contemplaba el espectáculo boquiabierto.

—Cógelos. —ordené.

Max cogió uno y lo acercó a sus ojos agarrándolo con dos de sus dedos.

—Tiene una inscripción. —dijo curioso.

—Simboliza de dónde venimos, ambos mundos el griego y romano que nos han unido para siempre.

—Eis aiona, tui sum. —leyó.

—Para siempre tuya soy, —respondí —eso es lo que pone el mío.

Se arrodilló ante mí, abrazándome con todas sus fuerzas. No podría expresar ni con miles de palabras, un solo segundo de lo que él me hacía sentir, de lo mucho que me complementaba. Max aún no era capaz de entender que yo sin él no podía ser lo que los dioses querían que fuese, y aun así me miraba como si me debiera veneración cuando la realidad es que yo hubiera besado cada paso que él daba. Todos tenemos un propósito en esta vida aunque en ocasiones pensemos que pasamos levemente de puntillas y sin casi hacer ruido.

Rendirme a su cuerpo era regenerar mi fuerza. Cada día me sentía más poderosa, no sólo podía sanar o crear sino que era capaz de leer el pasado de los hombres y contemplar su futuro. Veía claramente la brizna de vida que yace en todo cuanto nos rodea, percibía la energía

que nos unía a todos en una comunión perfecta. El odio que brotaba de los corazones de los hombres no era más que un miedo fóbico e irracional que les impedía ver más allá de lo que sus ojos mostraban con simpleza.

Max desconocía que mi poder radicaba en la fuerza de nuestra unión, que aquel encuentro en el Partenón no había sido una noche de pasión sino que el sexo consumado era tan sagrado como los templos construidos por los hombres. Cuanto más entrelazábamos nuestros cuerpos, mayor era mi capacidad, incrementando mi influencia sobre cuanto yace vivo.

No era una Diosa, no era Ceres reencarnada, era un profeta de su palabra y obra, una mensajera de fe como muchos otros que habían pisado la tierra de los mortales para difundir un mismo lenguaje. No difería en nada de lo que todos ellos predicaban, sus mensajes cargados con la misma verdad que la mía hablaban del amor como fuente del conocimiento sagrado, de reencontrarse con lo que somos, de venerar la naturaleza divina de nuestros cuerpos a pesar de la frugalidad del tiempo.

Entrelacé mis dedos en los suyos.

—¿Cómo quieres casarte, Sra. Mancini? Quiero decir…por lo civil, entiendo que en una iglesia no, o por otro rito…

Reí a carcajadas.

—Vaya dilema. ¿Le decimos a fray Antonio? —pregunté divertida.

—No hagas bromas con eso Minerva. Fray Antonio es un tema que aún no hemos sacado pero que deberemos abordar algún día.

—Fray Antonio sólo tiene miedo, deja que él cargue con ese temor, no te dejes arrastrar por su miedo haciéndolo tuyo.

—Es peligroso, Minerva.

—Es un hombre asustado, Max. He desbaratado su fe, sus creencias, aquello por lo que ha vivido. Lo que él no comprende es que yo no estoy intentando acabar con su Mesías ni con su Dios porque eso lo hacen ellos solos. Ojalá siguieran a su profeta aplicando el mensaje que sabiamente les legó.

Max me miraba atónito.

—¿No debes ser tú la que propagues el mensaje del paganismo? —preguntó contrariado.

—Propagar, no suplir una por la otra. El error es pretender diluir otra

para ensalzar la tuya. No, Max, mi propósito es mostrar que todos los mensajes van en una única dirección y a un mismo origen. Pretendo mostrarles que la energía de cuanto somos está en la propia naturaleza, la tienen bajos sus pies, en la compañera de trabajo que se sienta a su lado, en las piedras que se levantan en el foro, en la copa de vino que moja sus labios. Reconectarnos con los elementos que nos hacen divinos porque no hay nada más sagrado que la naturaleza de cuanto somos y habitamos. Reconectar, Max…

Nos incorporamos al trabajo como si no hubiera pasado nada. Enzo se mostraba escurridizo y molesto por haberle apartado de nuestro lado, en vano Max intentaba hacerle entender que había sido un mes difícil para ambos. En un principio Enzo le increpaba que hubiera jugado conmigo durante meses, dañándome y haciéndome sentir como si no valiera nada, pero poco a poco fue claudicando y aceptando nuestra relación como algo duradero y real.

Flo seguía a mi lado como si la conversación en la Via Appia jamás hubiera tenido lugar, acompañándome en mi proceso vital como si fuera una hermana. Podía ver a través de sus ojos la devoción que crecía en ella y como se estremecía cuando la estrechaba entre mis brazos. Durante estos días se había sincerado conmigo, relatándome cómo me indujo a descubrir el desván o cómo había preocupado expresamente a Maximiliano para que fuera en mi búsqueda a Atenas. En parte mucho de lo que había pasado se lo debíamos a su influencia.

Max vino a recogerme al trabajo para llevarme a comer. Estaba sofocado, se leía la preocupación en sus ojos aunque ya sabía el por qué. Buscó un espacio tranquilo y aislado del restaurante.

—Minerva, mira. —dijo pasándome el móvil.

Las noticias hablaban del incendio de Massarosa. En un principio era un artículo donde se daba detalles de cómo se inició y dónde pero Max fue deslizando el dedo hacia abajo. Había un video con la noticia del *"Milagro de Massarosa y la extraña mujer que apagó el fuego con sus manos"*. Los vecinos relataban los pormenores de todo cuanto habían visto, detallando mi apariencia aunque de forma muy genérica.

—No tienes de qué preocuparte. —dije mientras bebía de mi copa.

—Te equivocas, amor. Esto se va a ir propagando como la espuma. En cuanto alguien relacione este hecho con el de Perugia no tardarán en dar contigo. —su expresión era severa.

—No tienes de qué preocuparte. —repetí.

Max tiró su cuerpo hacia atrás, escudriñando mis gestos.

—Es curioso porque no me respondes nada, sólo que no tengo de qué preocuparme. ¿Qué es lo que no me cuentas?

—Max, para hacer correr la voz sólo precisamos de una mecha y ya he encendido varias. Soy consciente del peligro pero es inevitable que esto pase. Es así como debe ser.

—Está bien, tú sabrás. —dijo resignado. —Dejemos el tema que vamos a lo importante. ¿Qué te parece que nos casemos en mi Casa del Valle d'Orcia? He pensado que podemos invitar a los nuestros, ya me entiendes, un grupo reducido de máximo veinte personas. Algo íntimo.

—Me parece genial. Dile a Betta que sea ella la que oficie la ceremonia, al fin y al cabo es la sacerdotisa de mayor rango.

—¿Sacerdotisa? —preguntó curioso

—Lo ha sido siempre aunque ella aún no lo sepa. Y seguirá siéndolo. También invita a Enzo, él debe estar con nosotros en ese día tan especial.

—¿A Enzo? —pregunté sorprendido mientras ella asentía —De acuerdo, no voy a discutirme contigo. Y la gran cuestión, ¿cuándo? Por mí como si es ahora pero tú decides. —dijo divertido.

—Dos semanas, Max. Aun hace buen tiempo y me encantará ver esa casa tuya de la que me hablaste el día que tomamos café.

—Te va a encantar, no es muy grande pero está rodeada de viñedos y campos de cultivo. Hay una calma absoluta.

—A mí como si nos casamos en el metro, mientras esté contigo. —dije acariciando su rostro.

—Bueno es otra opción, así viendo los vagones pasar. Podemos hacer de testigos a los carteristas…—reímos relajados.

Max no sabía la mitad de las cosas que había hecho de forma pública. Floriana me acompañaba cada dos días a una residencia de ancianos donde en apariencia hacíamos tareas de voluntariado, aunque la realidad es que aliviaba el dolor de sus enfermedades a través de mis manos. Muchos de ellos me suplicaban saber cómo lo hacía y aunque en principio pensaban que era una enviada tocada por Dios, luego mientras dormían les susurraba antiguas plegarias en griego haciéndoles ver que mi don nada tenía que ver con éste sino con la energía de la tierra que pisaban tan ancestral como el mismo tiempo.

En ocasiones mostraba mi poder entre los barrotes de los patios de las escuelas, donde los niños contemplaban con miradas inocentes, blancas y abiertas como hacía crecer centenares de flores que

emergían de las enredaderas. Ellos no sabían que la semilla que germinaba en sus conciencias era mucho mayor que los prodigios que mis manos eran capaces de regalarles. Así, cada día…desde mi visión en el Mausoleo.

Volví a mi casa durante unas horas. Había comprado unos cuantos marcos de fotos para recomponer la historia de mi vida que se contaba desde el mueble del comedor. Observé las fotografías desde la distancia, satisfecha con lo que veía.

—Ahora sí. Todo está dónde debe estar. Cuando Max pise esta casa de nuevo, le reconfortará lo que ve y sabrá lo feliz que me ha hecho. —dije para mí.

Dejé sobre la mesa del comedor una tarjeta de memoria con una nota. Subí al desván y contemplé la túnica envuelta en la luz del mediodía. La descolgué del galán y con extremo celo lo coloqué en la caja, sobre ella la diadema de oro lucía unas rosas marchitas por el tiempo. Las rocé ligeramente para que recuperaran una vitalidad que sería eterna.

Tres días antes de la ceremonia, Max y yo fuimos a su casa de la Toscana. Salí del coche emocionada con las maravillosas vistas de un cielo enrojecido cuando el sol apenas asoma en el horizonte. Los álamos y las colinas parecían dibujados en el lienzo más hermoso de cuantos había visto.

—Es una maravilla, ¿verdad? —dijo mientras agarraba mi cintura.

—No hay palabras. —respondí.

La casa era un remanso de paz envuelto en piedra rojiza. Habían colocado una gran pérgola de hierro negro donde se amontonaban las mesas y las sillas para el fin de semana. Unas cuantas personas contratadas por Max, habían preparado las estancias para que las pocas habitaciones disponibles estuvieran a disposición de Betta y la madre de Max, Floriana y nosotros dos, el resto habían contratado otras villas cercanas.

—No me puedo creer que vaya a casarme contigo. —dijo mientras me cogía a peso. —Sra. Cesarini Jr.

—¿Perdona? —dije entre risas.

—La Sra. Cesarini es mi madre, tú eres la junior. —respondió con una sonrisa preciosa.

—¿Y por qué no, Sr. Mancini? —bromeé.

—¡Oh de acuerdo! Acepto tu apellido aunque no tenga el caché del mío, no sea que te dé por ahogarme entre tus manos o calcinarme con

los dedos.

—No me tientes, querido…aunque por el momento te necesito entero para mí. —respondía.

Millones de besos, caricias y un amor que no cesaba nunca. Max tenía razón cuando decía que éramos la droga de la que dependíamos el uno del otro. No podía tenerlo demasiado tiempo alejado de mí sin desear poseerlo y admirar esos ojos del color de la miel que me devoraban lentamente por dentro, que me cortaban la respiración. Tres días de pasión y hambre de su cuerpo. El sexo comedido, lento y reposado de quienes se aman tan profundamente que duele hasta el alma por cada contacto, por cada roce.

Paseábamos por los caminos cogidos de la mano, visitando las ermitas que salpicaban sus márgenes y deteniéndonos a cada paso para besarnos y jamás olvidar el sabor de nuestras bocas. Nos sentábamos en las colinas bajo las sombras de los cipreses y reposaba sobre el regazo de Max. Él me acariciaba cada mechón que caía sobre sus piernas. Contemplaba su felicidad en cada parpadeo y yo a cambio le regalé un amor infinito que no olvidaríamos nunca.

—Quiero estar en este mismo lugar para siempre, Max. —susurré.

—Tuyo es. —respondió dulcemente.

Capítulo XXII

Estaba arreglándome en mi cuarto cuando mi madre entró para ajustarme el cuello de la camisa.

—¡Oh, mi niño! Estás guapísimo.

Desde que Minerva la había sanado en el hospital, su mente iba recuperando la capacidad de recordar lo más reciente. La última visita a su doctor había sido surrealista y lejos de ocultar el origen de su restablecimiento soltó por su boca que se debía al poder de la mujer de la que hablaban en los medios, que había estado en su habitación y que la había curado cuando yacía a las puertas de la muerte. Creo que el neurólogo pensó que sus palabras eran fruto de la enfermedad de los últimos años, pero Betta iba confirmando cada una de sus sentencias como si ambas fueran cómplices.

—Gracia, mamá. —dije mientras le besaba tiernamente en la mejilla.

—Pensé que nunca llegaría a ver este momento, todavía no me puedo creer que os caséis. ¡Ojalá Lavinia estuviera aquí! Le encantaría ver a su hija unida a ti.

Me senté junto a ella al otro lado de la cama.

—¿Mamá, por qué nunca me explicaste de dónde veníamos? Tanto silencio, tanto secretismo…

—Los caminos deben desgastarse por tus zapatos, Maximiliano. No fue fácil para mí ver como crecías y vivías tu vida sin que ella apareciera. Perdí la esperanza totalmente. Estaba convencida que nuestra saga se perdía porque tampoco tenías en mente tener hijos y en cuanto tú fallecieras se acabaría todo por lo que nuestros antepasados y compañeros habían luchado. Pero, ¡mírate!, enamorado y dispuesto a cumplir con lo que te ha sido dispuesto por Ceres.

—Mamá, aún no sé nada. No tengo ni idea de qué es eso que debo hacer. Voy dando tumbos siguiendo a Minerva actuando como un guardaespaldas inepto sabiendo que además no me necesita. Siempre había sido un hombre seguro de mí mismo y ahora es como si esa persona no existiera.

—No puedes leer sin aprender las letras, Maximiliano, y eso lleva su

tiempo. Nadie sabe qué debe hacer Minerva ni cómo. Lo que le depara su destino es una incógnita para todos, únicamente ella y Ceres lo saben.

Me levanté para ir hacia la ventana. Los del catering habían dispuesto varias mesas en "U" decoradas con flores y luces que pendían de la pérgola de hierro. Atardecía sobre los campos cubriendo de añil el horizonte.

—Mamá, temo por ella. —dije con severidad. —Hoy ha aparecido una entrevista con el dueño del Hotel de Perugia. Ha explicado con detalle cómo Minerva había hecho crecer sus campos triplicando la producción para este año. En el incendio tomamos precauciones pero en Perugia tienen todos mis datos de reserva, así que sabrán perfectamente quién ha sido y llegarán sin problemas hasta nosotros.

Mi madre se levantó con dificultad y vino hacia mí para cogerme la cara.

—Maximiliano, si ella ha obrado sus milagros ante la mirada de otros es porque así debe ser. Hoy es vuestro día, disfruta y déjate llevar.

A los veinte minutos Floriana llamó a la puerta.

—Ya puedes bajar. —susurró emocionada.

Respiré encogido por los nervios y descendí las escaleras hasta llegar a la puerta de entrada. Centenares de flores blancas, eucalipto y romero decoraban el porche. Sin duda había sido obra de Minerva, el olor a plantas impregnaba el ambiente pero podía reconocer su aroma mezclado entre todas ellas. Los congregados sonrieron al verme, eran una veintena. Los rostros de aquellos hombres y mujeres que apenas hacía unos días eran desconocidos, ahora eran lo más parecido a una familia para ambos. Enzo me abrazó con fuerza.

Esperé frente a Betta que iba vestida con un traje de color hueso. Su cara quedó petrificada al dirigir su mirada a la entrada de la casa. Se llevó la mano a la boca mientras las lágrimas asomaban por sus ojos. Escuché los sollozos y me giré.

No había visto nada igual en mi vida. Minerva llevaba el vestido que durante años había pendido del galán de noche del desván. El tejido parecía liviano pero en cuanto la luz reflejaba sobre él, pequeños destellos salpicaban los pliegues. Dos tirantes iban rematados por fíbulas doradas. No había palabras para describir su presencia, la fuerza de su imagen grababa a fuego en nuestras retinas. Llevaba el pelo al aire con una preciosa corona dorada decorada con rosas frescas a las que ella misma había dado vida. Se fue acercando lentamente sin perder de vista mis ojos, sonriendo como la Diosa que

era para mí. Cogió mi mano y la besó con ternura.

—No tengo palabras, Minerva. —logré decir completamente emocionado.

—No nos hacen falta, Max. —dijo entre lágrimas.

Betta, intentando guardar la compostura inició la ceremonia uniendo nuestras manos y recitando un poema de Catulo:

"Vivamos, Minerva mía y amémonos, hagamos caso omiso a las habladurías de los ancianos con exceso escrúpulo. Los soles pueden ocultarse y reaparecer, pero nosotros tendremos que dormir en una noche eterna tan pronto se apague la breve llama de nuestra vida. Dame mil besos y después cien, luego otros mil, luego otros cien. Empieza de nuevo hasta llegar a otros mil y a otros cien. Tras esto, cuando hayamos acumulado muchos miles, los revolveremos todos para perder la cuenta o para que ningún malvado envidioso sea capaz de embrujarnos cuando sepa que nos hemos dado tantos"

Apenas podía escuchar. Todos mis sentidos se focalizaban en retener ese instante. El silencio era tan atronador que sólo éramos capaces de oír la brisa que se colaba entre las cepas.

—Para siempre, tuyo soy. —dije.

—Para siempre, a ti te pertenezco. —respondió Minerva.

Deslicé el anillo en su dedo mientras ella hacía lo mismo con el mío. No esperé a Betta, la abracé mientas la cogía del cuello para acercarla a mis labios. Perdí la noción del tiempo, hubiera permanecido pegado a ella hasta morir de hambre.

Los vítores y aplausos me despertaron de la ensoñación. Todos ellos nos abrazaron aunque en algunos era tanta la devoción que apenas se atrevían ni tan siquiera a tocarla. Minerva se encargó de romper la solemnidad del momento para que se sintieran cómodos a nuestro lado. Abrazó a Enzo y le susurró unas palabras al oído. Mi fiel amigo durante años cerró los párpados y lloró desconsolado entre sus brazos.

No podía parar de mirarla. La observaba sonriendo con los labios pintados de carmín mientras bailaba con Tomasso, el hombre que había dado muerte a Vasilis. Las bromas daban paso a grandes carcajadas fruto de un exceso de vino y licores tomados sin medida. Se lo merecían, habían renunciado a muchas cosas por cumplir con un cometido en el que sólo te puede mover la fe y de eso les sobraba a mares. Se fueron a las villas saciados y cubiertos por los abrazos de Minerva mientras ésta lloraba sensiblemente emocionada y agradecida.

Nos quedamos solos. La cogí en brazos y la subí escaleras arriba, riéndonos por la estrechez y la torpeza. Entramos en la habitación iluminada por la luz de la noche. Minerva colocó la corona sobre la mecedora del cuarto y descubrió su cuerpo. Me acerqué lentamente para disfrutar de cada imagen, de cada destello de luz que reflejaba su piel. Me desnudó lentamente acariciándome con las yemas de los dedos.

—Te voy a amar siempre. —dijo con los ojos inundados en lágrimas.

La besé con pasión mientras la estiraba en la cama. Lamí cada centímetro de su carne, besé cada curva, la devoré con desesperación. Los movimientos de mi cuerpo se aceleraron para regalarle el placer con el que ella había inundado cada instante de mi vida. Su éxtasis fue el mío, sus gemidos mis latidos, su respiración mi aliento. Pasamos horas abrazados, besándonos hasta enrojecer los labios.

Una lágrima de Minerva se deslizó hacia la almohada. La sequé con el pulgar, enternecido.

—¿Eres feliz? —pregunté.

Ella asintió acariciando un mechón de mi pelo.

—¡Vaya viaje, Max! No sabes cómo agradezco a la Diosa que te cruzara en mi vida aquella mañana. Eres el hombre más digno, generoso y maravilloso que ha pisado esta tierra. Te quiero no lo olvides jamás.

Se quedó dormida entre mis brazos. Cubrí su cuerpo con las sábanas dulcemente y retiré la melena para dormirme viendo el rostro que había sacudido mi mundo.

Yo también había sucumbido a un sueño profundo pero me sobresalté como si despertara de una pesadilla. Estaba desubicado pero rápidamente me percaté que Minerva no estaba a mi lado. Me levanté de la cama colocándome los pantalones en apenas unos segundos. Miré el baño de la habitación pero la luz estaba apagada. Jamás había bajado las escaleras tan aceleradamente. El instinto me llevaba fuera de casa de forma precipitada. No veía nada, estaba todo a oscuras. Salí fuera de los límites del muro de piedra mirando a cada lado del camino de tierra.

—¡Maldita sea! —dije para mis adentros.

Vi un resplandor al final de la plantación que crecía frente a mí. Empecé a correr entre ella clavándome las aristas de las piedras en los talones, las ramas golpeaban mis piernas pero no había forma de detener mi avance. Llegué a la llanura que se abría tras los campos.

Minerva estaba de pie frente a un hombre cubierto con la capucha negra de una sudadera, la apuntaba con una pistola en la cara. Estaban hablando pero podía percibir el nerviosismo de él a través de los movimientos del arma.

Minerva se giró en mi dirección y alzó su mano. De inmediato me vi envuelto en una especie de cúpula blanquecina.

—¡No, maldita sea, no! ¡Minerva! ¡Minerva!

Aporreaba con las palmas la superficie pero era imposible salir de ella. Grité desesperado hasta quedarme sin apenas voz. Me miró fijamente con una sonrisa dulce y expresión serena. Leí en sus labios un "para siempre, a ti te pertenezco" que rompió mi alma en millones de pedazos.

El disparo impactó en su estómago. La cúpula de la que era prisionero se desvaneció mientras el aire golpeaba mi cara. No veía nada más que su cuerpo estirado sobre la hierba.

—¡NO! ¡NO! ¡NOOOO! —un llanto incontrolable nublaba mi vista mientras alcanzaba su cuerpo.

La cogí y puse mi mano sobre la suya para comprimir la herida que sangraba abundantemente. Respiraba acelerada con la mirada perdida.

—Minerva, mi vida, ¡no te vayas aun! ¡Regenérate! Has salvado la vida de otros, salva la tuya ahora…no me dejes, te lo suplico…no me dejes.

Estaba fuera de mí, balanceaba su cuerpo y me la llevaba al pecho en un intento de que recobrara el aliento que se iba ralentizándose poco a poco.

Minerva pestañeó con fatiga y esbozó una sonrisa.

—Max, este es mi destino, es todo lo que me pidió Ceres. Mi sacrificio no servirá de nada si tú no sigues el tuyo. —cogió una bocanada de aire —Ha valido la pena cada paso que he dado porque ha sido a tu lado. No es el final, este es sólo el principio. Te amo, mi amor.

Alzó la mano ensangrentada y acarició mi cara. La besé en la frente con fuerza, mientras notaba la distensión de sus músculos. Los brazos cayeron lentamente hasta tocar la hierba.

Mis gritos fueron alaridos de dolor que salían de las vísceras. Desgastaban mi garganta. Me giré hacia el hombre que la había disparado y que permanecía con la pistola en alto. Lloraba como un niño.

—Hijo de puta…¡Mírala!¡Mírala! Esto es lo que queríais, dime ¡Esto es lo que querías! ¡Voy a matarte con mis propias manos!

Fui hacia Enzo sin pensar en mí, no me importaba nada.

—¡No podía hacer otra cosa, Max! —se secaba la nariz con la manga de la sudadera. —Soy un siervo de Dios y estoy maldito. La lujuria me ha condenado, el Señor me perdonará matando a Minerva.

La ira se apoderó de mí.

—¡Tu Señor te castigará en el puto infierno, eres el maldito Judas que mata a profetas! ¡No vales nada, traidor de mierda! ¡Ella te quería! ¡Ella te amaba tal y como eras!

Enzo, colocó el cañón en su sien.

—Ya lo sé…y por eso me pidió que lo hiciera, Max. Ella sabía que yo era el único que podía, que la fe en mi Señor me dejaría empuñar el arma y me daría el valor para ejecutarla. Ahora ya nada importa.

El disparo impactó seco en su cabeza desplazando el cuerpo de Enzo directo al suelo. Noté su sangre aún caliente salpicando mi cara.

Miré de nuevo a mi mujer y me arrodillé a su lado, la hierba que contorneaba su cuerpo estaba totalmente seca y amarillenta. Mi llanto era tan profundo y desgarrado que me ahogaba. Grité maldiciendo a los Dioses que me la habían arrebatado para siempre.

—¿Qué quieres de mí? ¿QUÉ QUIERES DE MÍ?

La llevé a través de los campos, besando su pelo, incrédulo por lo que había pasado. Floriana, Betta y mi madre salieron al porche para contemplar el cuerpo de Minerva colgando sin vida entre mis brazos.

Los llantos y los gritos de desesperación no se hicieron esperar. La puse sobre la cama de nuestra habitación y fui recolocando su pelo y la túnica manchada con la sangre de su cuerpo ya sin vida.

Vinieron todos en escasos minutos. Tomasso se estiraba del pelo incrédulo por la pérdida.

—Betta, llama al inspector. —dije con una serenidad que me confundía. —No quiero que se le haga ninguna autopsia a Minerva. Quiero que lo arregle todo para que sea enterrada en este mismo lugar. Él sabrá lo que hay que hacer con todo el papeleo y con el asunto de Enzo.

Betta me miró desconcertada pero hizo lo que le dije.

—Floriana tráeme agua y jabón y todas las toallas que encuentres.

Dejadme a solas con ella.

Floriana estaba descompuesta, su tez estaba pálida como la nieve. Nadie cuestionó mis órdenes. Me pasé horas limpiando cada centímetro de su piel fría. Cepillé su melena recolocando sus rizos sobre los hombros que tantas veces había besado. Vino a mi memoria la primera vez que la vi, sus balbuceos y la inseguridad que se reflejaba en esa mirada inocente. El primer beso en su casa, el viaje a Atenas, la expresión de su cara conmovida por la emoción, ese sentido del humor tan ácido y mordaz que se despertaba siempre en los peores momentos…quería irme con ella y en cambio sabía que no podía fallarle ahora.

Cogí la corona que aún permanecía sobre la mecedora. Tras ella había un sobre con las iniciales LM en el reverso y mi nombre con su caligrafía en el frontal. Un escalofrío recorrió mi espalda al ver su letra manuscrita. Me senté bajo la ventana y lo abrí con las manos temblorosas.

"Mi amor, mi vida,

Si estás leyendo esta carta es que ya me he ido. Imaginar el dolor que te estoy causando me provoca más daño ahora que en el momento en que exhale mi último aliento aunque sufra la más terrible de las muertes. Sé que no voy a ser capaz de consolarte pero espero aliviar algo tu pena.

En el Mausoleo durante la visión y tal y como te dije se completó mi transformación. Si antes era capaz de dar vida ahora puedo ver cada brizna de energía que habita este mundo, incluso la de aquellos que parecen no tenerla. La diosa me permitió ver el futuro que me estaba destinado y en él sabía que yo no tenía ni un lugar ni más tiempo en este mundo, es a mí a quien me correspondía plantar la semilla para que fueras tú quien la expandiera. Esta Tierra de los mortales sólo puede ser visitada por los escogidos únicamente de pasada, en un leve instante. Nadie está acostumbrado a ver un profeta resistir a los años. El hombre no está preparado para alguien como yo. Imagínate las consecuencias si supieran quien soy y lo que soy capaz de hacer únicamente con mis manos. Este don es una simple herramienta, Max, una razón para sacudir las conciencias y sobre todo para dar credibilidad a tu tarea, la más importante; difundir y propagar.

Siempre has creído que debías protegerme y en realidad era yo quien debía hacerlo, de ahí mi poder. Si alguien debía permanecer a salvo eras tú por eso la diosa siempre te acercaba a mí, en el trabajo, en las escaleras de la oficina, en el hospital, en Atenas…siempre a mi lado.

El baúl del desván de mi casa jamás fue mío, lleva la marca de tus ancestros, de los misterios eleusinos, de la celebración de los ritos a la Diosa Deméter-Ceres. Tú al igual que tus antepasados deberás mostrar a los iniciados cómo ver y conectar con la diosa y difundir el libro original de Apia entre aquellos que estén dispuestos a propagar su culto. Sabrás cómo hacer uso de cada elemento sagrado y compartirás las plegarias que conectan con el otro lado, allí donde yo también estaré para reencontrarme contigo. Crees que el cuerpo que tienes sobre tu cama soy yo pero estás muy lejos de la verdad aún, Max, Es un mero envase, un recipiente con fecha de caducidad que ya no es nada. Te preguntarás cómo lo sé. La túnica que porto no es para vestirme es para ver mucho más allá de lo que los ojos te permiten. Mi madre ya me dijo que podría observarme en el espejo y contemplar lo que reflejaba y he visto todo lo que pasaría hasta el final de tus días y es esperanzador e ilusionante, un camino largo que piensas que harás solo pero nada más lejos.

He difundido mis prodigios en tu ausencia, Floriana te dará los detalles, he visto como la Diosa entraba en ancianos y niños, en hombres y mujeres, como la fe en lo pagano resurgía con vitalidad renovada. Hoy ya hay familias enteras orando a Ceres por las noches, se arrodillan sobre la tierra de sus campos pidiéndole que les proporcione fruto y grano. He rehabilitado a hombres que sin esperanza permanecían en la calle, he sanado a ancianos que corroborarán cada una de tus palabras. Sé que ahora no entiendes demasiado pero abrirás tu mente tal y como yo lo he hecho durante todo este tiempo. Perdona a Enzo, al fin y al cabo, soy tan culpable como él pues en cierta manera le he utilizado para acabar con mi vida. Seguro que su Dios entenderá las motivaciones y le dará el lugar que le corresponde. Estaba tan atormentado que apenas podía entender que el amor es la energía que mueve todo indistintamente de a quién se lo profeses.

Perdóname a mí también, Max, por el dolor que te he causado, por esa pena que amarga tu alma en estos momentos. Espero que el amor que he sentido por ti desde el primer día en que te vi logre apaciguarlo en algún momento. No temo a la muerte porque he saboreado cada instante de mi vida contigo, he sido feliz todos y cada uno de los momentos que he sentido tu cuerpo, que me has rozado con los dedos. Mi último pensamiento es a tu lado, entre tus brazos esta misma noche, contemplando como duermes plácidamente frente a mí. Te amo, Max, te amo con una fuerza que arrollaría cielo y tierra hasta convertirlos en polvo.

Sigue el camino que andaré a tu lado. Búscame entre los ritos a Ceres y nos reencontraremos cada noche, solos tú y yo.

Para siempre, a ti te pertenezco.

Minerva.

Pd. Cuida de Marte

Me llevé la carta a la cara, llorando sin consuelo, oliendo el papel para encontrar algún resquicio de ella.

Capítulo XXIII

Había amanecido ya. Hacía un par de horas que un helicóptero había aterrizado en mis propiedades. Sabía que el inspector había recogido el cuerpo de Enzo para llevarlo a Roma. Desconocía qué harían con él, seguramente lo harían aparecer en su casa con una nota de suicidio o simplemente le colgarían una etiqueta en la morgue sin más, en cierta manera me apiadé de él a pesar de la rabia.

Tomasso y yo cavamos un hoyo en la ladera frente a la casa, bajo una arboleda de cipreses donde Minerva adoraba contemplar el horizonte. Era el mejor sitio donde hallar descanso, frente a los campos que ella dirigía y controlaba, salpicados por el sol de cada amanecer. Todos la lloramos de forma muy distinta a como lo habíamos hecho apenas unas horas antes.

Betta elevó sus manos y recitó una plegaria en latín solicitando a Ceres su cuidado y protección, que la apartara del inframundo y la elevara a lo más alto, allí donde los dioses moran. Cada uno de ellos colocó flores sobre la tierra removida y húmeda y se alejaron para dejarme unos instantes a solas.

—Mi amor, no puedo engañarte, estoy furioso contigo y con la diosa que te ha arrebatado de mi lado, pero sería incapaz de incumplir la promesa de devoción a ti y a lo que representas. Cumpliré con tus deseos hasta el último de mis días, me dedicaré exclusivamente a hallar la forma de que conozcan lo que has hecho y a defender tu nombre allí donde vaya. Ayúdame porque la carga va a ser insoportable. —dije entre lágrimas.

Pequeñas margaritas blancas fueron cubriendo la tierra que habíamos levantado. Me deshice por completo apoyando la frente sobre el parterre verde que crecía descontrolado. Besé la tierra y me alejé pendiente abajo roto por un dolor que jamás podría describir.

Cerré la casa con llave y volvimos a Roma. Era como un espectro llevado por el viento incapaz de sentir nada. Mi madre me cogió de la mano durante el trayecto.

—Minerva ha sido el mejor regalo de nuestra vida. Ahora estará con sus padres, abrazada a ellos. —sollozaba aún consternada.

—Desearía que ese momento hubiera llegado más tarde, mamá.

Mi madre sonrió.

—Es curioso…

—¿El qué? —pregunté

—Las coincidencias, Max.

—Ahora soy incapaz de pensar. —respondí abatido.

—Piénsalo, hijo. Ha aliviado el dolor de muchos, me arrebató de las manos de la muerte, ha obrado milagros, realizó una última cena con sus fieles y ha perecido bajo su propio Judas, alguien a quien conocía y amaba.

—¡Oh mamá! Eso es… —dije.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañada.

—Difundir mamá, difundir el misterio. Debo mostrar al mundo lo que Minerva ha hecho allí donde todo se hace viral, así podré abrir las conciencias de los que no se sienten de ninguna parte ni representados por las religiones que tienen a su alcance. ¡Oh, qué estúpido he sido!

—Cómo vas a hacer tal cosa sin que suene que estás loco.

—Somos sus apóstoles, mamá, sus mensajeros. Yo debo escribir todas y cada una de las experiencias vividas a su lado, hablar de su despertar, contar cada relato. Por eso Minerva se dejó ver y me pidió que la grabara. Ella sabía que con las palabras ahora no se consigue nada, que la fuerza está en las imágenes y que si pongo en las redes el video irá calando poco a poco en las mentes de los más jóvenes abarcando el mundo entero.

Mi madre miró al infinito intentando asimilar mis palabras.

—Lo que vas a hacer no sabemos el alcance que tendrá Max, pero todos y cada uno de nosotros estamos dispuestos a ofrecer testimonio y a morir por esta causa si fuera necesario. Minerva nos protegerá, estoy segura.

—Tengo mucho por hacer.

—Tienes toda una vida para ello. —respondió.

Llegamos a la ciudad y dejé a mi madre con Betta. Todos los medios de comunicación se habían hecho eco en los últimos días de la extraña mujer que había obrado el milagro. La prensa sensacionalista había hecho un retrato de su cara según la versión de los testigos, uniéndose a ellos el del hijo de Vincenzo. Había salido en los medios relatando

como la misma mujer había alzado sus manos entre los viñedos de su finca, haciendo crecer los cultivos de forma inmediata.

Conduje hasta la villa de Minerva. Me aterraba llegar a su casa aún con su olor en mi piel sabiendo que ella no vendría jamás. En cuanto giré para meterme por la estrecha calle un grupo de unas diez personas estaban apostadas frente a la verja. Seguramente, Vincenzo había facilitado mis datos y no era tan complicado averiguar quién era ella tirando de unos cuantos hilos. Podría haber huido pero tenía claro que aquel era el momento en que debía dejarme ver, renunciar a todo mi pasado y empezar un proyecto con ella como protagonista.

Bajé del coche y me abrí paso entre el grupo. Tres medios de comunicación me asaltaron mientras abría la puerta con la llave, insistiendo con preguntas sobre ella.

—¿Conoce a Minerva Mancini? —vociferaban.

Me detuve un instante, intentando cobrar la respiración. Me giré para que pudieran grabarme con los móviles.

“Soy Maximiliano, esposo de Minerva Mancini. Si lo que me van a preguntar es sobre la veracidad de todo lo que se cuenta de ella, la respuesta es sí. Cada uno de los testigos que han hablado, han contado la verdad de cuanto vieron con sus propios ojos. Pueden pensar lo que quieran, especular y desprestigiar a su antojo, pero en mi poder tengo las pruebas que lo demuestran y las haré públicas de forma gratuita a quienes me las pidan.”

—¡Señor!, ¡señor!, somos un grupo de cuatro mujeres que veníamos a verla, queremos agradecerle lo que ha hecho con nuestros padres. — una mujer de unos cincuenta años me cogió del brazo. —¿Puede decirle que salga? Por favor…

—Minerva ya no está entre nosotros, —dije con los ojos humedecidos. —pero nos ha dejado su mensaje y sus prodigios para que sean difundidos. Estad atentas.

Las mujeres se abrazaron a mí entre sollozos.

—Creemos en ella. Que la Diosa la tenga a su lado. —dijo mientras yo me quedaba petrificado por sus palabras.

Entré en la casa en completo silencio. La frase de aquella mujer me había hecho pensar, podría haber relacionado que Minerva era una especie de santa y mártir cristiana pero había especificado perfectamente que era la “Diosa” quien debía protegerla. Sonreí.

Todo estaba tal y como ella lo había dejado por última vez, olía a

pintura y a rosas. El silencio era atronador. Contemplé el salón desde la distancia recordando cuando la besé por primera vez, casi podía verla con la bata blanca y su eterna sonrisa. Respiré profundamente con el corazón presionando mi pecho. Anduve hacia el mueble de sus recuerdos. Dejé la caja que contenía la túnica manchada con su sangre para apoyarme sobre la mesa y no perder la estabilidad, había cambiado cada fotografía que decoraba los marcos, añadiendo otros nuevos. La imagen de su madre con ella en brazos en un lado, la de sus padres al otro extremo y en el centro varias de ambos; besándonos en Atenas, relajados mirando el Egeo, bromeando entre risas cómplices… Había una cartulina sobre la imagen central con una anotación de su puño y letra: "Esto es en lo que me has convertido, ya no hay tristeza en mis recuerdos. Te quiero".

Lloré desconsolado intentando sacar la rabia de mi cuerpo. El dolor aprisionaba mis pulmones y rasgaba las entrañas. Vi una tarjeta de memoria sobre la mesa. La cogí entre mis dedos, consciente que me la había dejado para que la encontrara. Minerva sabía que iba a morir, sabía cuándo y cómo por eso me regaló sus últimos días.

Cogí la tarjeta y subí al desván. Saqué la túnica y la coloqué sobre el galán de madera. La sangre se había oscurecido resaltando las letras griegas que casi eran imperceptibles a la vista. Rocé con los dedos el contorno y las leí en alto:

"Déjame ver, oh mi Diosa. Toma mi mano y muestra tu misterio a éste que se rinde solícito a ti"

El espejo que tenía a la derecha emitió un crujido seco. Un círculo candente se abrió en la superficie emergiendo una mano blanquecina con leves destellos que me invitaba a cogerla. No dudé un solo instante y me aferré a ella sin temor.

Aparecí sobre una colina frente al Santuario de Eleusis, lo conocía bien por la disposición del muro y el enorme complejo donde se hallaba el Telesterion, la sala sagrada de Deméter. Una mujer fue subiendo la colina lentamente, cubierta de pies a cabeza y de una belleza sobrecogedora. Su piel resplandecía y la túnica era muy parecida a la que llevaba Minerva. Me postré ante ella, totalmente cautivado.

—Álzate, Maximiliano pues estos son tus dominios. —la Diosa me mostraba el Santuario tal y como sería siglos atrás.

—Mi Señora, espero poder servir tu misterio como mereces. Quiero ser digno. —dije en apenas un susurro.

—Lo serás porque siempre lo has sido. Tú eres Triptólemo, hijo de

Céleo y Metanira, el primero de mis sacerdotes, descendiente de quienes me ofrecieron cobijo cuando buscaba a mi hija. A ti cedí en gratitud el conocimiento de mi misterio que propagaste durante siglos extendiéndolo por lejanas tierras. A ti legué la sabiduría para que mostraras a la humanidad el saber que atañe al grano que les alimenta. Renaces para volver a enseñarles aquello que han olvidado. Entra en el Anaktoron, sólo reservado al más sagrado de mis siervos, pues es allí donde hallarás las respuestas que necesitas.

Bajé la ladera y entré en el Santuario, no había nadie, parecía abandonado como si una plaga hubiera acabado con cualquier forma de vida. Las enormes puertas del Telesterion se abrieron solas para cederme el paso. La sala estaba repleta de decenas de columnas y los techos cubiertos por casetones de madera. Caminé hasta el centro donde se elevaba una estructura de piedra con una puerta de doble hoja. Empujé ambas con fuerza. Su interior permanecía en penumbra. Poco a poco una llama fue emergiendo sobre la mano de una mujer, iluminando cada vez más la estancia.

—¡Oh, Minerva! —exclamé.

Cogió mi mano y acercó su rostro besándome con pasión. La túnica que cubría su cuerpo se desvaneció mostrando esa piel blanca y los redondeados senos que había acariciado tantas veces. Me rendí a su placer como lo había hecho cada día que fue mía.

—Max, ahora por fin podrás ver… —susurró en mi oído.

Minerva colocó su mano en mi frente, desprendiendo una energía que fue entrando por las venas dispersándose por cada centímetro de mi cuerpo.

Desperté tirado en el suelo del desván, jadeante.

—Ya veo…ya veo… —susurré.

Cogí todo el contenido del baúl. Minerva tenía razón, lo que albergaba en él me pertenecía, había sido mío siempre.

Capítulo XXIV

La semana tras la aceptación de quién en realidad era, la pasé escribiendo, interpretando y reproduciendo el libro de Apia. Había dimitido de mi trabajo para centrarme exclusivamente en la difusión del poder de Minerva en todo el mundo. No había salido de la villa ni un solo día pero Betta venía cada vez que la necesitaba.

—Mi Señor, ¿ha visto cómo está la verja? —decía asombrada.

—Sí, cada día dejan decenas de flores en la puerta que se amontonan porque no se marchitan nunca. Ayer había una mujer contemplando el ramo que había dejado hacía diez días y ni un solo pétalo había caído. Se pasó la tarde llorando y orando en la puerta.

—Nuestra Señora sigue obrando milagros. —dijo mientras se sentaba a mi lado.

—Betta, he hecho un documento que deberás difundir a cada uno de los hierofantes del mundo. ¿Cuántos son aproximadamente?

—De máximos sacerdotes repartidos por el mundo veintisiete. Sacerdotisas tres por cada casa pero fieles a Ceres unos veinte mil. Tengo contacto con cada hierofante. Sólo dígame qué debo enviar y hoy mismo lo recibirán.

—Este pendrive contiene un documento encriptado, te daré las claves de acceso para que lo puedan abrir. Contiene la información de cada ceremonia, las oraciones, la metodología y los elementos que necesitan para hacer el *ciceón*, ya sabes que esta bebida es únicamente para los iniciados y que les permitirá escuchar y ver a Ceres. Otra cosa, debes advertirles que en los próximos días aparecerán en los medios de comunicación los videos de Minerva. Yo grabé uno, el más impactante pero mientras estuvo con Floriana dejaron más documentación gráfica. Tienen copia de ellos en cada carpeta, en cuanto abra la veda hoy en Italia deberán enviarlos a sus contactos en prensa y redes.

—No me puedo creer que esto esté pasando. —dijo conmovida. —Me alegra ver que el máximo sacerdote de la Diosa ha tomado las riendas de su destino en Roma.

Le cogí de la mano.

—No, Betta, tú eres la máxima representante aquí. Tú serás quien oficies las ceremonias en la ciudad.

—Pero, pero…¡es usted quién conoce todo! Es el primero entre los primeros.

—Betta, debo dejar los libros que sirvan para las próximas generaciones. Soy quién difunde y narra, tú eres quien obra. Tranquila, estás preparada, conoces a tus hermanos y te respetan.

Betta asintió. Era la mejor de las sacerdotisas, la más fiel y la que había mantenido la orden inalterable en los últimos años.

Me había traído las mudas que necesitaba. Aquella misma tarde había congregado a una veintena de medios de comunicación en el jardín trasero de la villa que mi esposa me había dado en herencia. Habíamos colocado un proyector junto a las mesas donde iba a hacer público lo que muchos ya conocían.

Desde que había tenido la visión no sentía temor alguno, poco me importaba las repercusiones de mis actos. Vivía por y para Minerva y sobre todo me sentía en deuda con el sacrificio que la diosa nos había infligido a ambos. Sabía quién era y a quién debía lealtad, había visto mis manos cuando mi nombre era otro, había soñado con las plegarias que ofrecí a los hombres antaño cuando apenas éramos moldes de barro en manos de los Dioses. Me vi en Eleusis dando de beber a los iniciados en los misterios, recitando los cantos mientras hombres y mujeres, reyes y emperadores sacudían los *bacchoi.* Era el momento de volver a enseñarles la esencia de la vida, de reconectarles con la energía que yace en la tierra.

La expectación era máxima. Me arreglé de la misma manera que lo hacía durante las presentaciones de la Superintendenza; traje, corbata, sin demasiados ornamentos que pudieran distraer de lo que en realidad era importante el mensaje.

Poco a poco los cámaras fueron recolocándose alzándose sobre el murete que había al final del jardín. Las plantas iban secándose y perdiendo el vigor que Minerva les había proporcionado con sus manos, una extraña alegoría que parecía echarla de menos. A las 19h en punto encendí las luces del jardín y me senté en la mesa.

“Buenas tardes a todos y gracias por venir.

Ante las informaciones que han aparecido los últimos días en los medios de comunicación, locales y nacionales, redes sociales y medios escritos y ante la avalancha de mensajes y llamadas interesándose en la historia de mi esposa, creo que ha llegado el momento de dar información clara y precisa sobre todo lo ocurrido en los últimos

meses.

Soy Maximiliano Cesarini, esposo de Minerva Mancini. Mi mujer pertenece a una larga saga de escogidos por la Diosa pagana Ceres, la Deméter helena, para iniciar desde hoy la propagación de su palabra y el comienzo de un nuevo despertar de la conciencia humana relacionado con el culto a la tierra y a las energías que nos unen como seres humanos a ella.

Hace escasos meses le fue revelada su condición y dieron comienzo las visiones y la aparición de un poder divino y sobrehumano que iba acrecentándose día a día. Minerva puso sus manos a disposición de aquellos que más la necesitaban y obró los muchos milagros que ahora han salido a la luz y otros que aún no han visto, todo ello al servicio de aquellos que preservan una mente abierta y un corazón entregado.

Uno de los primeros fue en Perugia, en el hotel de la familia Vincenzo. Minerva regeneró con su poder los campos maltrechos por las plagas y la sequía a través de la energía que irradiaban sus manos del que fueron testigos los dueños y el hijo mayor, el siguiente y del que todo el mundo habla, la extinción del incendio en Massarosa del que a continuación les enseñaré las imágenes. Pero han habido más, muchos más y algunos escapan de la comprensión de científicos y médicos. Mi propia madre, la Sra. Constanza Cesarini fue diagnosticada de fallo multiorgánico recibiendo paliativos en el hospital Gemelli de Roma. Pocas horas antes de morir fue arrebatada de la Parca por Minerva, quien a través de sus manos eliminó el mal que atrofiaba sus órganos y reinvirtió la demencia que le aquejaba desde hacía unos años. Les mostraré las pruebas médicas que corroboran todo lo que relato.

Me imagino que pueden pensar que mi madre no es un caso fiable por la proximidad a ella, así que también les facilitaré los resultados médicos de los ancianos que durante este último mes se han recuperado de sus enfermedades crónicas a través de la imposición de manos de Minerva.

He recibido decenas de cartas y mensajes en esta última semana, relatándome los milagros que mi esposa ha regalado a niños, hombres y mujeres, toxicómanos y sintecho.

No es fácil encajar estas noticias sin que aparezca una carcajada de incredulidad o la sombra de una estafa. Para que se despojen de cualquier suspicacia deben saber que toda la documentación, cualquier aparición pública, presentación, conferencia o entrevista será gratuita, si se realizaran libros que se pusieran a la venta con la idea de difundir su obra, cada euro del mismo se entregará a organizaciones benéficas. Nadie que siga o haya servido a Minerva

recibirá compensación económica alguna. El que quiera creer, creerá y el que quiera conectar con la diosa, será capaz de verla en cada rincón de su casa y en cada extensión de tierra.

No busquen a Minerva porque ya no está entre nosotros, sus facultades han despertado los recelos de los que temían este momento desde hace años, el del nuevo e ilusionante horizonte que se presenta ante todos. Hace dos semanas acabaron con su vida de una forma ruin y cobarde. Les informo a todos ellos que lejos de acabar con su vida la han catapultado al lugar que merece.

Minerva no es una diosa, es un profeta de su palabra y culto, la reina de su misterio, la que despierta las almas de los creyentes.

Les informo que a partir de este momento, esta casa, su casa, se convierte en la sede central de la "Hermandad pagana a Ceres" en Roma, siendo su máxima representante la hermana Elisabetta Giordano.

Recibirán toda la información que necesiten al finalizar esta rueda de prensa. Ahora si me lo permiten voy a ponerles las imágenes que hablan por sí solas.

Todos los medios enfocaron sus cámaras a la pantalla, Coloqué el cursor en el play del vídeo. Era en ese momento donde todo empezaba, donde la obra de Minerva y aquello por lo que había dado la vida empezaba a cobrar sentido. Contemplé los rostros boquiabiertos de algunos periodistas, otros permanecían inalterables en sus sillas.

—Sr. Cesarini, las imágenes a día de hoy son fáciles de manipular, tenemos inteligencia artificial que crea videos hiperrealistas. —dijo uno de ellos.

—Es cierto, por eso les cedo el video original para que hagan las comprobaciones.

—Sr. Cesarini, interpreto que este culto pretende solapar los demás o ¿es como una nueva secta?

—No hay ninguna intención de solapar otras creencias. La fe es un ejercicio personal e introspectivo en el que sólo prevalece el deseo de uno mismo. En referencia a si somos una secta, le recuerdo que los cristianos fueron considerados secta hasta el siglo IV. La idea no es lavar cerebros es que el ser humano se reconecte con sus orígenes ancestrales.

—Entiendo que sin Minerva no habrán más milagros. —dijo otro periodista que estaba de pie junto a su cámara.

—¿Qué número de milagros debe ver para creer? —pregunté.

En ese momento un viento sacudió el jardín. Poco a poco las ramas secas de otoño fueron llenándose de brotes verdes que crecían rápidamente cubriendo las jardineras y los muros laterales. Los periodistas atónitos se aferraban a sus sillas incrédulos mientras los cámaras apuntaban a las enredaderas que se enfilaban sin control por las paredes. Cesó de repente.

—Eso creo que aún no puede hacerlo la inteligencia artificial. —bromeé con una sonrisa en los labios.

Di por concluida la rueda de prensa. Recogieron todo apresuradamente mientras yo ordenaba mis papeles y les entregaba los pendrives con todos los vídeos. Un joven cámara fue el último en salir de la villa, se quedó de pie observando las pequeñas flores que acababan de surgir de la nada.

—¿Puedo? —preguntó cogiendo una de ellas.

Fui hacia él y corté un manojo de tallos.

—Quédatelos. —respondí.

El muchacho contemplaba desconcertado el jardín ahora vacío.

—Sr. Cesarini, yo creo en ella. Creo en sus palabras y en lo que usted ha dicho. ¿Qué debemos hacer los que confiamos en ella?

—Ya has hecho lo más difícil, darle la oportunidad de encontrarte. Cuando te sientas preparado ven a la Hermandad, ahí verás lo que los demás hemos visto con nuestros propios ojos estos últimos meses, que nadie te cuente nada, contémplalo tú mismo.

Volví a quedarme solo con las manos en los bolsillos.

—Gracias mi amor, te debo una. —dije a Minerva.

Capítulo XXV

Durante meses recorrí decenas de países. Los vídeos fueron visionados por centenares de millones de personas en todo el mundo a través del trabajo de difusión y de los contactos de la Hermandad en los diferentes continentes. Al principio las tertulias televisivas se llenaban de personas anónimas y de religiosos de otros cultos que intentaban menoscabar mi reputación y el poder de Minerva. Aprovechaban cualquier oportunidad para reírse y mofarse de la nueva secta que según ellos intentaba atrapar a los jóvenes a través de celebraciones sexuales y ritos demoníacos. Lejos de asustar a la población la hicieron más atractiva. En cuanto vieron que mis intervenciones en televisión, podcasts, y redes sociales se reducían a hablar de lo que pensábamos ignorando todo cuanto decían, fueron rebajando su intensidad, quizás con la esperanza que fuera diluyéndose con el paso del tiempo.

Por supuesto sabía que no estaríamos siempre en los medios y de hecho era así como debía ser. Cada día se agolpaban centenares de personas en los muros de la casa, orando a Ceres. Veía a mujeres con coronas de flores apostadas en la verja con las manos en alto solicitando su regreso. En pocos meses cada país disponía de una sede de la Hermandad Pagana con miles de congregados. Habíamos extendido el culto de tal forma que ya nadie era capaz de frenarlo.

Los mayores fieles eran jóvenes, desubicados en el mundo por religiones que les eran ajenas hallaron en Minerva una ilusión, un motivo al que aferrarse. La Hermandad no tenía una ética prohibitiva, sólo queríamos que aquellos que llamaran a la puerta fueran gente sencilla, normal, con la que te encuentras en bares y en tu trabajo, los que venden en quioscos o cogen el metro para estudiar, buena gente sin más. No nos importaba su sexo, ni a quién amaban ni con quiénes se acostaban, sólo les mostrábamos lo importantes que eran para los Dioses y como ellos formaban parte de sus misterios.

De centenares pasaron a miles y de miles a millones. Era el momento de dejarles caminar solos. Minerva y yo habíamos hecho lo que debíamos, ahora sólo los Dioses y los hombres importaban, esa interacción ancestral que mueve la conciencia humana y que ofrece esperanza cuando todo parece perdido.

Betta colocó el vestido de Minerva sobre un doble cristal en el salón

de la nueva sede, sobre él la corona con las rosas que no perecían. Los fieles lo admiraban emocionados entre llantos y devoción. Los hombres desean tocar lo divino y sobrecogerse con los objetos que les recuerdan lo perecedero de la vida.

Sólo me quedaba hacer una última cosa antes de irme a mi hogar de la Toscana para siempre. Debía ver por última vez a fray Antonio.

No le avisé de mi llegada a la Basílica, no era necesario. Abrí las puertas de la iglesia contemplando la majestuosidad de aquel edificio construido a su Dios cuando en sus sabias palabras había encomendado a los suyos que no levantaran altar alguno. Minerva tenía razón, Cristo nada tenía que ver, aquellos que ostentaron el control en los primeros años del cristianismo no habían entendido nada de su mensaje, se habían centrado en acaparar el poder de los hombres cuando su misterio residía al otro lado: "Al César lo que es del César a Dios lo que es de Dios". Únicamente los más puros, los más abiertos a su palabra habían constatado que las obras de amor y piedad con sus hermanos, les acercaban más a Él. Me quedé de pie contemplando las columnas y los techos de madera.

—No deberías estar aquí. —la voz del Maestre retumbaba en las paredes de piedra —Traes el demonio contigo y mancillas las sagradas paredes de la casa de Dios.

Le miré a los ojos sin alterarme.

—Fray Antonio, ¿tiene miedo? —pregunté.

—Sólo temo a mi Dios. —respondió.

—Y tiene motivos para temerle. Usted es como los jueces del Sanedrín decidiendo quién debe morir y vivir, a pesar de que tenga a un profeta delante de sus narices obrando el milagro de la vida, sólo por miedo a perder el control de los hombres.

—¡Yo protejo a la cristiandad de brujas, herejes y demonios disfrazados de mujeres de mirada cándida¡ Limpio el mundo de los enviados por Satanás.

—¿Sabe? Llevo toda mi vida estudiando historia y si algo sé es que se repite una y otra vez, sin descanso. Cambian los tiempos, las ropas que llevamos, los sistemas políticos pero cada determinado tiempo aparece algo que te evoca al pasado y sabes discernir con claridad lo que ocurrirá después. Sólo tienes que contemplar paciente la evolución de los acontecimientos.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó asqueado.

—Darle las gracias.

El Maestre se quedó atónito mirándome contrariado.

—¿A qué te refieres?

—Minerva y yo le debemos mucho y el paganismo le estará eternamente agradecido. Usted es el artífice de que millones de personas en escasos meses hayan podido reconectarse con los orígenes de un conocimiento ancestral que tenían olvidado. Mientras sus iglesias pierden fieles porque algunos de los suyos les han echado a patadas, nosotros les abrimos nuestras puertas sin cuestionar de donde proceden porque simplemente no nos importa. Hasta ahora habían jugado con el temor a un infierno que les condenaba si incumplían sus órdenes, no las de su Dios, las de su Iglesia. Su Dios debe estar furioso con usted.

—¡Cállate y márchate de aquí ahora mismo! ¡No me das miedo, sucio sacerdote pagano!

Sonreí.

—Creo que llevo muchos más años que usted en el ejercicio de mis funciones, un poco de respeto, por favor. —dije bromeando.

—Todos arderéis en el infierno, ese es vuestro destino.

Negué con la cabeza.

—No, yo ya sé cuál será mi Destino cuando me vaya. Cuando exhale mi último aliento y me reúna con mi esposa, esa que usted mandó asesinar, contemplaré desde la distancia como crece el paganismo por todo el mundo. Ya es imparable. Fíjese, fray Antonio, tenemos sede, reliquias sagradas, milagros grabados en vivo y en directo, sacerdotes… ¿Qué van a hacer ahora que no disponen de reyes a quién ordenar ejecuciones masivas, ni inquisición que asesine impunemente? No, permítame que le explique, si quieren conservar sus fieles deberán hacer aquello que Jesucristo les dijo que hicieran y desobedecieron durante siglos. Ahora es nuestro momento. Usted verá cómo compartimos los espacios, como llegamos a los jóvenes y cómo sus propios fieles les exigirán la moralidad y ética que algunos de sus hermanos predicaban para ellos pero incumplían para sí mismos.

—¿Quieres venganza? ¿Quieres matarme? Hazlo…

—Hace unos meses lo hubiera hecho con mis propias manos pero sería demasiado rápido, un castigo que no estaría acorde a una penitencia justa. No, Maestre, dejaré que viva y contemple como ha dilapidado su propia Iglesia. Sufrirá cada día de su vida hasta que vaya junto a su

Señor, y hasta ese mismo día permanecerá aterrado sin saber si le castigará por toda la gente a la que ha hecho sufrir, a la que ha ordenado asesinar en su nombre. No es un buen pastor para los suyos ni tan solo una buena persona. Ojalá todas sus acciones logren que los cristianos escuchen las palabras sabias de su profeta y aparten a las manzanas podridas que rigen algunas de sus sagradas casas. Como decía Minerva, no solaparemos porque el mensaje al fin y al cabo es el mismo. Quién sabe si su Dios está más cerca de Minerva que de usted. Si fuera así ¿cree que le perdonaría todo lo que ha hecho?

Coloqué en el suelo un pendrive.

—Ya puedes llevarte toda esa basura fuera de mi casa.

—Mírelo cuando tenga tiempo. Son millones de cartas, mensajes, correos, escritos que recibimos de todo el mundo. También tiene una carpeta con imágenes y videos de los milagros de Minerva. Han brotado jardines extensos en cada sede, jardines que no perecen nunca. Creación frente a destrucción, esperanza frente a incerteza.

Le miré, asqueado por su sola presencia.

—Ojalá los suyos logren perdonarle. —sentencié.

Dejé a aquel hombre en una casa demasiado grande y vacía. Sabía que estaba destrozado y roto y que así permanecería hasta el final.

Cogí el coche y me fui a la Toscana. En cuanto alcancé la colina donde descansaba Minerva contemple decenas de rosas rojas que se mecían entre los cipreses. Me senté junto a la lápida que había mandado grabar.

“Aquí yace la reina de las simientes y el trigo, señora del grano y los verdes prados. La que con sus manos protege al hombre y da vida donde la tierra yace yerma. Aquí descansa una fiel esposa, el amor de todas mis vidas”

Miré a la lejanía donde las nubes ensombrecían parcialmente los campos arados que brotarían de nuevo en primavera. Abrí el bloc de notas con una sonrisa en los labios.

Era el momento de hacer de su vida una obra, de dejar constancia de lo que había hecho, un legado del que yo había sido testigo y que sería leído por millones de personas que habían despertado con una esperanza renovada.

No podía echarla de menos porque cada noche me unía a ella. Ceres me permitía tocarla y amarla en la intimidad de nuestro templo sagrado compensando así nuestro sacrificio. Algún día me reuniría con Minerva para siempre, pero hasta ese momento, cada aliento desde

que el sol asomara por el este hasta que se perdiera en el horizonte sería dedicado a ella.

Epílogo

Gracias por leer la Hermandad Pagana, espero que te haya emocionado, removido por dentro o simplemente entretenido.

He querido hacer este epílogo para puntualizar varios aspectos importantes. Los personajes principales del libro así como sus nombres son ficticios a excepción de; Apia Annia Regila, Herodes Atico y Celia Concordia, la última vestal máxima en el ejercicio de sus funciones. Cualquier similitud con la realidad se trataría por tanto de una coincidencia.

De Apia Annia se sabe poco pero sí que puedes hallar los restos de su Cenotafio y del Templo de Faustina y Ceres en la Vía Appia de Roma, descritos en la novela y que se ajustan a su apariencia en la actualidad. Apia Annia fue esposa de Herodes y tal y como relato en la historia, se desplazaron a Mileto convirtiéndose, por la influencia de su marido, en sacerdotisa de Deméter en Olimpia y de la diosa Fortuna. Murió en Grecia y todo apunta a que fue enterrada en un templete dedicado en su honor en Atenas. Herodes Atico fue maestro de varios de los herederos imperiales pero es ampliamente conocido por su mecenazgo tanto en Roma como en la capital helena. Especialmente recomendado es el Odeón que puede verse aún en la falda de la Acrópolis y que constituye una infraestructura única por su magnífico estado de preservación.

Celia Concordia fue la última Máxima sacerdotisa del culto a Vesta, tras ella fue extinguido el fuego sagrado y se abolió el culto pagano para siempre.

Si te han despertado curiosidad, te animo a seguir investigando e imaginarlos como consideres, si he conseguido con la lectura que te intereses por alguno de ellos ya me doy por satisfecha.

Los yacimientos arqueológicos descritos en la novela son reales incluso aquellos que ya desaparecieron por la acción del tiempo y el desgaste. He intentado hacer descripciones ajustadas de su apariencia original, como en el caso del Santuario de Deméter así como ciertos aspectos de los ritos celebrados durante los Misterios Eleusinos de los que se sabe muy poco.

Si has llegado a este relato por pura casualidad y no conoces mi

trayectoria, te diré que soy divulgadora de historia antigua en la web ateneanike.com, articulista de Arraona Romana, de medios digitales locales, de la revista DHistórica y miembro de Divulgadores de la historia. Es decir, amo lo grecolatino desde que me entró el gusanillo hace así como más de treinta años.

El libro que tienes entre tus manos es mi octava andadura como escritora, la primera fue Servilia, la mujer que cambió el destino de Roma, publicada en 2021 a la que le ha seguido, Medusa Colección Mitos Inversos, Antigua Roma para neófitos, Simbología de la antigua Roma, Esclava de Vesta, ¿Qué es esta piedra rota? Edición Roma y Hades Colección Mitos Inversos. Fue el éxito cosechado por mi ópera prima la que me ha animado a continuar mostrando lo que da explicación a cuanto somos, pensamos o vivimos. En ocasiones lo consigo y en otras no, pero puedo asegurarte que siempre pongo el alma y la máxima profesionalidad y estima en todo lo que escribo con la esperanza que llegue a quienes tengan ganas de escuchar.

Twitter: @mireiagallegov

Instagram: web.ateneanike

Facebook: @adnspqr

Tumblr: ateneanike

Gracias por seguir apostando por la historia.